Acoso

LORI FOSTER

Acoso
Lori Foster

Acoso (2002)
Pertenece a la temática Calor
Título Original: Sex appeal (2001)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Súper Bianca 113
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Brent Bramwell y Shadow Callahan

Argumento:

Lo que había empezado como un juego se estaba poniendo muy serio.

Estaba intentando mantener a raya a diez hombres impresionantes cuando, sin darse cuenta, Shadow Callahan se encontró insinuándose a Brent Bramwell. Todos sus compañeros del centro comercial estaban de acuerdo en que organizar un concurso de belleza masculino era un reclamo infalible para atraer a las compradoras. No podía culpar a Brent por haberla malinterpretado, ya que su tienda vendía unos artículos muy… interesantes.

Brent Bramwell estaba acostumbrado a tener todo bajo control y no tenía tiempo para jueguecitos. Pero, al conocer a Shadow, se dio cuenta de que había ciertas cosas que echaba de menos en su vida. Cosas que quería compartir solo con ella…

Capítulo 1

Has sido un chico malo. Vete de mi habitación.

Estas frases llamaron poderosamente la atención de Brent Bramwell. Estaban escritas sobre una camiseta blanca de algodón, a la altura del pecho de una mujer, cuyos senos resaltaban de un modo caprichoso algunas letras por encima de otras. Había decidido examinar con detenimiento la nueva galería comercial. La mayoría de los locales comerciales ya se habían alquilado y tiendas de todo tipo anunciaban su próxima apertura. Mientras caminaba distraídamente había vislumbrado movimiento en uno de los escaparates.

Picado por la curiosidad, había aminorado el paso a pesar del viento helado de principios de noviembre. No pudo ver más que el torso de la misteriosa mujer. Subida a un taburete o una escalera, se afanaba en colocar las persianas que, colgando desde lo alto, cubrían su rostro. El alféizar de la ventana ocultaba sus piernas por debajo de las rodillas. Aun así, Brent se sintió inmediatamente atraído por lo que vio. Aquella mujer exhibía unas caderas insinuantes, unos muslos esbeltos y unos pechos tentadores. Se acercó muy despacio, ajeno a las ráfagas de aguanieve que azotaban sus mejillas y lo despeinaban. Releyó las palabras bordadas en la sudadera y se preguntó qué clase de mujer proclamaría algo semejante. A poco más de un metro del escaparate, se detuvo y miró fijamente a la chica mientras se estiraba. A consecuencia del esfuerzo, la camiseta se levantó por encima de la cintura y Brent obtuvo una breve visión de la piel, suave y blanca. E incluso atisbo el ombligo, una mella poco profunda en el centro de un vientre liso.

Brent aguantó la respiración y, en ese preciso momento, la chica descendió y lo miró directamente a los ojos. Sus enormes ojos castaños, de grandes pestañas y expresión curiosa, resplandecieron con un rasgo de humor.

Brent, literalmente, se cayó de espaldas. Había resbalado sobre una placa de hielo. Se encontró caído boca arriba, bajo un cielo gris y amenazador. Todavía le faltaba el aire. Mientras luchaba por recuperar la respiración oyó abrirse la puerta de la tienda. La mujer salió corriendo y estuvo a punto de resbalar, pero pudo mantener el

equilibrio. El viento agitaba su larga y oscura melena rizada. Llegó a la altura de Brent y se arrodilló a su lado. Se inclinó sobre él y sostuvo su cabeza entre sus manos. Al tiempo que Brent sentía la calidez de las palmas contra su piel helada se quedó nuevamente fascinado por esos ojos marrones, profundos e irresistibles.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con ansiedad.

Brent buscó una respuesta, pero se quedó en blanco. Se limitó a asentir, algo avergonzado e incómodo. El suelo estaba frío y duro a causa del hielo. Brent empezó a temblar. Sentía cómo le castañeteaban los dientes.

—Déjeme ayudarlo —dijo ella con preocupación—. ¿Puede caminar?

Brent, malhumorado, quiso demostrar que estaba perfectamente, pero recapacitó a tiempo. Ella era muy atractiva, no parecía tímida y él sentía curiosidad.

—Eso creo —dijo y aguardó para ver cómo reaccionaba la chica.

Sin dudar un instante, pasó su brazo por debajo de sus hombros e intentó levantarlo. Pero era un hombre demasiado grande. Otro hombre habría tenido dificultades para soportar su peso. Sin embargo, ella volvió a intentarlo. Brent pensó que aquella mujer tenía mucho coraje. Notó los brazos delgados de la chica alrededor de su cintura. Ella utilizó el hombro a modo de cuña y lo encajó en la axila de Brent mientras se pasaba el brazo por encima de sus hombros. Sus caderas ejercieron una cálida presión sobre sus muslos. Una vez en pie, la figura de Brent se elevó imponente sobre el cuerpo menudo de la chica.

Empezaron a avanzar juntos, poco a poco, sin demasiada seguridad. Brent se apoyó en la chica lo justo para mantenerla pegada a su cuerpo, pero sin llegar a agobiarla. Ella lo condujo hasta el interior de la tienda.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Han estado echando sal sobre la acera toda la tarde, pero con estas temperaturas no hay nada que hacer. Espero que no se haya lastimado.

Levantó la vista hacia él y lo cautivó de nuevo con sus enormes ojos castaños. Era una chica adorable. Llevaba el pelo, negro y

rizado, cortado con desenfado y parecía tan fino como la seda. Tenía las mejillas sonrosadas a causa del frío, pero era de piel blanca, muy pálida y tenía el cutis perfecto. Brent le dedicó una mirada prolongada mientras ella le ofrecía un asiento detrás de la caja. Vestía unos pantalones vaqueros gastados, muy ajustados y deportivas blancas. La camiseta, dada de sí a fuerza de usarla, se amoldaba a las curvas de su talle con suavidad. Una vez sentado, Brent pudo examinarla con más calma. No escapó a su riguroso examen la marca de los pezones, endurecidos por el frío.

—Estoy bien —afirmó para calmar los ánimos de la chica—. Me temo que sólo mi orgullo ha salido dañado.

—Pues no lo sé —respondió ella con una amplia sonrisa aún más fascinante—. Si se mira bien todo el cuerpo, tal vez encuentre moretones.

—Supongo que tiene razón —admitió, sorprendido por su desparpajo—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Shadow Callahan —dijo y le tendió la mano—. Soy la que lleva la tienda.

Brent aceptó la mano de Shadow y la retuvo en la suya unos instantes mientras valoraba la delicadeza de su tacto, cálido y sugerente.

—¿Shadow? —repitió—. Es un nombre muy poco corriente.

—Sí, bueno. La mayor parte de la gente me considera una persona poco corriente.

—¿Y eso?

Shadow bajó la vista hasta sus manos, todavía entrelazadas. Su sonrisa se ensanchó.

—¿No le parece que nuestro apretón de manos ya ha durado bastante? De acuerdo con un artículo que he leído recientemente, si un hombre retiene tu mano en el saludo más de tres segundos, es que se está insinuando —dijo y parpadeó con malicia—. ¿Acaso está usted insinuándose?

Brent estaba totalmente desconcertado. Soltó la mano, pero lo

hizo lentamente para que ella no notara su sorpresa.

—Me temo que estaba calculando qué grado de maldad sería necesario para que me mandara salir de su habitación —justificó Brent con ánimo provocador.

Pero fue, una vez más, presa del desconcierto cuando ella soltó una carcajada.

—La verdad es que no esperaba ver a nadie hoy. La tienda ya está cerrada. Sólo me visto así cuando estoy rodeada de mis amistades.

—¿Hombres o mujeres?

Shadow se encogió de hombros y Brent buscó sus pechos con la mirada una vez más.

—Un amigo es un amigo, independientemente de su sexo.

—Eso no es cierto —rechazó Brent—. Los hombres sólo entablan amistad con una mujer bonita si esperan conseguir algo más.

Shadow se cruzó de brazos y se apoyó en la pared. Parecía estar disfrutando.

—¿Habla por propia experiencia?

—Desde luego —asintió Brent.

—¿Sabe? —razonó Shadow sin perder la sonrisa—. Es la clase de hombre taimado y escurridizo. Déjeme adivinar su nombre. ¿Héctor? ¿Lucio? Tiene aspecto de llamarse Lucio y de ser muy retorcido.

—Si eso es así —replicó Brent lentamente, algo enojado—, ¿por qué me ha traído a su tienda? ¿No considera peligroso quedarse a solas con un tipo de mente retorcida?

Shadow se limitó a señalar con un gesto el amplio escaparate que daba a la calle, por la que un torrente humano avanzaba a buen ritmo.

—Supongo que, si ocurriese algo fuera de lo normal —indicó

ella—, alguien se daría cuenta.

—Es muy probable —dijo Brent con la mano en el mentón.

—No parece muy contrariado, Héctor —apuntó Shadow—. De todas formas, no tengo tiempo para sufrir una agresión.

—¿Seguirá llamándome Héctor si no me presento?

—Desde luego —dijo ella—. Al menos, los dos próximos minutos. Después, tendrá que disculparme pero tengo mucho trabajo.

Brent se puso en pie y, muy solemnemente, ofreció su mano. Ella la aceptó.

—Lamento desilusionarla, pero no soy más que un inofensivo Brent. Nada de Héctor. Brent Bramwell, para ser exactos.

Shadow esbozó una sonrisa y lo miró de pies a cabeza.

—La verdad es que encaja —señaló—. Y te equivocas si crees que estoy desilusionada, Brent. Muy al contrario, eres exactamente lo que estaba buscando.

Parecía encantada con la situación, consciente de que él seguía sin soltar su mano.

—He debido de golpearme en la cabeza —dijo perplejo—. ¿Qué acabas de decir?

—Me has entendido perfectamente —aseguró ella y se soltó—. Mírate. Eres alto y muy guapo. Y estoy casi segura de que bajo el abrigo se esconde una espléndida figura. Y no eres mayor, ¿me equivoco?

—Tengo treinta y cuatro años —respondió de modo automático —. ¿Qué clase de entrevista es ésta?

Shadow sonrió, acercó un taburete e indicó a Brent que tomara asiento.

Era realmente un hombre muy atractivo. Ella lo había notado a primera vista. Tenía los ojos verdes y su mirada era franca: Las cejas, muy pobladas y de color tostado, se habían curvado hacia abajo en señal de disgusto. Era un hombre de rasgos finos, de nariz recta. Y su boca… Tenía una boca muy sugerente, casi esculpida. El labio inferior era levemente más grueso. Y tenía un hoyuelo en la mejilla izquierda. Shadow suspiró. Pero, por encima de todo, apreciaba en él un sentido del humor cáustico que le divertía sobremanera. Había muy pocas cosas que la hicieran más feliz que la risa. Había llegado a un punto en su vida en que podía permitirse ser feliz por el simple hecho de estar viva. Su constante e inquebrantable optimismo era una de las razones por las que la gente la había señalado hasta el punto de acusarla de ser un poco rara. Pero incluso eso le parecía divertido.

Brent, que se sentía observado y no comprendía nada, estaba a punto de estallar. Shadow decidió explicarse antes de nada.

—Todos los comercios especializados de la galería hemos decidido agruparnos y organizar un concurso llamado «Amor y Risas». Cada tienda se ocupará de seleccionar a diez candidatos que reúnan las condiciones que una mujer soltera busca en el hombre ideal —explicó Shadow—. Básicamente, tendrán que ser atractivos, románticos y con sentido del humor. Se exhibirán fotos de los concursantes en cada tienda y todas las dientas podrán votar a su favorito. Confiamos en que, de este modo, crezca la afluencia de público.

Brent parecía perplejo y Shadow optó por continuar su explicación antes de que él empezara a poner objeciones.

—Hay muchos incentivos para los hombres que acepten concursar. Todas las tiendas colaboran. El ganador podrá irse de vacaciones con la chica que elija y la agencia de viajes correrá con todos los gastos. La tienda de fotos que hay dos puertas más allá se encargará de las fotografías. Hay otros premios menores. Muchos cupones descuento y un desayuno gratuito en la cafetería durante un mes. Y un cheque regalo de doscientos dólares de mi parte. Creo que es una oferta tentadora.

Brent no dijo nada. Se quedó mirándola en silencio. Shadow tenía la impresión de que, de algún modo, lo había ofendido. Al menos, parecía enfadado.

—¿Cuánto mides? —preguntó ella con curiosidad.

—Creo que ya es hora de que me vaya —dijo Brent, una vez recuperado el control—. Ha sido un inusual placer conocerte.

Shadow trató de seguirlo hasta la puerta para adivinar en qué momento había cruzado la raya, pero Brent se paró en seco en mitad de la tienda. Recorrió las estanterías de izquierda a derecha con la mirada, a medio camino entre la curiosidad y el asombro.

—¿Qué clase de negocio es éste? —preguntó.

—Es una tienda de moda —replicó Shadow algo ofendida, los brazos en jarras.

Brent salió del local con dos zancadas y leyó el neón que colgaba sobre la puerta.

—¿«El Sexo Feliz»? ¿Qué clase de nombre es ése para un comercio?

—Una amiga mía que trabaja en publicidad me sugirió el nombre e ideó una campaña publicitaria muy inteligente. También me ayudó con algunos de los eslóganes que figuran en las camisetas —especificó Shadow—. ¿Quieres un folleto?

Ladeó la cabeza y comprobó que los ojos de Brent se habían vuelto negros como la noche. Se encaró con ella.

—¿Quieres explicarme qué clase de negocio has montado?

Shadow frunció el ceño, momentáneamente ofuscada, pero enseguida se relajó. Sabía que no valía la pena enojarse por algo así. Se pasó una mano por el pelo, echó un vistazo a la tienda y sopesó qué explicación daría.

—Me he especializado en artículos relacionados con el sexo —dijo finalmente—. No se trata de lencería fina de seda y camisones de satén. No soy tan seria y creo que el amor tampoco debería serlo. Vendo diversión y comodidad. Vestir provocativamente puede ser divertido. Todo depende de la disposición de la mujer. Eso es algo que los hombres saben hace mucho tiempo.

Shadow adivinó que había logrado interesar a Brent y se explayó

en sus teorías.

—Una vez hice una encuesta —continuó Shadow—. ¿Sabes que la mayoría de los hombres consideran que una mujer despeinada resulta mucho más atractiva? Sin embargo, las mujeres se pasan el día buscando la perfección. No tiene sentido.

Brent no parecía muy convencido, pero Shadow no se dio por vencida.

—Un hombre que llevaba diez años casado con su mujer me confesó que lo que realmente le excitaba era ver a su mujer cocinando con el delantal puesto —expuso Shadow—. Otro me aseguró que el mejor momento de su esposa era recién levantada, todavía somnolienta. Y un estudiante me confesó que la mujer más atractiva que había visto en su vida llevaba unos vaqueros recortados. Pero por encima de todo está el sentido del humor.

—¿Y se puede saber qué artículos vendes aquí? —preguntó con creciente curiosidad—. ¿Delantales y pantalones rotos?

—Pues claro que no —respondió ella en tono de burla—. Vendo sudaderas y camisetas con mensajes divertidos. Y ropa interior de algodón, que resulta mucho más cómoda que la seda —dijo y advirtió el cambio de actitud de Brent.

Shadow cruzó la tienda y eligió un camisón de una percha en el lado opuesto.

—Mira este camisón, por ejemplo. Es suave, cálido y muy cómodo —dijo y metió la mano bajo la tela—. Pero también es mucho más transparente. ¿Ves mis dedos?

Brent se fijó en la palma de su mano recortada a contraluz contra el corpiño del camisón, pero no respondió.

—Y todos estos botones en la parte delantera suponen todo un reto. Puedes imaginarte ahí de pie, esperando, mientras una mujer…

—¿Tú?

—Cualquier mujer vale —aclaró Shadow—. ¿Puedes imaginarla mientras se desabrocha los botones uno a uno?

—¿No sería más fácil sacárselo por la cabeza?

—Eso no tendría ninguna gracia —dijo exasperada—. Tienes que utilizar la imaginación.

—Procuraré recordarlo para el futuro.

—Está bien —aceptó Shadow y devolvió el camisón a su sitio—. Ya veo que esto no es lo tuyo. ¿Estarías interesado en rellenar la solicitud para el concurso? Todavía necesito a tres hombres para cubrir mi cupo.

—Tengo que pensármelo.

Al menos no se había negado en redondo. Shadow se sintió aliviada.

—Pero no tardes mucho —advirtió—. Todos los candidatos tienen que tener su foto lista para finales de mes. El concurso tendrá lugar durante las dos primeras semanas de diciembre.

—¿Qué clase de fotografías sería? ¿Habría que posar y enseñarlo todo?

—Claro que no —negó Shadow, desconcertada ante la expresión de pánico de Brent—. No tienes que exhibirte. Buscamos más bien destacar los rasgos duros y masculinos. El estilo del salvaje Oeste, con vaqueros y botas. Puedes desabrocharte la camisa si quieres, pero nada más. Los otros candidatos se han fotografiado con camisas de franela o sudaderas. Es un concurso elegante. No queremos fotos sórdidas.

Brent hizo una mueca de desconfianza. Sus ojos se posaron sobre ella. Eso desconcertó a Shadow.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Estoy pensando —dijo Brent.

—¿Y en qué piensas?

—Si te digo la verdad —confesó con una sonrisa muy dulce—, estaba pensando que deberíamos cenar juntos para hablar de esto

con más detalle. ¿No estarás comprometida, verdad?

—Sólo con media docena de tipos —bromeó—. Nada serio.

Brent se había fijado en que no llevaba alianza. A pesar suyo, Shadow admitió que estaba interesada. Era un hombre algo distante y tenso. Pero era atractivo y rápido en la réplica.

—¿Y tú? —preguntó Shadow.

—¿Es parte del criterio de selección? —respondió Brent—. ¿Tengo que ser soltero para poder participar en el concurso?

—No. Forma parte de mi criterio personal si insistes en cenar conmigo.

—En ese caso, tendré que admitir que estoy completamente solo, soy nuevo en la ciudad y no conozco a nadie.

—Todo eso, ¿eh? —sonrió, consciente de que estaba coqueteando con ella—. La verdad es que yo también soy relativamente nueva en la ciudad. Aunque ya tengo algunos amigos, así que no puedo decir que esté completamente sola.

—Llego tarde a una cita —dijo Brent mirando el reloj—. Pero puedo pasar a buscarte dentro de una hora.

—¿Por qué no aplazamos la cena? Al fin y al cabo, apenas nos conocemos. Pero me encantará comer contigo mañana. ¿Te parece bien en la cafetería de la galería?

Brent vaciló tanto, que Shadow temió que su recelo lo hubiera echado atrás, pero tenía que ser precavida. Sabía que no podía precipitarse. Estaba a punto de anular su oferta cuando Brent rompió su silencio.

—Tienes unos ojos preciosos. Nunca antes había visto ese matiz en el color marrón. Desprenden una enorme calidez. Es un tono similar al coñac. Me encantará comer contigo mañana. ¿Al mediodía está bien?

Brent había hablado con un tono pausado, muy sugerente. ¿Habría actuado así a propósito, intercalando piropos y zalamerías, para pillarla desprevenida?

—Sí —aceptó Shadow—. Nos veremos allí.

—No. Pasaré a buscarte e iremos juntos —puntualizó Brent.

Shadow vio cómo tomaba un folleto antes de salir y anotaba en un papel los datos del local, así como su nombre. Salió sin decir una palabra y se alejó caminando muy despacio para no resbalar en el hielo. En cuanto hubo desaparecido, Shadow se llevó la mano al corazón. Latía con una fuerza desconocida. Apenas lo conocía, pero el impacto que había causado en todo su ser era innegable. Sin embargo, había comprendido que a él le gustaba tener el control de cada situación. Su forma de ser atrevida lo había intrigado y disuadido a partes iguales. La comida del día siguiente prometía ser muy interesante.

* * *

Después de sopesarlo toda la noche, Brent había decidido que le gustaba la idea de alquilar un local a Shadow Callahan. Estaba realmente contento.

—Micky, necesito que busques un archivo.

—Muy bien, señor Bramwell. ¿De qué se trata?

Brent se acomodó en el sillón de su oficina mientras hojeaba el folleto abierto sobre la mesa de su despacho.

—El local que la señorita Shadow Callahan ha alquilado en la nueva galería comercial.

—Lo tendrá en un minuto.

—Gracias.

Brent estudió el folleto. Anunciaba una gama muy amplia de artículos, desde juegos de mesa hasta aceites olorosos, lencería y libros de autoayuda para recuperar una vida sexual sana y divertida. Era tan escandaloso, que incluso tenía gracia. Y podía ser un negocio rentable. Brent aceptó que una idea tan innovadora podía cuajar con rapidez. No cabía duda de que se sentía muy intrigado por la mujer que había ideado un negocio semejante. No recordaba haber conocido en el pasado a una mujer tan animada y

tan adorable. La señorita Callahan, incluso vestida en vaqueros y con una camiseta vieja, destilaba sensualidad y confianza a partes iguales. Su atractivo no se basaba en la ropa o en un determinado perfume. Todo residía en su actitud, su modo de moverse y de hablar. La sonrisa fácil y el trato directo. Era deslumbrante.

Brent siempre había tenido muy presentes a las mujeres y sus motivaciones. No tenía más remedio que actuar así. Las mujeres habían revoloteado a su alrededor en virtud de su cuenta bancaria y sus contactos. Pero nunca debido a su aspecto. Y mucho menos en función de su carácter. Podría haber nacido deforme y comportarse de un modo grosero. Aun así, las mujeres habrían intentado llamar su atención. Hacía mucho tiempo que no había sentido la emoción de la seducción. Hacía mucho tiempo que no había necesitado dar ese paso.

Pero Shadow Callahan lo había piropeado abiertamente sin saber que tenía una gran fortuna. Entonces, ¿por qué habría intentado hacerse con el control de la situación? Brent había reconocido esa intención en ella porque era lo mismo que él acostumbraba a hacer. Y por un momento había permitido que ella tomara la delantera.

Micky llevó la carpeta que había pedido y Brent se puso manos a la obra. Iba a reunirse con ella en unas pocas horas y quería estar preparado. Por el momento, Shadow no sabía que él era el propietario del local y esa ventaja le satisfacía. Antes de enzarzarse en una nueva escaramuza dialéctica con ella, quería conocerla a fondo para poder jugar bien sus cartas.

* * *

Shadow no tuvo tiempo de pensar en Brent a lo largo de la mañana. Estuvo muy ocupada atendiendo a los clientes que habían acudido a su tienda para buscar un regalo original que los sacara de apuros en las compras de última hora. Shadow disfrutaba con el ajetreo, el trato con los clientes y la emoción de algunos compradores cuando encontraban el artículo perfecto. No le quedaba tiempo para pensar en nada más. Pero la noche anterior había recordado su encuentro con Brent. Era un hombre interesante. Mucho más que los últimos que había conocido, empeñados en abrumarla con sus atenciones. No estaba muy segura de qué era lo que la atraía de Brent, pero ya tendría tiempo de averiguarlo.

Él llegó a la tienda a las doce menos cuarto. Llevaba las mejillas coloradas a causa del frío. Shadow esbozó una sonrisa a modo de saludo y siguió atendiendo a una mujer que dudaba entre dos artículos. Después de decidirse, Shadow cobró la prenda y despidió a la joven deseándole buena suerte. Brent se acercó a ella y se quedó mirando su indumentaria. Shadow sonrió con coquetería.

—¿Te gusta?

Iba vestida como un conejito blanco. Llevaba una especie de camiseta larga de algodón que le llegaba hasta los muslos, leotardos y unas botas altas de cuero. Se dio la vuelta, con los brazos en cruz, y Brent pudo leer el mensaje escrito en la espalda:

Sé realista. Los cuarenta nunca me han sentado tan bien.

—Muy bonito —dijo Brent—. Pero tú no tienes cuarenta.

—¿Cómo lo sabes? —dijo con una sonrisa—. Tengo el carné de conducir en el bolso. ¿Has estado espiando entre mis cosas?

—Estoy seguro de que no tienes cuarenta —se limitó a repetir.

—¿Crees que me conservo bien para haber cumplido cuarenta?

—Demasiado bien —dijo muy en serio—. Creía que las mujeres siempre fingían tener menos edad, nunca más.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Si dijera que tengo veinte años, la gente pensaría que me conservo fatal. Pero para tener cuarenta no estoy nada mal.

—Señorita, creo que es usted una auténtica preciosidad, tenga la edad que tenga.

Había tanta franqueza en su voz, que Shadow experimentó una sincera emoción. Ocultó esa reacción con mucho oficio.

—Dame un minuto para buscar mi abrigo y avisar a mi ayudante. Nos iremos enseguida.

Poco después, regresó de la parte trasera de la tienda acompañada de una mujer que cargaba un montón de sábanas

estampadas. Mientras Shadow se ponía el abrigo hizo las presentaciones.

—Ésta es Kallie, mi mano derecha y una mujer encantadora, aunque un poco tímida. Te presento a Brent Bramwell. Estaremos en la cafetería por si necesitas algo.

—No hay prisa —señaló Kallie—. Puedo arreglármelas.

—Claro que puedes. Nunca lo he dudado. Cuando hayas terminado de guardar las sábanas, cuelga una en el escaparate para que todo el mundo pueda ver el dibujo, ¿de acuerdo?

Brent la tomó del brazo y se dirigieron a la puerta.

—¿Qué clase de dibujo tienen las sábanas? —preguntó.

A pesar los abrigos y del viento gélido, Shadow pudo sentir el calor corporal de Brent junto a ella. Esquivó una placa de hielo y se arrimó todavía más a él.

—El sitio correcto de cada miembro del cuerpo humano —especificó Shadow.

—¿Es una broma?

—No —dijo con la mano en el corazón—. Es una especie de manual de instrucciones. Confío en que sea uno de los artículos más vendidos.

—¿Tú ya has comprado un juego?

Antes de que terminara la pregunta llegaron a la cafetería. Shadow entró primero y aspiró el aroma de las pastas recién horneadas, el café y el pan caliente.

—Me encanta este olor —dijo, evitando responder a Brent—. No hay nada como el olor de la levadura y el pan para hacerte sentir a gusto.

—Bueno, no lo sé —replicó Brent—. Se me ocurren otros aromas más atractivos.

Se quitaron los abrigos y ocuparon una mesa pequeña. Apoyó la

mejilla en su puño cerrado y estudió a Brent con curiosidad.

—Te he molestado y por eso estás tan cáustico —señaló Shadow.

—¿Cáustico? —dijo Brent y arqueó una ceja—. Creía que sólo estábamos charlando.

—De acuerdo —aceptó ella—. No. Y sí, supongo que eso es cierto para muchos hombres, pero también se cumple para muchas mujeres.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Brent.

—Respondía a tus preguntas —sonrió Shadow—. No tengo mi propio juego de sábanas. Y estoy segura de que muchos hombres prefieren otros aromas antes que el del pan recién horneado. Y también muchas mujeres.

—¿Y no es tu caso?

—A mí —dijo y negó con su dedo índice—, me gusta el pan reciente. Me hace sentir segura. ¡Vaya! Aquí llega Eliza.

Shadow presentó a Brent a su nueva amiga, que lo estudió con la mirada, y después hizo su pedido.

—Tomaré una ensalada, un montado de atún con pan de centeno y tarta de manzana.

Brent hojeó por encima la carta y pidió lo mismo que Shadow.

—¿Queréis probar el café especial del día?

—Claro —se adelantó Shadow—. Tráenos una jarra.

—¿En qué consiste el café especial del día? —preguntó Brent una vez que la camarera los hubo dejado a solas.

—No tengo ni idea —respondió Shadow—. Pero el café siempre está delicioso. Y me gusta probar cosas nuevas. ¿A ti no?

Brent se recostó sobre la silla. Los ojos le brillaban. Shadow adivinó una ligera señal de amenaza.

—Estaré ocupado casi toda la semana mientras me instalo —dijo Brent—. Pero si realmente eres tan temeraria, ¿por qué no aceptas cenar conmigo el viernes próximo?

Tan sólo estaban a lunes. Shadow se sintió un poco decepcionada al pensar que Brent no quisiera verla hasta el viernes siguiente.

—No lo sé. No estoy segura de que pueda confiar en ti. Eres muy atractivo y tienes mucha labia. Tengo la sensación de que eres un tipo peligroso y suelo acertar en mis suposiciones. Antes no lo hacía —se encogió de hombros—, pero ahora sí.

—Suenas precavida —apuntó Brent—, antes que temeraria.

—Hay diferencias entre tener gusto por la aventura y meterse de cabeza en la boca del lobo —se inclinó hacia delante y lo miró fijamente—. No soy estúpida.

—No tienes que convencerme —dijo Brent con mucho tacto—. He leído el folleto y resulta obvio que eres una empresaria con mucho olfato.

Parecía que hablara en serio, pero Shadow no estaba convencida. No quería dejarse arrastrar por su palabrería. Tenía más que suficiente con encontrarlo tan atractivo y encantador. Si además aceptaba sus piropos, acabaría convirtiéndolo en una especie de santo varón.

Eliza llevó la comida y ambos permanecieron en silencio mientras la servía. Se cruzaron la mirada en varias ocasiones. Shadow empezó a comer despacio.

—Bien —aprovechó Brent para continuar—. Si no quieres cenar, ¿qué te gustaría hacer? Estoy instalándome en mi nueva casa, pero estoy seguro de que podría arreglármelas si quieres evitar los preliminares y venir directamente a mi casa.

Shadow continuó masticando tranquilamente, sin prisas, consciente de que Brent quería hacerle morder el anzuelo por alguna razón y que se sentía con derecho para actuar de un modo tan brusco.

Vestido con un traje gris marengo, camisa de mil rayas y una

corbata de seda, era la viva representación de la elegancia masculina. Un reloj de plata maciza asomaba por debajo del puño de la camisa. Tenía las manos grandes y el vello oscuro cubría sus nudillos. Shadow tomó la servilleta y se limpió la comisura de la boca. Se había tomado su tiempo para pensar la respuesta.

—¿Cómo te ganas la vida, Brent?

—Trabajo en una inmobiliaria —dijo sin énfasis—. ¿Por qué no respondes a mi pregunta?

—¿Eres rico? —preguntó mientras removía el café con la cucharilla.

Brent suspiró, se recostó sobre la silla y se cruzó de brazos.

—No logro seguirte —admitió Brent—. ¿Acaso necesitas saber cuánto dinero gano antes de decidir lo que quieres de mí?

Shadow lamentó profundamente oír eso. Había creído que Brent sería diferente de los otros hombres que había conocido. Se puso en pie, sacó el monedero y dejó sobre la mesa el dinero de la comida. Podía sentir a Brent vigilarla en silencio. Se puso el abrigo antes de dirigirle la palabra.

—No quiero nada de ti. A no ser que quieras rellenar la instancia para participar en el concurso. Todavía necesito tres candidatos —se colgó el bolso del hombro y exhibió su mejor sonrisa—. Gracias por compartir conmigo el almuerzo. Ha sido muy… instructivo.

La expresión de Brent reflejaba su incredulidad. Shadow dio media vuelta y se encaminó a la puerta sin mirar atrás. Después de un silencio tenso, oyó cómo Brent se levantaba e iba tras ella. Casi había llegado a la puerta del local cuando Brent la alcanzó. Puso su mano sobre el hombro derecho de Shadow y la obligó a detenerse. Ella se giró y se lo quedó mirando.

—Espera un minuto —dijo Brent.

—¿Has decidido participar en el concurso? —preguntó ella sin perder la sonrisa.

—Olvida el maldito concurso. Creía que íbamos a comer juntos.

—Eso fue antes de que supiera cuáles eran tus intenciones —dijo Shadow con seriedad—. Si hubiera sabido desde el principio lo que querías, nunca habría aceptado.

El viento soplaba con fuerza y obligó a Shadow a bajar la cabeza. Estaba temblando.

—Hace demasiado frío para estar en la calle —dijo Brent—. ¡Entremos!

En el local la temperatura era muy agradable. No había demasiada gente. Kallie levantó la cabeza al verlos y llamó a Shadow.

—Han traído un paquete a tu nombre —dijo—. Está en tu oficina.

—Gracias —se volvió hacia Brent—. Creo que no tenemos nada más que decirnos. Es una lástima. Creo que eres muy divertido. Pero no estoy interesada en una aventura de un día. Gracias de todos modos.

—De eso nada —replicó Brent—. No vas a salirte con la tuya. Puede que tú no tengas nada que decir, pero yo sí.

Dos clientes levantaron la vista al oír a Brent, que había adoptado un tono agresivo. Shadow se armó de paciencia y resignación.

—Vamos, hablaremos en mi despacho. Pero te concedo sólo un minuto —señaló con el ceño fruncido—. Tengo trabajo.

Brent estaba enfadado. Si sus pisadas no resultaban suficientemente elocuentes, su expresión no dejaba lugar a dudas. Shadow abrió la puerta de un pequeño despacho y encendió la luz. Habían dejado un ramo de rosas amarillas sobre la mesa. Shadow se detuvo en seco. Brent estuvo a punto de empujarla sin querer.

—¡Alguien me ha enviado flores! —gritó maravillada en voz alta y enseguida leyó la tarjeta y se volvió hacia Brent—. ¿Ha sido idea tuya?

—¿Qué te hace pensar eso? —replicó—. ¿Quién firma la tarjeta?

—Nadie. Dice que es un admirador secreto.

—Bueno, yo he dejado mis intenciones claras desde el principio. No ando con secretos, ¿no te parece? —dijo algo molesto.

—¿Y de quién son? Los únicos hombres que conozco son amigos.

—Ya te dije que…

—Sí, lo sé —interrumpió Shadow—. Todos los hombres tienen un motivo oculto. Debería haber pensado en ello antes de aceptar tu invitación para comer.

—¿Crees que sólo intentaba que fuéramos buenos amigos? —gruñó Brent y su voz se hizo más grave al acercarse a ella—. Eres una mujer preciosa, Shadow. Puede que algo extravagante, pero lo acepto. Y empezaste tú al decirme lo guapo que era.

—Bueno, sigues siendo muy guapo —afirmó—. Una mujer tendría que estar ciega para no darse cuenta. Pero eso no significa que quiera acostarme contigo la primera noche. Tengo escrúpulos.

—Creo que te has llevado una impresión equivocada —dijo con amabilidad, después de considerar sus palabras—. No te enojes. Si te he interpretado mal, lo lamento. Pero no puedes culparme por haber malinterpretado las señales. Es muy raro cruzarse con una mujer tan abierta y tan directa como tú.

Shadow dio un paso atrás y se alejó un poco de él.

—No es la primera vez que me aconsejan que no exprese mis pensamientos en voz alta con tanta frecuencia. Y lo intento, pero es muy molesto.

—Entonces, ¿te sientes atraída por mí? —preguntó Brent con intención.

—Sí, por supuesto.

—¿Y no te importaría que nos conociéramos un poco mejor?

—Me gustaría —reconoció Shadow—. Pero no si tu único interés es marcarte un tanto.

—Creo que estar contigo sería muy interesante —dijo con malicia—, fuera cual fuera el resultado final.

—Gracias —agradeció Shadow, desarmada ante esa muestra de sinceridad.

—De nada —Brent parecía aliviado—. ¿Qué te parece si volvemos a intentarlo? ¿Comemos juntos el miércoles?

—¿Accederás a participar en el concurso? —dijo, consciente de que debería rechazar su invitación—. Todavía te necesito.

Shadow comprendió, por la expresión de Brent, el significado de sus palabras. Había confesado que lo necesitaba. Brent se fijó en la boca entreabierta de Shadow.

—¿Qué tal si te doy una respuesta el miércoles?

Brent la miraba con tanta intensidad, que Shadow casi pudo sentir su mirada como un beso. Su corazón latía con fuerza. Apenas le llegaba el aire a los pulmones. No podía rechazar una oferta semejante.

—Trato hecho —aceptó y le tendió la mano.

Sintió la palma de su mano cálida. Brent apretó con fuerza y atrajo a Shadow hacia sí. Se quedó paralizada cuando él se inclinó hacia ella, pero no trató de apartarse. Notó el roce de sus labios sobre la mejilla, firmes pero delicados. Se sentía totalmente conmocionada, tanto por la audacia de Brent como por su reacción ante un beso tan casto. Procuró recuperar el tono sereno de su voz.

—Has sido muy amable —dijo—. Quizá el miércoles puedas mejorar un poco más.

—Veré qué puedo hacer —dijo Brent con una sonrisa.

Buscó en el bolsillo interior de su abrigo la cartera. Sacó una tarjeta y se la entregó a Shadow.

—Si cambias de opinión acerca de la cena, llámame a la oficina. Suelo trabajar hasta tarde.

Brent salió de la tienda silbando. Shadow se preguntó si habría

acertado con él. Al menos estaba segura de una cosa. Conocerlo resultaría divertido, y en eso consistía su negocio. Había pasado mucho tiempo desde que un hombre había provocado en ella una reacción como la de esa tarde. Pero estaba segura de que el futuro le depararía muchas más sorpresas.

Capítulo 2

El frío gélido de los últimos días había sido sustituido por un tiempo algo más llevadero. Shadow, acostumbrada al perenne sol de California, pensó que nunca dejarían de sorprenderle los cambios de temperatura en Ohio. Esa mañana no estaba nublado. Tuvo que entrecerrar los ojos para soportar la luz reflejada en la nieve. El viento soplaba con fuerza en la acera de la galería. Estuvo a punto de volarle la bufanda y de deshacerle el pelo recogido con un lazo rojo. Pensó que no había sido muy buena idea elegir un vestido para un día así. Pero nunca lo planeaba todo hasta ese punto. Estaban colgando las luces de Navidad y se sintió con ganas de decorar la fachada de su tienda. Pero, sobre todo, tenía ganas de ver a Brent Bramwell.

Había estado pensando en él los últimos días. Era consciente de que lo había impresionado de alguna manera, aunque él no hubiera querido darle importancia a ese hecho. Había bromeado acerca de sus extravagancias, pero eso era algo a lo que Shadow ya estaba acostumbrada. Le gustaba pensar que ahí radicaba parte de su encanto. Incluso en sus años de instituto había sido una chica diferente, empeñada en conquistar su independencia para no someterse a las reglas de los demás. El resto de las chicas se había interesado en los chicos, la moda y la música. Ella, en cambio, sólo había querido entender por qué la gente no podía ser más tolerante y más abierta. Pero cuanto más profundizaba en el tema, más grande era la brecha que la separaba de los demás. Y sufrió en persona la intransigencia de la sociedad. Aprendió a aceptarse tal cual era sin remordimientos.

Una ráfaga violenta de viento le levantó la falda del vestido por encima del abrigo. Shadow chilló e intentó bajar la falda. Al inclinarse, estuvo a punto de perder pie sobre la escalera a la que estaba subida. Por suerte, buena o mala, en ese instante apareció Brent paseando en dirección a la tienda.

Brent no podía creer lo que estaba viendo. Shadow, a punto de perder el equilibrio, trataba de aguantar de pie sobre la escalera

mientras la falda se le había subido casi hasta la altura del pecho. Antes de que recuperase su posición normal, Brent obtuvo una visión directa de sus nalgas, redondas y prietas, cubiertas por unos leotardos rojos. Shadow estiraba los brazos por encima de la cabeza y procuraba colocar unas luces de colores sobre el marco de la puerta.

Al ver que empezaba a balancearse y se aferraba a las luces con desesperación, Brent acudió a la carrera.

Pero el pavimento helado no invitaba a ninguna heroicidad. En el momento en que llegó a la altura de Shadow, Brent resbaló y la golpeó sin querer. Ambos cayeron al suelo. Brent quedó debajo, tumbado boca arriba, y Shadow terminó sentada sobre su estómago. Asombrada, se giró y lo miró fijamente. Brent tenía los ojos cerrados, pero los abrió inmediatamente y se quedó parpadeando.

—¿Estás bien? —preguntó Shadow sin aliento.

—Parece que esto empieza a ser una costumbre —replicó Brent.

Tenía las luces de colores sobre el pecho. El lazo rojo que Shadow llevaba en el pelo se había movido y ahora lo tenía sobre un ojo. Brent soltó una carcajada pese a tener a Shadow sentada sobre el diafragma. Ella se desplazó un poco a causa del movimiento compulsivo de Brent.

—Sería más fácil si te levantaras —sugirió Brent.

—¡Vaya! —suspiró ruborizada y se puso inmediatamente de pie.

Brent, desde el suelo, siguió la operación sin omitir detalle. Apreció la proporción exacta de las piernas, largas y bien torneadas. Los muslos, elásticos y prietos, terminaban en un trasero que resultaba tan tentador como la mitad superior de su cuerpo. Tal vez más. Se incorporó hasta sentarse y, en un segundo esfuerzo, se levantó. Tenía la parte trasera del pantalón empapada a causa de la nieve. Al palparse la cabeza, se descubrió un chichón. Shadow todavía estaba ruborizada, pero intentaba no darle importancia. Estaba deshaciendo los nudos de las luces. Dejó todo el juego doblado sobre la escalera.

—Entremos para que me dejes echarle un vistazo a tu cabeza —dijo.

—Mi cabeza está bien —respondió mientras entraban en el local —. Pero tengo los pantalones empapados.

Shadow echó un vistazo a su trasero, chasqueó con la lengua y se alegró de que ese día Brent hubiera decidido vestirse con ropa informal. Llevaba pantalones de pana gruesa, un jersey grueso de cuello alto y una cazadora. Kallie alzó la vista al verlos entrar y saludó con desparpajo a Brent. Había un par de clientes curioseando en la tienda, absortos en los artículos de las estanterías. Brent sintió cierto alivio al pasar desapercibido. Dentro del despacho, Shadow cerró la puerta y se volvió hacia Brent. Se mordió el labio inferior y lo miró de arriba abajo.

—Podrías quitarte los pantalones para que intentara limpiarlos —dijo de pronto.

—En primer lugar —sonrió Brent—, deberías agradecerme que no haga ningún comentario atrevido en respuesta a tu oferta.

—Gracias.

—Los pantalones se secarán solos —asintió Brent—. No te preocupes. ¿Te has hecho daño en la caída?

—No. Tú has amortiguado el golpe —se aclaró la garganta—. Gracias, otra vez.

—¿Qué estabas haciendo ahí fuera subida a la escalera? Deberías contratar a alguien para ese tipo de trabajos.

—Puedo ocuparme de todo yo sola, no necesito ayuda. Además, es divertido —señaló—. Bueno, al menos hasta que se me levantó la falda. Supongo que no te perderías el espectáculo…

—Desde luego que no —sonrió Brent.

—Al menos llevo leotardos —dijo, de nuevo ruborizada.

Se apartó los mechones rizados que caían sobre la frente y se recogió el pelo con el lazo rojo.

—¿No te sentirías incómodo comiendo con el pantalón mojado?

—Podríamos comer aquí mismo —sugirió Brent—. De ese modo no habría miradas indiscretas ni comentarios.

—A las mujeres no les importaría mirar —apuntó Shadow.

—Gracias —dijo, encandilado por la sonrisa de Shadow—. Si comemos aquí, podría ir a casa a cambiarme más tarde. Hoy no tengo que ir a la oficina. Lo he arreglado todo para tomarme el día libre con la esperanza de que pudieras escaparte de la tienda un rato. Me gustaría que habláramos un poco más.

—Supongo que podría hacerlo —dijo, pensativa—. Los miércoles no suele haber mucho trabajo. Kallie podría ocuparse de todo. Y me gustaría pasar más tiempo contigo.

—¿Eres igual de sincera con todos los hombres que conoces? —preguntó Brent, a quien Shadow no dejaba de sorprender.

—¿Por qué? ¿Es que te molesta?

—No, pero no estoy acostumbrado a tanta franqueza por parte de las mujeres. A no ser que estén buscando…

—¿Qué?

—Olvídalo —dijo meneando la cabeza.

—Nunca he sido una mujer cohibida —señaló Shadow después de un momento de silencio.

—No te creo —apuntó Brent fingiendo incredulidad.

—Actúo tal y como soy —dijo ella una vez recuperada la sonrisa—. Hace muchos años que decidí aceptarme. No tengo intención alguna de cambiar. Pero tú me gustas, y espero que mi franqueza no te ofenda.

—Puede que me cueste un poco al principio, pero me acostumbraré —mintió, totalmente fascinado—. ¿Qué hay de la comida? ¿Podemos encargar algo?

—Iré a la cafetería en un momento —dijo—. Eliza nos preparará algo en un santiamén. ¿Hay algo que te apetezca particularmente?

—Cualquiera cosa irá bien —dijo y sacó la cartera.

Shadow le sujetó la mano.

—Esta vez pago yo —dijo—. Insisto —señaló con seriedad ante sus protestas.

—Está bien —suspiró Brent—. Pero sólo si me permites invitarte a cenar esta noche.

—Todavía no nos conocemos tanto…

—Tú eliges el restaurante. Seguro que hay algún sitio en el que te sientas cómoda —sugirió Brent, pero Shadow frunció el ceño con determinación—. Cualquiera diría que te he pedido una solución para el hambre en el mundo, Shadow.

—Está bien —asintió finalmente.

—Todo un detalle —bromeó Brent, consciente de su recelo—. ¿A qué hora terminas esta noche? Pasaré a buscarte.

—No. Quedamos en Reba, en el Centro Comercial. ¿A las siete?

—Tengo la impresión de que llegar a conocerte va a suponer un constante tira y afloja para ver quién controla a quién. —Brent acarició su mejilla, suave y cálida, y movió la cabeza—. ¿Siempre que proponga algo tendrás una réplica preparada?

—No era consciente de que quisieras tener el control —dijo lentamente.

—Ahora mismo sólo deseo comer algo —apuntó Brent con cautela.

Shadow lo miró y pareció satisfecha tras la respuesta de Brent.

—Siéntate —dijo con alegría—. Enseguida vuelvo.

En vez de sentarse, Brent empezó a dar vueltas en el despacho cuando Shadow salió. Era una habitación muy pequeña en la que había una mesa de despacho, dos sillas y un archivador. Había una puerta y un ventanuco que daban al callejón de la parte de atrás. Y tenía un par de macetas en el alféizar. Su tarjeta estaba en el centro

de la mesa. También había una tarjeta de felicitación. Brent, sin la menor sensación de culpa, echó un vistazo. Pertenecía a su admirador secreto.

A Brent le pareció gracioso. Supuso que se trataría de algún joven inexperto que buscaba llamar la atención de Shadow. La tarjeta, escrita a mano con letra de hombre, era breve y básicamente decía lo maravillosa que era y que su joven pretendiente la amaba apasionadamente. Brent pensó que la forma de ser de Shadow podía animar a más de uno a pensar en cortejarla con garantías. Era la clase de mujer que volvía locos a los hombres, sobre todo si se trataba de alguien poco curtido en el amor.

Shadow regresó y encontró a Brent sentado sobre su cazadora para no estropear la tela de la silla. Llevaba una jarra de café, dos tazas y una bolsa con la comida. Brent suspiró con ganas y sonrió.

—Huele muy bien —dijo.

—He pedido un par de cruasanes de jamón y queso, ensalada de pasta y el café.

Shadow dispuso la comida sobre la mesa, sirvió el café y se sentó en su sitio. Brent apenas había probado un bocado cuando Shadow sacó de un cajón una solicitud para el concurso.

—Podemos rellenar la solicitud mientras comemos —señaló.

—No estoy seguro, Shadow —apuntó con desgana—. No me gustan las competiciones.

—Tonterías. Eres muy atractivo y, desde luego, no eres tímido —dijo Shadow—. Todavía necesito tres candidatos y ya estoy cansada de pedírselo a todos los hombres que encuentro.

—¿Quieres decir que te has acercado a un montón de hombres igual que a mí? —preguntó atónito, la boca abierta.

—Bueno, no exactamente de la misma forma —se estremeció un poco—. Tú eras el único hombre que estaba solo. Te lo enseñaré.

Abrió el cajón de la mesa y sacó una carpeta. En apenas unos segundos había desplegado sobre la mesa siete solicitudes con sus respectivas fotografías. Brent sentía curiosidad. Se inclinó hacia

delante para estudiar mejor las imágenes.

—¿Crees que tu admirador secreto es alguno de los candidatos? —preguntó Brent.

—La verdad es que yo también me lo pregunto —dijo sin dejar de mirar las fotos—. Éste de aquí es Chad Moreland. Es farmacéutico y tiene el negocio muy cerca. Es amable, pero muy tímido. Estos dos son hermanos, Dean y Frank Stiles. Poseen una clínica veterinaria en la siguiente manzana y son divertidísimos. Y este semental es Ricardo. Es decorador y un auténtico seductor. El resto están casados y conozco a sus mujeres. Bea, mi amiga publicista, me los presentó.

—¿Crees que te enviaría flores? —preguntó Brent.

—¿Ricardo? No, tendría que dar demasiados rodeos. Es mucho más directo.

—¿Quieres decir que flirtea contigo? —dijo Brent un poco molesto.

—Sale al encuentro de cualquiera que lleve faldas —sonrió Shadow—. No puede evitarlo.

—¿Y qué hay del resto?

—Por el momento todos se han comportado con mucha educación y amabilidad. No les va el papel de admirador secreto —señaló la tarjeta de felicitación—. No se trata tan sólo de flores y bombones. Las dos últimas noches he recibido llamadas anónimas a casa. Ya sabes, yo contesto y nadie responde, pero lo oigo respirar. Ya sé que se trata de una broma, pero me pone nerviosa.

—A lo mejor te convendría cambiar el número de tu casa —sugirió Brent.

—Lo he pensado —admitió—. Pero pensé que podías llamarme. Y si cambiaba el número, no tendrías forma de localizarme.

Brent se recostó sobre el respaldo de la silla. Estaba asombrado al comprobar con qué facilidad compartía Shadow sus pensamientos más íntimos. Era realmente extraño y Brent sopesó la idea de que todo formaba parte de alguna estrategia femenina de nuevo cuño.

Quizá habían sustituido la ironía por la cruda realidad.

—Tú también tenías mi número —dijo con la mirada fija en su tarjeta—, pero no me has llamado.

—¡Tú ya me habías tomado por una mujer fácil! —protestó Shadow—. Conozco las reglas, aunque no siempre las cumpla. Las mujeres no llaman a los hombres.

—No me habría importado —dijo con amabilidad, sus ojos clavados en ella. Se adelantó y le tomó la mano—. ¿De qué querías hablar conmigo?

—No lo sé —balbució sin aliento al entrar en contacto con él—. Me siento bien cuando estoy contigo. Es agradable y divertido. Estuve pensando en ti y sentí ganas de oír tu voz. No quiero que me malinterpretes. No quiero cazar un marido ni busco el amor a primera vista. Pero hacía mucho que no encontraba un hombre que me atrajera tanto, independientemente de tu aspecto físico. Se trata más bien de que eres distinto, un poco como yo.

De pronto se llevó la mano a la cabeza y suspiró.

—¡Demonios! Ahora parece que te estoy insultando. Ya sé que la mayoría cree que soy un poco rara. No quería decir que tú también lo fueras.

—¡Shadow! —murmuró y posó los dedos sobre sus labios para hacerla callar—. Yo no pienso que seas rara. Eres diferente, desde luego. Pero en el buen sentido. Tú también me gustas, ¿de acuerdo?

Shadow, que sentía los dedos de Brent sobre su boca, se limitó a asentir.

—Bien. Y ahora, ¿por qué no llamas a la compañía telefónica para que te cambien el número y me das el nuevo? —se echó para atrás, tomó un lápiz y sacó un trozo de papel del bolsillo—. Éste es el número de mi casa. Acabo de instalarme y todavía no me lo sé de memoria.

Copió su número en un papel para Shadow y se lo entregó.

—Tienes la misma extensión que yo —dijo—. ¿Dónde te has mudado?

—Woodbine Haven. ¿Te resulta familiar?

Brent ya conocía la respuesta. Vivía a un par de manzanas de la casa de Shadow. Se había alegrado al descubrir su dirección en su expediente. Estaba esperando pacientemente la reacción de Shadow. Pero se sintió decepcionado cuando ella se limitó a decir que conocía el sitio. Después, guardó silencio un segundo.

—Tienes mucho dinero, ¿verdad? —dijo Shadow contrariada.

¿Qué podía responder? Se trataba de un barrio antiguo de grandes mansiones restauradas que se anunciaban en las revistas más selectas. Una zona residencial con poco más de veinte mansiones que conservaban gran parte de la arquitectura original, fechada un siglo atrás. Brent se fijó en la expresión de fastidio de Shadow.

—¿Supone un problema? —preguntó.

—No, en absoluto —respondió, pero sus labios adoptaron una mueca de disgusto—. Pero he conocido a más de un hombre rico y creen que las mujeres obedecerán cualquier orden sólo porque tienen dinero. Suelen ser arrogantes, condescendientes y muy egoístas.

—Seguramente se comportan así —dijo y su cuerpo se tensó—, porque la mayoría de las mujeres harían cualquier cosa por dinero. Puedes creerme si te digo que casi todas las mujeres que he conocido se han enamorado del tamaño de mi cartera.

—¿Es que no han encontrado ninguna otra parte cuyo tamaño resultara atractivo? —preguntó con malicia.

—Shadow… —dijo Brent, presa de las emociones más contradictorias.

—¡Me refería a tu nueva casa! —rió Shadow con las manos en alto—. Woodbine Haven es un sitio bastante imponente.

—En cuanto me instale definitivamente —le advirtió con un falso reproche—, te enseñaré todas mis posesiones.

—Mientras tanto —suplicó tratando de ocultar la sonrisa—, ¿por

qué no rellenas la solicitud? ¡Por favor!

—Ya que insistes —suspiró Brent dramáticamente y accedió.

Shadow se levantó para recoger los restos de la comida y limpiar la mesa. Fue en ese momento cuando Brent se dio cuenta de que Shadow no se había quitado el abrigo. No hacía frío en el despacho. Al principio, había creído que se lo había dejado puesto para combatir el frío de la calle que había soportado al ir por la comida.

—¿Tienes pensado ir a algún sitio? —preguntó Brent.

—No —respondió ella sorprendida mientras tiraba los restos a la papelera.

—¿Y por qué llevas puesto el abrigo?

—No quiero que me veas el vestido —confesó avergonzada.

—¿Por qué no? —preguntó mientras aguardaba con interés.

—Bueno, yo… es…

—¿Estás dudando, Shadow? Esto sí es nuevo.

—Esta mañana me pareció una buena elección —dijo al fin—, pero ahora creo que es mejor mantenerlo oculto debajo del abrigo.

Tal y como era de esperar, Brent se quedó mirando la prenda que la cubría y se levantó. Avanzó hacia ella con determinación.

—Ahora sí estoy intrigado —dijo—. ¡Quítate el abrigo!

No era un orden, sino más bien una sugerencia bienintencionada. Pero Shadow negó con la cabeza.

—Creerás que estoy insinuándome otra vez —dijo.

Brent empezó a desabrochar el abrigo con infinita delicadeza, un botón tras otro en una hilera que llegaba hasta la cintura. Al ver que Shadow no lo detenía, Brent continuó bajando. Shadow contuvo la respiración y empezó a balbucear.

—Es una tontería. No es más que otro de los artículos divertidos

que espero vender este verano. Nunca me lo pondría fuera de la tienda, pero esta mañana me sentía con ánimos y no me lo pensé.

—No hables —musitó Brent, ocupado en la tarea.

Recorría el cuerpo de Shadow con la mirada, sin miramientos. Era muy atractiva y terriblemente sensual. El solo hecho de pensar en ella provocaba una reacción en cadena en todo su cuerpo. Sus músculos se tensaban y lo invadía una sensación de plácida calidez. Sabía que la deseaba y no tardaría en conquistarla. Después del último botón, le quitó el abrigo.

Llevaba un vestido de punto, verde oscuro, por encima de las rodillas. El vestido se ajustaba a sus formas en el corpiño pero se abría en una falda de vuelo. En la parte delantera llevaba cosido un árbol de Navidad, profusamente decorado. Brent supo que era el mensaje que podía leerse encima del árbol lo que Shadow había querido ocultar. Deliberadamente, Brent lo leyó en voz alta.

—«Hay algo especial para ti detrás de mi árbol» —leyó.

Detrás del árbol estaba su cuerpo. Las ramas llegaban hasta los pechos y la base del abeto nacía entre sus muslos. Brent comprendió que Shadow quisiera ocultarse. El hecho de que estuviera tan deslumbrante con ese vestido sólo contribuía a complicar las cosas. Brent posó las manos en los hombros de ella, bastante anchos para tratarse de una mujer, que resaltaban aún más la cintura de avispa.

—No quiero que te sientas a disgusto cuando estés conmigo, Shadow —susurró Brent—. Prométemelo.

—Lo prometo —murmuró ella casi sin voz.

Brent tomó su cara entre sus manos. Acarició la piel suave de sus mejillas con los pulgares mientras hundía sus otros dedos entre los rizos sueltos de su pelo. Toda su piel irradiaba calidez. Se quedó quieto, en esa posición, unos segundos que parecieron eternos. Pudo apreciar la diferencia de tamaño entre sus cuerpos, la calidad de la luz al incidir en su rostro, el perfume discreto en su cuello y la forma en que lo miraba. Los pensamientos de Shadow eran como un libro abierto para Brent. Entonces, la soltó y retrocedió un paso.

—¿Cambiarás el número de teléfono para mañana? —preguntó.

Shadow carraspeó un poco, respiró a pleno pulmón varias veces y asintió.

—Sí, creo que será lo mejor. Ya le he dicho a Kallie que no acepte más paquetes a mi nombre y que se limite a devolverlos.

—Seguramente no tenga mayor importancia, pero más vale prevenir —apuntó Brent—. No vayas sola al aparcamiento y cierra la puerta de tu casa por las noches.

—Ya lo hago —dijo y arqueó las cejas—. No soy tan confiada.

—Bien —dijo Brent, que no había tenido intención de insultarla—. Vamos a rellenar esa maldita solicitud de una vez si tanta falta te hace.

Shadow no le concedió la menor oportunidad para cambiar de idea. Abrió el cajón de la mesa, sacó el formulario en blanco y sonrió.

—Ya he puesto tu nombre —admitió—, pero necesito tu dirección exacta.

En apenas un minuto completaron los datos que faltaban en la parte superior de la hoja. Al pasar al siguiente apartado, Shadow no dudó en anticiparse a sus respuestas.

—Dijiste que no estabas casado, ¿verdad?

—¿Eso me descalifica?

—Estar disponible no es un requisito para participar —dijo Shadow con seriedad.

—No he mentido —sonrió Brent—. No estoy casado ni lo he estado nunca.

—¿Estás prometido? —preguntó ladeando la cabeza—. ¿Mantienes una relación estable?

—¿Esa pregunta está en la solicitud?

—No —aseguró ella—, pero me ha parecido prudente preguntártelo.

—Ya te dije que estaba solo, ¿recuerdas? —replicó Brent sin dejar de sonreír.

—Las cosas podrían haber cambiado desde la última vez —señaló Shadow—. Sólo quería verificarlo.

—No estoy prometido y no salgo con nadie —rió con voz profunda.

—¿Alguna vez has estado prometido? —preguntó mirando la solicitud.

—Déjame adivinarlo —dijo sin quitarle ojo—. Eso tampoco figura en la solicitud.

—Es simple curiosidad —afirmó Shadow sin remordimientos.

Brent se tomó su tiempo antes de decidir si quería contestar. La verdad es que no le importaba que ella supiera lo que pensaba acerca del matrimonio.

—Estuve prometido hasta hace unos meses, pero ya está olvidado. Y fue suficiente para mí —añadió.

—Vaya, lo siento —dijo Shadow, ajena a la solicitud que tenía sobre la mesa—. No tenía intención de remover tu pasado.

—No es culpa tuya —dijo Brent—. Sabía que se casarían conmigo por mi dinero. Siempre lo he esperado. Pero entonces me aseguró que no quería tener hijos porque eso estropearía la diversión.

Shadow se estremeció al oír esas palabras.

—Y ya que la razón principal para casarme había sido formar una familia, corté de raíz. No lo lamento. Al contrario, me siento aliviado.

—¿Cómo se sintió ella?

—Se queja de vez en cuando y se pone pesada —recordó Brent —. Cuando supo que me trasladaba, decidió que lo hacía porque me había roto el corazón y no soportaba vivir en la misma ciudad que

ella.

—Pero no te rompió el corazón, ¿verdad?

—No —dijo y cerró los ojos un momento—. Habríamos formado una pareja horrible. Me gustaría tener hijos algún día, pero ahora sé qué clase de mujer quiero.

—¿Por ejemplo?

Shadow parecía más que interesada mientras escuchaba a Brent. Estaba absorta en sus explicaciones y no salió de su ensimismamiento hasta que él la acarició en la barbilla con la yema de los dedos.

—Hay una razón por la que no puede ser una empresaria. Son demasiado independientes. Y tendría que ser una mujer sumisa y obediente. Una mujer que fuera madre y esposa antes que nada.

—Eso que andas buscando no es tan especial —dijo Shadow mientras asentía—. Y es una de las razones por la que no pienso casarme, aunque me encantaría tener hijos. Una vez probé la aventura del matrimonio con sólo diecisiete años.

—¿Diecisiete? —repitió Brent con incredulidad.

—Creía que estaba buscando a alguien que me quisiera —recordó con cierta tristeza en la mirada—. Alguien que me considerase la persona más importante del mundo. Ahora, desde la distancia, me temo que sólo quería un poco de diversión en la cama. Pero tal y como fui educada, eso sólo podía conseguirlo si me casaba.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Brent con verdadera curiosidad.

—Éramos jóvenes y estúpidos —dijo y agrupó los papeles de su mesa en un taco—. Además, me pegaba. La primera vez que me puso la mano encima no dije nada porque odiaba admitir que todo el mundo tenía razón. La segunda vez me marché, pero permití que me convenciera para darnos una segunda oportunidad. Eso fue un auténtico error.

Brent se quedó mirándola fijamente mientras sentía una incipiente quemazón en la boca del estómago. ¿Alguien se había

atrevido a ponerle la mano encima? No le importaba qué hubiera ocurrido en un pasado remoto que nada tenía que ver con él. Entonces no la conocía y ahora empezaban a conocerse. Pero nada de eso importaba demasiado. Si ella señalara con el dedo al tipo en cuestión, Brent se lanzaría sobre él sin pensárselo ni un segundo. Tragó saliva y se contuvo.

—¿Qué hiciste?

—La tercera vez que me golpeó decidí devolver el golpe —dijo Shadow—. Cuando se acostó, lo aticé con un bate de béisbol.

—Bien hecho —aprobó Brent, atónito.

—Le partí dos costillas —recordó sin emoción—. Después, ya no me pidió que volviera.

A pesar de que sentía rabia e incredulidad, Brent no pudo ocultar una breve sonrisa. Era asombroso que Shadow pudiera hacerlo reír siempre, en cualquier circunstancia. Sus enormes ojos marrones todavía refulgían cuando Brent recuperó el habla.

—Eso fue hace mucho tiempo. ¿No has sentido la necesidad de darte una segunda oportunidad? —preguntó Brent.

—Una vez. Tenía veinticuatro años y estuve a punto de ponerme la soga al cuello por segunda vez. Pero afortunadamente descubrí a tiempo dónde me metía. De hecho, fue dos días antes de la boda —señaló Shadow—. Mi prometido estaba endeudado hasta el cuello y se había comprometido a pagar a todos sus acreedores con la fortuna que yo había heredado de mi abuela. Se puso hecho una furia cuando le dije que me largaba. No puede decirse que mi abuela tuviera tanto dinero como tú, pero me dejó una bonita suma. Suficiente para independizarme. Eso ocurrió hace siete años. Ahora pienso en lo mucho que me gustaría tener hijos. Claro que en estos tiempos no necesitas embarcarte en un matrimonio sin amor para tener hijos. No tengo intención de casarme, pero estoy sopesando la idea de ser madre. Mi reloj biológico no espera.

—¿Quieres ser madre ahora?

—¡Tranquilo! No estás en peligro. Nunca me quedaría embarazada de un hombre sin pedírselo antes. Además, lo más probable es que acuda a una clínica.

—Eso no parece muy divertido —dijo Brent.

—No, es cierto —aceptó Shadow—. Pero la otra alternativa a veces tampoco lo es.

Brent levantó una ceja ante una confesión tan ingenua y empezó a reír cuando Shadow se llevó una mano a la boca, arrepentida.

—Sigue, por favor —pidió Brent con interés.

—Olvida lo que acabo de decir —murmuró a través de los dedos —. No pretendía despreciar al género masculino.

—Yo lo había aceptado como un reto —dijo Brent.

—¡No, por Dios Santo! No quería decir eso.

—Me haces reír, Shadow. Eso me gusta y tú también me gustas. Y puesto que ambos estamos de acuerdo en que el matrimonio no es el estado ideal, creo que podríamos divertirnos juntos un poco, ¿no crees?

—Supongo que sí —accedió Shadow sin demasiado entusiasmo.

—Vamos a terminar de rellenar la solicitud —dijo Brent con la vista puesta en los papeles que había sobre la mesa—. Después, te ayudaré a decorar la entrada de la tienda.

—No tienes que ayudarme —aseguró Shadow.

—Quiero hacerlo. Además, no tengo nada mejor que hacer en todo el día.

—Está bien —suspiró ella—. Ahora tienes que decirme qué tres cualidades buscas en una mujer.

—Belleza, honestidad y sensualidad.

—No has tenido que pensarlo siquiera —dijo Shadow, asombrada—. ¿Estás seguro?

—Completamente.

—En ese orden, supongo.

—Desde luego —corroboró Brent—. Si una mujer no es atractiva, no me fijaría en ella. Si llegara a conocerla y no fuera honesta, no podría confiar en ella. Y si iniciara una relación con ella y no hubiera pasión entre nosotros, no tendría sentido continuar.

—Al menos eres sincero —dijo Shadow y meneó la cabeza con consternación.

—¿Por qué pones esa cara, Shadow? No creo que sea por lo que respecta al aspecto físico, porque ya sabes lo increíblemente atractiva que eres.

—Soy normal. Eso es todo.

—Y dudo que seas una mojigata —añadió Brent.

—Si estás intentando averiguar si soy honesta —dijo con el ceño fruncido—, la respuesta debería ser obvia a estas alturas. Pero lo que me ha molestado es que no pensaras en otras cualidades como el sentido del humor, la generosidad o la lealtad.

—Todo eso habría venido a continuación, después de la sensualidad.

—Bueno, pasemos a la siguiente pregunta —leyó Shadow—. ¿Cómo sería tu velada romántica ideal?

—¿Sólo puedo elegir una?

—Tienes que decidirte sólo por una —insistió Shadow.

Brent se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos. Levantó la vista y vio cómo los ojos de Shadow se oscurecían.

—Tendría que estar a solas con una mujer, junto a la chimenea encendida. Fuera, habría tormenta. Estaríamos desnudos y con todo el tiempo del mundo para nosotros.

Shadow parecía desconcertada por la forma en que, deliberadamente, Brent había utilizado el pronombre «nosotros». Sacudió la cabeza cuando comprendió que no había anotado en la

solicitud la descripción de Brent. Se apresuró a escribirlo todo, aunque la mano le temblaba imperceptiblemente.

—¿Hay más preguntas? —dijo Brent, que estaba disfrutando con el interrogatorio.

—¿Qué? —Shadow se aclaró la garganta—. Sí. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

—Esquí acuático, nadar, ir a correr —hizo una pausa y sonrió—. Hacer el amor.

Shadow dejó de escribir un segundo y después garabateó su respuesta.

—¿Y en qué trabajas? —preguntó sin levantar la vista de la hoja —. En tu tarjeta no dice nada, salvo tu nombre y un número de teléfono.

La verdad es que dirigía muchos negocios y delegaba en un montón de personas para hacerse cargo de sus múltiples inversiones. Ésa era la razón por la que no había oído hablar de Shadow hasta que el aburrimiento lo había obligado a desplazarse hasta Ohio para supervisar su última empresa comercial. Dio una respuesta vaga con la esperanza de que Shadow no hiciera más preguntas.

—Soy mi propio jefe y me ocupo de mis asuntos —apuntó—. Ya te dije que trabajo en temas inmobiliarios.

—¿Es interesante? —preguntó mientras anotaba la respuesta.

—Cada día más —dijo con los ojos puestos en ella.

—Es todo —dijo con una sonrisa y guardó las solicitudes—. Ahora sólo necesito una fotografía. Ya te dije que la tienda de la galería se ofreció para hacer las fotos de los candidatos totalmente gratis. Podemos ir ahora o a lo largo de la semana.

—Si tienes tiempo —señaló Brent—, prefiero hacerlo lo antes posible.

La fotógrafa era muy amable, quizá demasiado. Shadow parecía un poco molesta. No dejó de adular a Brent para que accediera a posar sin camisa. Sorprendentemente, Brent aceptó. Se quitó la camisa sin ninguna vergüenza. Y, desde luego, no tenía de qué avergonzarse. Tenía un cuerpo espectacular.

Pese a ser de pelo castaño, el vello que cubría su pecho era negro, no demasiado abundante. Estaba muy fuerte. Era ancho de hombros y los músculos de los brazos se marcaban con claridad. Tenía el abdomen liso, bien definido, separado por una línea recta de finísimo vello que bajaba hasta el ombligo y se perdía bajo los pantalones. Shadow sintió que su corazón empezaba a galopar.

Se ruborizó sólo con mirarlo. Apretó los dientes mientras seguía las evoluciones de la fotógrafa, que disparó muchas más fotos que con los otros candidatos. No dejaba de revolotear a su lado, obligándolo a cambiar de postura y toqueteándolo todo el tiempo. Al finalizar la sesión, Shadow no se sentía especialmente agradecida y salió del local sin decir una palabra. Brent ignoró su malhumor y fue directamente a terminar la decoración navideña de la tienda de Shadow. Ella insistió en ayudarlo y disfrutó enormemente con cada luz y cada guirnalda que colocaron. Hacía tanto frío que cuando terminaron tenían las mejillas y la nariz coloradas. Entraron en la tienda riendo y encendieron las luces de la entrada. Cada escaparate estaba iluminado con una luz distinta y una pequeña guirnalda. En el marco de la puerta habían colocado una serie de luces de colores intermitentes y una gran corona festiva. El conjunto resultaba elegante y armonioso. Shadow suspiró complacida. Estaba con la guardia baja cuando Brent le dio un gran abrazo y la levantó del suelo.

—Gracias —dijo—. Me he divertido mucho.

Consciente de que tanto Kallie como algunos clientes estaban mirándolos, Shadow se soltó. No quería separarse de él, pero se vio forzada a ello. Suspiró.

—Ha sido divertido, ¿verdad? Gracias por ayudar.

Brent también comprendió que los estaban mirando. La tomó de la mano, fue con ella hasta el despacho y cerró la puerta tras ellos. Un segundo después, Brent la apretujaba contra su cuerpo.

—¿Brent?

—No puedo esperar hasta esta noche para besarte, Shadow —confesó Brent.

Se quitó los guantes y la acarició con ternura. Tenía las manos calientes. Recorrió con el dedo cada esquina de su rostro y esbozó una tímida sonrisa.

—Estoy loco por ti —dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

Shadow no tuvo tiempo para responder. Brent se inclinó sobre ella y la besó. Pero no fue un acercamiento tímido, tal y como ella hubiera esperado de un primer beso. Brent la atacó resueltamente, apretó su boca contra sus labios y la atenazó entre sus brazos hasta que estuvo prisionera de su abrazo. Podía sentir su respiración y aspirar el aroma algo fuerte de la loción de afeitado. También sintió el calor y la potencia de su cuerpo. Shadow tenía la piel de gallina. Nunca antes había experimentado nada semejante ante un solo beso. En el momento en que sintió la humedad de la lengua de Brent sobre sus labios abrió la boca y él aceptó la invitación.

Shadow clavó las uñas sobre sus hombros mientras paladeaba cada instante. Se había rendido a sus emociones y, sin pensar en nada, atrapó la lengua de Brent entre sus labios y empezó a chuparla. Él se tensó y emitió un gruñido de placer. Se apretó a ella todavía más. Shadow podía sentir su aliento sobre la mejilla.

—¡Maldita sea! —exclamó Brent fascinado—. Supe desde el mismo instante en que te conocí que sería así. Te deseo, Shadow.

—Yo también te deseo, Brent —afirmó Shadow—. Pero es demasiado pronto. No podemos entregarnos sin más a la lujuria. Apenas te conozco.

Brent la soltó y metió las manos en los bolsillos. Suspiró largamente antes de hablar.

—¿Cómo no he sabido que ibas a decir algo así?

Shadow se volvió y le dio la espalda. Sabía que él empezaría a presionarla. Deseaba volver a verlo y no había mentido cuando había dicho que lo deseaba. Era una verdad que la carcomía por dentro. Pero también tenía unos principios morales sólidamente asentados y acostarse con un hombre al que apenas conocía iba en

contra de todo lo que consideraba correcto. No importaba el hecho de que sintiera que lo conocía desde siempre.

Brent se quedó mirando a Shadow, que parecía abatida. ¿Acaso Shadow se sentía cohibida? No era posible. Tenía que formar parte de su juego.

—Será mejor que me vaya —dijo Brent con buen humor—. Nos veremos esta noche en el restaurante. Y, Shadow…

Ella se giró muy sorprendida.

—… no llegues tarde.

—¿Todavía quieres verme esta noche?

Brent se acercó a ella con una sonrisa burlona. Posó un dedo sobre sus labios.

—Desde luego —murmuró—. Pero será mejor que, por el bien de nuestro espíritu, no nos besemos. No creo que mi libido pueda aguantar estos altibajos.

Capítulo 3

Pasaban diez minutos de las siete. El aparcamiento estaba oscuro y soplaba un viento gélido. Había estado maldiciendo su mala suerte los últimos quince minutos. Salió dando un portazo de su Mustang descapotable del 66, un modelo por el que siempre había sentido devoción. El golpe produjo un eco sordo en todo el aparcamiento. Estaba semivacío, pero Shadow prefirió aparcar en la parte de atrás. Quedaba más alejado de la entrada a la galería, pero apartado del tráfico y de los carros de la compra. Sintió un escalofrío mientras cruzaba y se subió el cuello del abrigo. Brent pensaría que quería darle plantón y no había nada más alejado de la realidad.

Kallie ya se había marchado y la tienda estaba cerrada. Los miércoles cerraban antes, pero el resto de la semana estaban abiertos hasta las nueve de la noche. Excepto los domingos, que abrían sólo por las mañanas. En vez de molestarse en abrir la tienda, Shadow entró a llamar en una cabina. Buscó el número del restaurante, lo marcó y esperó aterida de frío a que contestaran. Tuvo que esperar varios minutos hasta que localizaron a Brent. Aparentemente, el restaurante estaba lleno. Shadow se sintió tan aliviada al escuchar la voz de Brent, que se apoyó en el cristal helado de la cabina.

—¿Shadow?

—¡Oh, Brent! Lo siento mucho.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con cierta urgencia en la voz.

—Estoy bien, aunque hace un frío espantoso. El maldito coche no quería arrancar. No quería que pensaras que te estaba dando plantón.

—¿Dónde estás?

—Al lado de la tienda. Ya está cerrada pero… ¿Brent?

—Intento calcular cuánto tiempo tardaría en ir a buscarte —dijo Brent pensativo—. Todavía no controlo bien las distancias.

—No hay razón para que…

—Voy a ir —interrumpió con vehemencia—. Enciérrate en el coche y llegaré lo antes posible.

—Puedo llamar a un taxi.

—No voy a discutir contigo, Shadow. Haz lo que te digo —ordenó Brent—. Llegaré en menos de cinco minutos.

Shadow se quedó mirando el auricular, atónita ante el tono severo de Brent. Estaba dispuesta a contestarle en sus mismos términos cuando la llamada se cortó. Colgó el teléfono y pensó que tardaría como poco diez minutos en llegar. Shadow salió de la cabina y corrió hasta el coche. Cerró todas las puertas después de subir. Algo que habría hecho de todos modos sin necesidad de que Brent se lo ordenara.

Apenas cuatro minutos después vio que un hombre se acercaba. Pero estaba segura de que no era Brent. No era tan alto y su forma de andar no era tan decidida. El aparcamiento estaba en penumbra y la luz apenas alumbraba su coche. Shadow se quedó quieta, muy atenta, hasta que lo tuvo a la vista. La gorra y la bufanda ocultaban sus rasgos. No lo reconoció hasta que lo tuvo delante.

—Hola —saludó a través de la ventanilla.

El hombre se acercó a la puerta y se inclinó sobre la ventanilla.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció.

—No, todo está bien —agradeció Shadow.

—¿No puedes bajar la ventanilla?

—No —mintió Shadow—. Está rota.

—Abre la puerta —dijo con el ceño fruncido—. Intentaré arreglarlo.

—No hay ninguna necesidad —señaló Shadow—. Estoy

esperando a un amigo.

Pareció sorprendido por la respuesta. Se irguió, dio un paso atrás y se acercó de nuevo. Estaba claro que parecía disgustado.

—Abre la puerta —insistió, y añadió—: Tengo que hablar contigo acerca del concurso.

Shadow suspiró aliviada cuando vio las luces de un coche iluminar el aparcamiento.

—Ahí está mi amigo —dijo sin dejar de mirar el coche de Brent.

Estaba anonadada ante la visión del Jaguar negro que conducía Brent y que aparcó justo frente a su coche. Las luces de cruce casi la cegaban. Una vez que lo vio salir del coche, se decidió a abrir la puerta. El otro hombre había desaparecido. Brent echó un vistazo a su alrededor. Frunció el ceño cuando Shadow llegó a su altura.

—¿Era un amigo tuyo? —preguntó, la mirada fija en la penumbra del aparcamiento.

—No —respondió, atenazada por el frío—. De hecho, era uno de los participantes en el concurso. Es el dueño de la farmacia. No tengo la menor idea de lo que estaba haciendo aquí a estas horas.

Brent vio que Shadow estaba tiritando y la hizo subir al coche. El motor estaba encendido y se estaba muy a gusto en el interior. Brent se apretó contra ella para darle calor, le preguntó qué problema tenía el coche y depositó un beso tierno sobre sus labios palpitantes. Después, salió y fue a echar un vistazo al Mustang de Shadow. Levantó el capó y empezó a investigar. Shadow siguió sus movimientos desde la comodidad de su asiento. Era un hombre autoritario, enérgico, y se comportaba como si ella fuera una propiedad más. No estaba segura de si debía permitir que actuara así. Por principio, no debía aceptarlo. Pero tampoco podía afirmar que no le agradecía su ayuda dadas las circunstancias.

Brent cerró el capó, comprobó que todas las puertas de su coche estaban cerradas y regresó al Jaguar. Se quedó callado un momento mirando a través del parabrisas. Se giró hacia ella con expresión impasible.

—¿De dónde salió el farmacéutico y qué quería?

—Apareció de pronto y me preguntó si necesitaba ayuda —admitió Shadow algo acongojada ante la mirada de Brent—. Dije que no necesitaba nada y que estaba esperando a un amigo. ¿Qué ocurre?

—Te han quitado la tapa del delco —señaló Brent.

—¿Quieres decir que alguien ha estado manipulando mi coche? —preguntó incrédula.

—Te recomendaría que llamaras a la policía —dijo con las manos aferradas al volante con violencia—, pero dudo que sirviera de algo. Pero no me gusta la idea de dejar tu coche aquí toda la noche. Es un modelo muy especial y alguien podría sentir la tentación de robarlo.

—Podría pedirles a los guardias de seguridad que lo vigilaran —sugirió Shadow—. Son muy amables y no creo que les importara.

—¿Es que conoces a todo en el mundo que trabaja aquí? —preguntó.

—Me llevo bien con la gente —dijo sin más—. Al alquilar el local tuve que quedarme a trabajar hasta tarde más de una noche. Entonces, coincidí bastante a menudo con los guardias de seguridad. Apenas hace unos días que terminé de dar los últimos retoques a la tienda. Como cuando colgué las persianas el día que nos conocimos. Son unos tipos muy amables, pero se negaron en redondo a participar en el concurso.

—¿Queda algún hombre al que no le hayas ofrecido participar en el concurso? —dijo con una mezcla de irritación e ironía.

—No lo creo —sonrió Shadow—. Estaba a punto de perder la esperanza cuando apareciste. Ahora sólo necesito dos candidatos más.

—¿Tienes el número de teléfono de los guardias de seguridad? —preguntó Brent.

—Sí.

—¿Tienes hambre o prefieres que te acerque a casa?

—Bueno —dijo con repentina timidez—, estaba pensando que, si aún no has cenado, podíamos pedir una pizza e ir a cenar a mi casa. Podría llamar desde allí a los chicos de seguridad.

—¿Ir a tu casa? —repitió Brent muy serio.

—No es más que una invitación para cenar —advirtió Shadow—. Confío en ti.

—Creo que puedo soportarlo —dijo lentamente y asintió—. Me encantaría una pizza.

Shadow quería estar con él, pero no le apetecía ir a un restaurante atestado y mirarlo desde el otro lado de la mesa. Quería seguir su instinto. Y eso significaba confiar en Brent porque se sentía segura a su lado. Incluso se sentía relajada en su compañía, pese a ser un hombre tan atractivo. Y no quería dejar pasar una sensación tan agradable y tan rara en sus malogradas relaciones afectivas.

Abrir la botella de vino había sido un error. Brent, al encargar la pizza, había comprado vino tinto. Shadow, entretanto, se había refugiado en el lavabo. La idea de llevar a Brent a su casa la había puesto nerviosa y había necesitado unos minutos de intimidad para reunir todo su valor. Al salir, Brent la estaba esperando junto a la puerta.

Camino de su casa, Brent había señalado su nueva mansión al pasar. Shadow se quedó impresionada.

Era todavía más imponente de lo que había imaginado. Pero él no le había concedido demasiada importancia. En cambio, para sorpresa de Shadow, se mostró encantado con su casa, mucho más pequeña. Era una finca muy antigua, pero más modesta y en peor estado de conservación. Shadow estaba restaurándola poco a poco.

—¿Te has encargado personalmente de los arreglos?

—En gran medida, sí —afirmó con indisimulado orgullo—. Mi padre me enseñó todo lo que sé. Pero todavía me queda mucho trabajo por delante.

Estaban sentados en la cocina. Era una habitación muy amplia con armarios de roble y un viejo horno de leña. Shadow señaló que todavía faltaba mucho por hacer. Había decidido cambiar el papel de la pared. Una enorme vela roja iluminaba la cocina. Shadow vio cómo Brent llenaba las copas de vino. La luz pálida de la vela arrancaba destellos al cristal de su copa y el vino burdeos adquiría una tonalidad mágica que la hipnotizaba. Al principio, no le había gustado el sabor, pero no había querido admitirlo delante de Brent. Era más sofisticado que ella y había decidido que la pizza debía acompañarse de un buen vino.

Después de las tres primeras copas, más desinhibida a causa del alcohol, Shadow pensó que debería haber dicho la verdad. Era una chica muy sencilla y nada sofisticada. Brent apartó el cartón vacío de la pizza y la tomó del brazo.

—Enséñame el resto de la casa.

Shadow bizqueó varias veces al sentirlo tan cerca. Apreció algunos detalles que habían escapado a sus análisis previos. Las ondas levemente rizadas que se formaban en su flequillo, sobre la frente. La sombra de la barba incipiente que ya asomaba a esa hora de la noche. Y la especial calidez de sus ojos verdes. Shadow se acercó a él todavía más.

—Bésame otra vez —susurró.

Brent se quedó parado un instante. Luego, se inclinó sobre ella y la besó con mucha delicadeza en la comisura de la boca. Shadow suspiró algo desilusionada. Su corazón se había lanzado a una carrera sin freno anticipando los acontecimientos. Pero Brent se había apartado antes incluso de que ella llegara a sentir emoción alguna. Brent sonreía con amabilidad y la tenía firmemente sujeta.

—¿Recuerdas la casa? Me gustaría ver el resto —repitió Brent—. Me habías dicho que era pequeña, pero no es cierto. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Tiene cinco dormitorios —contestó Shadow—. Cuatro están en el piso de arriba, pero todavía no he empezado con el segundo piso. Está todo cerrado y seguramente siga así hasta el verano.

—Hasta ahora me encanta todo lo que he visto.

—Gracias —replicó Shadow con una sonrisa de compromiso—. Yo misma me he encargado de lijar el suelo y dar una mano de cera al parqué.

Mientras Shadow seguía cantando las alabanzas de la casa, Brent aprobaba con gestos de admiración. Pero en realidad sólo le importaba ella. Shadow parecía intranquila y apenas le quitaba los ojos de encima a Brent.

—Mi habitación es la única que he terminado —sonrió con malicia—. ¿Te gustaría verla?

—¡Por favor!

Una puerta de doble hoja daba paso a una habitación muy espaciosa, de techos altos. Alfombras de diferentes colores, con estampados muy llamativos, cubrían la casi totalidad del suelo. El edredón era de un amarillo pálido y las fundas de las almohadas tenían dibujos florales. Todo el mobiliario era antiguo, sólido y rústico. Había plantas por todas partes. Las paredes estaban empapeladas de rojo oscuro, a excepción del lado contra el que se apoyaba la cabecera de la cama, pintado de color vainilla. Todo ayudaba a crear una atmósfera muy equilibrada. Brent paseó por la habitación atento a cada detalle. Avanzó hasta una puerta cerrada y se giró hacia Shadow.

—Puedes entrar —asintió ella—. Es mi cuarto de baño. Estoy muy orgullosa de cómo ha quedado. Creo que es mi rincón preferido.

Shadow hablaba desde el umbral de la puerta. Shadow aguardó a ver la reacción de Brent. Había una bañera antigua con pies de hierro en forma de garras. Al pie de la bañera, dos mesitas de ébano sobre las que se apilaban un montón de botes, perfumes y aceites. Justo frente a la bañera había construido una repisa que estaba repleta de velas aromáticas. Brent pensó que el conjunto resultaba un poco decadente, pero también dejaba claro que Shadow era una mujer aferrada a los valores del pasado.

Todo en el cuarto de baño era de color blanco. Había una ventana de cristal opaco que tamizaba la luz exterior. Brent se quedó con la mirada fija en la bañera un buen rato. Imaginaba a Shadow desnuda, tomando un baño, iluminada por la luz difusa de

las velas. Se giró justo a tiempo para ver cómo Shadow apuraba el resto de vino de su copa. Brent sonrió y se acercó a ella.

—Estas habitaciones se parecen mucho a ti, Shadow. Son abiertas y luminosas. Un poco especiales, pero muy agradables —le quitó la copa de la mano y la dejó sobre la mesilla de noche—. Has convertido el baño en una experiencia hedonista, cariño.

Shadow se emocionó al oír esas palabras. Emitió un leve gemido y se aproximó con la vista fija en la boca de Brent, que no abandonaba una pícara sonrisa. Él la sujetó por los hombros a una cierta distancia y suspiró con indulgencia.

—No estás acostumbrada a beber, ¿verdad?

—Nunca bebo —confesó y se acurrucó contra su pecho—. Hueles muy bien.

Shadow apoyó la cara contra el cuerpo de Brent y levantó la barbilla hasta que su nariz entró en contacto con el cuello de su amado. Él, naturalmente, reaccionó de modo instintivo ante la inocente seducción de Shadow, propiciada por la bebida excesiva. Tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para apartarla de su lado y mantenerla a una distancia prudencial.

—Estás poniendo a prueba mi caballerosidad —dijo entre dientes.

Shadow hizo caso omiso de su velada advertencia y le acarició el torso con ambas manos. Brent aguantó la respiración al notar sus dedos sobre sus costillas, pero en ese instante ella se detuvo. Se sintió a un tiempo aliviado y desilusionado.

—Brent —imploró en un susurro—, ¡bésame!

Pero Shadow no quiso esperar a que Brent accediera. Lo agarró por la nuca y lo atrajo hacia sí para poder alcanzar sus labios desde su altura. Brent no sabía si reír o entregarse ante una situación así, pero sus dudas se disiparon en el momento en que sintió los pechos de Shadow contra su torso y el vientre plano presionando su incipiente erección. Brent se hartó de combatir sus instintos y la besó con toda la pasión acumulada desde el día en que la había visto en el escaparate de la tienda. Se abrió paso en la boca húmeda de Shadow e introdujo la lengua hasta las profundidades más

oscuras, devorado por el deseo. La tentación era demasiado fuerte como para oponer resistencia.

—Me vuelves loca, Brent —gimió Shadow sin dejar de besarlo—. Nunca antes había sentido nada igual.

—Es a causa del vino —dijo con voz áspera.

Brent se debatía entre la culpa y el deseo. Shadow se limitó a mover la cabeza.

—No es algo puramente físico, ¿sabes? Me refiero a todos esos libros que hablan de un millón de sensaciones y… —Shadow lo agarró de la sudadera y trató de moverlo—. Estoy sintiendo todo eso, Brent.

Brent estuvo a punto de echarse a reír al ver la expresión demudada de Shadow. Soltó las manos que ella había clavado en su ropa y la obligó a quedarse quieta un momento. De no tratarse de una situación tan excitante, habría resultado divertida.

—Shadow, tenemos que dejarlo ahora. He venido sólo a cenar, ¿recuerdas? —Brent le acarició el pelo, tan sedoso como siempre—. Si sigues besándome de esa manera, voy a perder la cabeza. Y me temo que nunca me lo perdonarías si me aprovecho de ti esta noche.

—¡Brent, por favor! —dijo con ferviente impaciencia—. Aprovéchate de mí. Puede que no dispongamos de otra oportunidad.

¿Cómo era posible que aquella mujer excéntrica y algo disparatada hubiera derribado todas sus defensas?

—Cariño, todo lo que sientes ahora permanecerá. Y cuando estés preparada, volverás a sentir lo mismo. Te lo prometo.

Shadow se apartó de él con brusquedad y lo miró horrorizada.

—¿No me deseas?

Brent se pasó la mano por la cara. Debería poseerla y olvidarse de su palabra. Pero la verdad era que no quería echarlo todo a perder por una simple noche de desenfreno. El vino estaba

causando más efecto sobre ella que su presencia en la casa. Estaba temblando, tenía las mejillas coloradas y los ojos enrojecidos. Parecía una estampa navideña muy sugerente con su vestido de árbol de Navidad. Su aspecto era realmente triste, como si en verdad pensara que él no la deseaba. Pero el bulto que sobresalía en la pernera de su pantalón contradecía esa suposición. Brent decidió que ya no era un adolescente y que podía controlarse perfectamente.

Esa idea se instaló en su mente. Podría utilizar esa situación, por muy ridículo que pareciese, para reseñar algunos puntos sobre su personalidad. Por la mañana, ya no le quedaría ninguna duda acerca de quién controlaba las cosas.

—Me tienes en ascuas, Brent —dijo con voz agónica—. ¿En qué estás pensando?

—Pensaba que estás borracha —dijo con amabilidad.

—Es cierto, no tengo costumbre de beber —se mojó los labios—. Pero esto no habría ocurrido con ningún otro hombre. Hay algo especial en ti.

—Me alegra oírlo —dijo, complacido, y la abrazó.

Shadow malinterpretó sus intenciones y lanzó los brazos alrededor de su cuello para sentirlo más cerca. Brent calculó sus acciones y las respuestas de Shadow antes de volver a besarla. Todo en ella era dulzura y quiso besarle todo el cuerpo. Pero quería mostrarse como un hombre en quien se pudiera confiar aunque eso lo destrozara. Shadow aceptó la acometida de la lengua en su boca y le regaló la suya. Brent mantuvo a Shadow erguida para ejecutar el ataque que tenía planeado. Acompasó los movimientos de su cuerpo con los de ella. Shadow notó el pulso acelerado. Podía sentir la erección de Brent contra su vientre. Él llevó las manos a la espalda de Shadow, las deslizó hasta agarrar con fuerza las nalgas y la levantó un poco en el aire. Los gemidos de ambos se entremezclaron en el silencio de la habitación. Lentamente, Brent avanzó hacia la cama. La deseaba tanto o más de lo que ella lo deseaba a él.

Era una cama grande y muy alta, hasta el punto de que Shadow se golpeó los muslos con el colchón. Brent no la tumbó en la cama enseguida tal y como ella hubiera querido. En vez de eso, empezó a

forcejear con la cremallera de su vestido. Muy poco a poco, empezó a bajar la cremallera mientras posaba las yemas de los dedos sobre la columna de Shadow. En ningún momento, había dejado de besarla. Era como si no pudiera dejar de acariciarla ni un momento. Sabía que su firmeza estaba flaqueando por momentos. Le quitó el vestido, que cayó hasta quedar arrugado alrededor de la cintura. Shadow quiso liberarse, pero Brent la obligó a parar. Shadow estaba atrapada y no podía moverse. Un brillo de intensa emoción se atisbo en su mirada. Brent tuvo la impresión de que nunca habría permitido algo así de no haber estado bebida. Pero la realidad era que había bebido mucho y ahora estaba a su merced. Tenía todo el tiempo del mundo por delante, pero quería enseñarle un par de cosas.

Brent la miró fijamente y la acostó sobre la cama con mucha delicadeza. Su pecho subía y bajaba al ritmo frenético de su respiración y las manos le temblaban de deseo. Recorrió con la mirada la piel desnuda de Shadow, el cuello nacarado, la media luna de sus pechos, escondidos bajo un sostén rojo. Se inclinó sobre ella. Tenía las caderas atrapadas entre las piernas de Shadow. Hundió la cabeza entre sus senos y permitió que ella sintiera su respiración cálida sobre la piel. Después, deslizó la punta de la lengua y humedeció parte de su cuerpo.

—Te gusta mucho jugar, Brent Bramwell —susurró sin aliento.

Brent la mordisqueó en la base del cuello.

—Intento obtener el máximo placer de cada momento, dadas las circunstancias —explicó—. Así que no me presiones.

—¿Qué circunstancias? —preguntó.

Pero Brent distrajo su atención al morderle el lóbulo de la oreja. Shadow cerró los ojos con expresión lánguida. Gimió al sentir la lengua de Brent juguetear en cada rincón de su oreja y empezó a respirar con fuerza. Brent le acarició un pecho y el pezón se marcó contra el tejido del sostén. Utilizó el pulgar para frotar el pezón y Shadow se arqueó para intentar alcanzar el cuerpo de Brent, pero él no lo permitió. Lentamente, sacó los tirantes del sujetador. Quería verla totalmente desnuda. Arrancó el sostén de un tirón. Shadow tenía los pezones duros, de un rosa oscuro. Brent hundió la cabeza entre sus pechos un segundo antes de tomar un pezón entre los labios.

—¡Brent! —gritó Shadow.

—¿Qué ocurre, cielo? —preguntó sin soltar el pezón.

—Esto es… demasiado —jadeó.

—No es suficiente.

Brent atacó el otro pecho mientras acariciaba con una mano el seno que había abandonado. Shadow se quedó sin respiración. Con la otra mano, Brent recorría el muslo arriba y abajo. El calor y la pasión eran casi insoportables, y toda su energía se acumulaba en su entrepierna. Deseaba poseerla más que nada en el mundo. Shadow luchaba por liberarse, pero sus esfuerzos resultaban baldíos. Brent se incorporó un poco y se quedó mirándola.

—Brent, no me dejes ahora.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—Mi cabeza está dando vueltas, pero no es a causa del vino —boqueó para tomar aire.

—Claro que no —afirmó serio y convencido.

—¡No es el vino! Eres tú y la manera que tienes de besarme.

—¿Qué manera? —preguntó y volvió a atrapar uno de sus pezones entre los labios mientras apoyaba la mano ardiente sobre su vientre—. ¿Así?

—Sí —suspiró, abandonada al deseo.

Brent nunca había conocido a una mujer tan salvaje, cuyo deseo fuera tan acuciante. Pero, si la desnudaba, sabía que no podría refrenarse. Respiró hondo y le bajó los leotardos. Aquello estuvo a punto de ser su perdición. Shadow estaba muy excitada, húmeda, y su piel era tan suave, que supo que, si no se daba prisa, nunca lograría salir de allí. Los rizos de su melena corta, negros y sedosos, caían sobre el edredón. Shadow jadeó y se quedó totalmente quieta. Brent la acarició con delicadeza, pero esos roces sólo consiguieron incrementar el deseo de Shadow. Emitió un gemido de placer al sentir su dedo índice hundirse en las oquedades de su ser. Estaba

tensa, húmeda y lista para entregarse a él. Brent podía imaginar cada momento de la escena.

Pero no debía hacerlo. Ya podía sentir sus espasmos musculares. Apenas la había tocado y ya estaba tan excitada como él. La reacción de Shadow había sido sorprendente y excitante. Seguía acariciándola mientras procuraba adivinar qué era lo que más le gustaba. No pasaría mucho tiempo hasta que obtuviera lo que tanto deseaba.

—¡Ah, Brent! —musitó con voz ahogada.

—Esto es todo, encanto —dijo a punto de estallar—. Abre los ojos, Shadow. ¡Mírame!

Ella lo miró y Brent sintió una punzada en cada músculo de su cuerpo al reconocer la pasión encendida en su mirada. Sin apartar la vista de ella, introdujo otro dedo en su sexo mientras frotaba el pulgar sobre la piel húmeda. Era increíble ver cómo Shadow alcanzaba el clímax. Todo su cuerpo temblaba como una hoja. Apretaba los muslos contra sus dedos y lo miraba con una intensidad salvaje. Brent tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no eyacular. La besó con desesperación mientras los gritos de Shadow se ahogaban dentro de su boca. Brent la abrazó con fuerza hasta que pasó el último espasmo y Shadow quedó sin fuerzas, somnolienta.

Su corazón latía desbocado, pero Shadow respiraba ahora con tranquilidad. Brent se levantó y la miró con una expresión de triunfo. Ella ni siquiera se movió cuando Brent se sentó a su lado. Estaba profundamente dormida. Sabía que en parte era a causa del vino, pero había ganado muchos puntos después del orgasmo que Shadow había alcanzado. No podía recordar la última vez que se había sentido tan satisfecho, sobre todo si tenía en cuenta la erección que todavía duraba y el agarrotamiento de sus músculos.

Se sintió un poco decepcionado cuando Shadow ni siquiera notó que la estaba desnudando. Resultaba enormemente atractiva, pero también había algo adorable en ella. La boca, levemente entreabierta, cuyos labios carnosos todavía guardaban algo de rubor. Y los ojos cerrados con sus grandes pestañas acariciando las mejillas. Ambas piernas le colgaban sobre la cama y todavía llevaba puesto un zapato. Brent sonrió y una extraña ternura se apoderó de él. Movió la cabeza al recordar la ironía de la situación. Era la

primera vez que desnudaba a una mujer incapaz de apreciar su habilidad en esas lides. Pero el simple hecho de poder contemplarla ya valía la pena. Tenía la piel muy blanca y un cuerpo de líneas puras. Durante un buen rato se limitó a mirarla sin atreverse a ponerle un nombre al cúmulo de emociones y sentimientos que estaba experimentando. Estaba claro que lo esperaba una noche muy larga. Pero estaba decidido a quedarse junto a Shadow hasta que se despertara. No quería perderse ese momento por nada del mundo.

Shadow siempre había dormido muy profundamente. Pero tan pronto como se despertaba tenía la mente despejada. Abría los ojos y todos sus sentidos estaban alerta. Eso mismo ocurrió al despertarse, pero esa vez no se movió. Algo no estaba bien, aparte del hecho de que estuviera completamente desnuda. Tenía la costumbre de dormir en pijama para no pasar frío. Y el hecho era que tenía mucho calor. Shadow no estaba sola. Una pierna velluda sobre sus muslos y un brazo musculoso que la atenazaba por la cintura ratificaron esa primera impresión. Incluso en la primera luz de la mañana reconoció a Brent.

Shadow se quedó muy quieta y recordó con vértigo los acontecimientos de la noche anterior. Acudieron a su memoria imágenes de la cena, el vino y los primeros besos. Pero no recordaba haberse desnudado ni haberse acostado. ¿Sería posible que se hubiera dormido antes de que Brent terminara? Eso tenía que haber ocurrido porque no recordaba haber hecho el amor. Estaba tan enfrascada en sus pensamientos, que fue un milagro que atisbara el sutil movimiento junto a su ventana. Pero lo hizo y habría jurado que vio el perfil tenebroso de un figura humana. Lanzó un grito de espanto. Igual que un gato, Brent saltó de la cama. Tenía el pelo erizado, la mirada salvaje y el cuerpo tenso, dispuesto a la lucha.

Shadow olvidó por un momento al mirón y se quedó anonadada ante la visión del cuerpo desnudo de Brent. ¿Era posible que se hubiera quedado dormida y se hubiera perdido semejante monumento?

—¿Qué? —preguntó Brent, mirando a un lado y a otro—. ¿Por qué has gritado?

—Lo siento —replicó Shadow con la mirada puesta en su bajo vientre—. Nunca antes había gritado, pero me ha parecido ver a alguien a través de la ventana.

Brent frunció el ceño. Parecía furioso. Se asomó a la ventana mientras dirigía una mirada de pocos amigos a Shadow, que se ruborizó.

—Yo no veo nada, excepto el patio vacío y el muro de ladrillo que separa tu jardín de la casa de tu vecino —espetó Brent.

Shadow se aclaró la garganta. No le resultaba fácil articular las palabras ante la figura desnuda de Brent frente a ella.

—Estoy casi segura de que…

—¡Quédate ahí! —la interrumpió Brent, que salió de la habitación en un par de zancadas.

—¡Dios mío! —chilló Shadow, incrédula, y salió tras él con el edredón—. Brent, estás desnudo.

Pero él no se detuvo. Con un gesto, la obligó a regresar a la habitación. Shadow se acurrucó en la cama sin creerse lo que estaba viendo. No tardó ni un minuto en regresar, pero había sido más que suficiente.

Nada más entrar por la puerta del dormitorio, Shadow le lanzó una almohada y falló.

—¿Te has vuelto loco? —gritó mientras lo amenazaba con la otra almohada—. No puedes enfrentarte completamente desnudo con un intruso. ¿Qué habrías hecho si llega a atacarte?

—No había nadie ahí fuera —informó y la sujetó con fuerza hasta que soltó la almohada.

Shadow no opuso demasiada resistencia. Después de todo, los dos estaban desnudos y sus cuerpos estaban en contacto. Finalmente, Brent pudo sujetarla contra la cama y entonces la besó. Shadow aspiró su aroma masculino, con un toque de almizcle. La barba pinchaba su piel suave, pero no le importaba. Estaba muy excitada a pesar del susto que había pasado y sentía los brazos de Brent como barras de acero. Todos sus músculos estaban tensos.

Siguió besándola en la barbilla, dibujando el óvalo de su cara con los labios.

—¿Estás completamente sobria esta mañana? —preguntó con voz profunda.

—Estoy sobria —contestó sin entender muy bien.

—¿Y todavía me deseas? —preguntó al tiempo que mordía su labio inferior.

—Brent, lo siento mucho —confesó—. No puedo creer que me durmiera anoche. Seguro que piensas que soy una persona horrible.

—La verdad —dijo mientras la besaba en el cuello—, es que estuviste increíble.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin dejarse arrastrar por sus caricias.

—Quiero decir que resultó maravilloso ver cómo alcanzabas el orgasmo. Fue algo salvaje y natural a un tiempo. Conseguí lo que quería, encanto —sonrió con presunción—. Podría haberte despertado, pero no me importaba esperar hasta ahora.

—¿Me estás diciendo —preguntó con aparente calma—, que no tenías intención de hacerme el amor a pesar de lo que hiciste… bueno, de lo que yo te permití?

Brent continuó bromeando, convencido de que el tartamudeo de Shadow era producto de la vergüenza por cómo se había comportado la noche anterior.

—Ya no soy un jovenzuelo, Shadow. Puedo controlarme y puedo controlarte a ti, si hace falta. Pero reconozco que no me fue fácil conciliar el sueño contigo al lado.

Brent se inclinó para besarla de nuevo, pero Shadow lo sujetó con firmeza.

—¿Me desnudaste cuando me quedé dormida?

—Me limité a quitarte los leotardos y el vestido. Por si no lo recuerdas, estabas casi desnuda antes de dormirte.

Shadow lo empujó con todas sus fuerzas y se levantó de un salto con el edredón sobre los hombros para taparse.

—¡Maldito seas, Brent! Estuviste jugando conmigo.

—No puedo creer que digas eso —respondió Brent.

—Yo tampoco puedo creer lo que hiciste —gritó fuera de sí—. ¿Cómo pudiste?

—¡Estabas borracha, maldita sea! —se incorporó sobre el codo —. ¿Habrías preferido que me aprovechara de ti?

—Me obligaste a probar la manzana envenenada, pero tú no caíste en la tentación.

—¿Y eso qué significa?

—Lo sabes perfectamente —dijo Shadow entre dientes.

—Estabas muy bebida y no dejabas de insinuarte. Me dijiste en la tienda que era demasiado pronto para hacer el amor y preferí no aprovecharme de tu situación. Pensé que estarías agradecida.

—Agradecida —farfulló Shadow.

—Desde luego no pensé en ningún momento que reaccionarías así.

—¿Por qué empezaste algo que no tenías intención de terminar? Eso no es propio de los hombres —afirmó Shadow.

Nunca había conocido a un hombre que pudiera dar sin pedir nada a cambio. Y mucho menos en asuntos como el sexo. Brent perdió la paciencia. Se incorporó con furia contenida y avanzó hasta ella. Parecía muy enfadado.

—Sí terminé lo que había empezado. ¿O vas a decirme que fingiste?

—Como si hubiera podido —replicó ella.

—Exacto, señorita. Entonces, ¿qué es lo que tanto te molesta?

—Tú no has sacado nada de todo esto —dijo Shadow.

Los ojos le echaban chispas. Brent le levantó la barbilla antes de responder.

—Vi cómo alcanzabas el orgasmo. Te oí gritar de placer, convulsionarte frente a mí. Eso es mucho más de lo que crees. Volvería a hacerlo ahora mismo si no fueras tan testaruda. Así que no me digas lo que saqué o dejé de sacar de nuestro breve encuentro de anoche. Tengo la impresión de que no sabes nada acerca de los hombres y, lo que es peor, creo que me estás juzgando con el mismo rasero que aplicaste a los imbéciles que conociste en el pasado. Y eso no me gusta.

Shadow se quedó boquiabierta, incapaz de articular palabra por una vez en su vida. Brent salió de la habitación y Shadow se quedó sola.

Capítulo 4

Brent había hecho café y estaba sentado en la cocina cuando Shadow entró. La luz del día se filtraba a través de las ventanas y concedía un aire familiar y acogedor a la estancia. Shadow se había duchado, se había vestido y parecía arrepentida.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Brent.

—Lo siento —se disculpó Shadow.

—¿Por qué, exactamente? —y Brent arqueó una ceja.

Indicó a Shadow que tomara asiento y se levantó para servirle una taza de café. La actitud amable de Brent la encolerizó. No sabía cómo interpretarlo.

—Tienes razón —admitió después de dar un buen trago—, no tengo razón para quejarme. Es que no estoy acostumbrada a despertarme con un hombre desnudo a mi lado. Y resulta todavía más extraño que un hombre desnudo en mi cama no sienta la tentación de hacer el amor conmigo.

—Puedo aceptar que lo que ocurrió anoche fue algo un poco especial —dijo Brent después de un calculado silencio—, pero dejemos algo claro. Me atraes y te deseo.

—Pues no cabe duda de que controlaste tus impulsos —dijo ella con disgusto.

—¿Habrías preferido que te arrastrara por los pelos hasta la cama como los hombres de las cavernas?

Shadow se quedó con la mirada fija en la taza de café. Brent había herido sus sentimientos. Habían dormido juntos y no había ocurrido nada entre ellos. Se sentía menospreciada y poco atractiva.

—Claro que no —negó—. Pero no creas que no conozco la diferencia entre el auténtico deseo y la lujuria provocada por el exceso de vino.

Brent no respondió. Shadow decidió continuar con la exposición de sus sentimientos.

—Eres… muy especial para mí. Y me haces sentir especial. Por eso estoy enfadada.

Esa confesión agradó a Brent, pero también le desconcertó. Había tenido tiempo para pensar mientras ella se vestía. Despertarse con un grito le había perturbado. Había creído que la resaca había provocado que Shadow hubiera actuado así, pero la verdad era que no había reaccionado mal. Aparte de sus quejas por no haber hecho el amor, se había comportado como siempre. En definitiva, seguía sin comprenderla.

Pero sí era un hecho que él había cambiado. Nunca había sentido nada parecido con respecto a ninguna mujer, pero estaba claro que Shadow lo había cautivado. Le bastaba con mirarla, la cara lavada y el pelo todavía húmedo, para sentir un deseo inmediato.

Apenas podía controlarse. Había estado en tensión casi toda la mañana y no creía que pudiera relajarse con facilidad. Pero había algo más que la lujuria que lo invadía, aunque ésta fuera tan fuerte como la marea. También sentía deseos de hablar con ella, abrazarla en silencio. La noche pasada había resultado una deliciosa tortura.

—El problema es que por primera vez perdí el control —señaló Shadow, interrumpiendo sus pensamientos—. Eso nunca me había pasado. Y resulta un poco descorazonador que tú no te desbocaras también. De alguna forma, hay cierto desequilibrio que no me complace.

—¿Estás enfadada porque no perdí el control?

Brent no podía creer lo que oía y estaba algo molesto. Todas las mujeres habrían valorado su autocontrol, conscientes de que podían contar con él. Notó una punzada en la boca del estómago. ¿Cómo era posible que no respondiera ante una invitación tan evidente por parte de Shadow?

—Eso es —dijo ella, tan confundida como él—. Me has dejado en desventaja, igual que los otros hombres que he conocido. Juré que no permitiría que volviera a ocurrir.

Brent, resignado, se mesó los cabellos y se recostó sobre el respaldo de la silla.

—Entonces, ¿no quieres volver a verme?

La verdad es que no le importaba la respuesta porque no estaba dispuesto a renunciar a ella de ninguna manera. Además, era el propietario del local y podía jugar esa baza para volver a verla siempre que quisiera.

—No estoy segura —resopló Shadow—. Pero no pienso volver a dormir contigo hasta que no piense detenidamente en todo lo que ha pasado.

—Primero montas una escena porque no me aproveché de ti y ahora dices que no quieres saber nada de mí —rió Brent y se puso de pie—. Aclárate, Shadow.

—Sólo intento…

—Ya sé lo que intentas, encanto. Quieres llevar la delantera y tener el control. De acuerdo. Pero no esperes que me quede sentado esperando mientras te decides.

—Si es así como lo quieres —replicó Shadow con solemnidad.

—Ponte el abrigo —indicó Brent—. Veremos qué se puede hacer con tu coche.

—¿Mi abrigo? —repitió ella con una mezcla de duda y esperanza en la voz.

—Sí. Hace mucho frío en la calle y ha estado nevando toda la noche —aclaró Brent.

Shadow dejó escapar una tímida sonrisa, consciente de que Brent no dejaba de preocuparse por ella. Él sintió cómo se le encogía el corazón.

—Iremos al taller y buscaremos otro delco.

Esa breve ráfaga de humor desapareció en cuanto salieron a la calle. Brent fue el primero en descubrir huellas de pisadas sobre la

nieve. Rodeaban la casa y estaba claro que alguien había estado merodeando alrededor. La primera vez que se había asomado no había reparado en ellas a causa de la escasa luz. Pero ahora todo estaba más claro e incluso habían raspado el hielo de una ventana para mirar en el interior de la casa.

—Ya te dije que había visto a alguien —le recordó Shadow, que caminaba tras él mientras seguían las huellas alrededor de la casa.

Las huellas se alejaban en dirección a la calle. Brent empezó a correr cuando comprendió que las huellas se dirigían a su coche. Estaba tan ofuscado que podría haber derretido la nieve bajo sus pies con una simple mirada. Habían rayado su flamante Jaguar de punta a punta. Shadow se puso enferma al verlo.

—¡Oh, Brent! Lo siento mucho.

—Juro que atraparé a ese canalla —dijo entre dientes—. Puedes estar segura. Esto no es una simple coincidencia. Tu admirador secreto, seguramente el mismo de anoche, ha cruzado la raya. Empieza a ser peligroso.

—¿Crees que se trata de la misma persona? —preguntó Shadow, cada vez más inquieta—. Hasta ahora sólo me ha llamado por teléfono y me ha enviado flores.

—También ha manipulado tu coche —apuntó Brent.

—¿No crees que puedan ser hechos aislados? —dijo con voz trémula.

—¿Tienes los datos del tipo de anoche? —preguntó Brent.

—Sí. Rellenó la solicitud cuando aceptó participar en el concurso, igual que los demás.

—Creo que es él.

—Deberíamos llamar a la policía —dijo Shadow, pálida y asustada.

—Tienes razón —admitió Brent—. Y a partir de ahora, hasta que todo esto se aclare, pienso vigilarte muy de cerca. Tanto si te gusta como si no.

Shadow no sabía si era peor, que un tipo la acosara o tener a Brent encima día y noche. No había vuelto a besarla ni había mencionado la noche que habían pasado juntos. Se comportaba como un padre, vigilándola constantemente, y Shadow ya estaba harta. Su admirador secreto seguía oculto en el anonimato. A pesar de que Brent estuviera seguro de que se trataba de Chad Moreland, el farmacéutico, no había podido probar nada. Había vociferado en la comisaría cuando la policía había comprobado la coartada de Moreland el día que habían rayado su coche. Y, aunque no habían podido probarlo, enviar rosas no era un delito. Chad había negado cualquier relación con Shadow, salvo por su participación en el concurso. Shadow se sentía fatal por haberlo acusado. Brent, por su parte, estaba furioso ante la falta de resultados. No creía en la inocencia de Chad, pero sabía que la policía no podía hacer nada.

—¿Todavía no estás lista? —preguntó Brent desde la puerta del despacho.

Shadow levantó la vista y lo miró. Brent vestía unos vaqueros negros, un jersey gris oscuro y una cazadora de cuero. No era fácil apartar los ojos de él. Apenas había pasado una semana desde la fatídica noche en que todo se había estropeado, pero Shadow sentía que habían pasado meses. No podía dormir y el deseo crecía en su interior día a día. Pero resultaba evidente que, si quería recuperarlo, tendría que dar el primer paso.

—Estaré lista en un segundo —dijo con un largo suspiro.

—¿Has recibido alguna llamada? ¿Algún paquete?

—Nada en absoluto —replicó Shadow. Guardó los libros de cuentas y se puso el abrigo—. Creo que hemos exagerado todo esto.

—No estés tan segura. Es probable que mi presencia lo haya intimidado, pero no pienso correr ningún riesgo.

Brent le ofreció el brazo para salir de la tienda. Ese ligero contacto bastó para acelerar el pulso de Shadow. Brent tenía unas manos grandes, poderosas y muy cálidas.

—¿Qué te parece si celebramos que haya desaparecido? —

sugirió Shadow—. Podríamos parar a comer algo. O incluso…

—Ya tengo planes —la interrumpió Brent.

—¡Vaya!

El corazón de Shadow se estremeció. Su relación, que había alcanzado un grado alto de intimidad, estaba derivando en una simple amistad. Brent deseaba que ella estuviera a salvo, pero eso era todo. Shadow tendría que haberse mostrado complacida al ver la preocupación de Brent, pero sólo estaba defraudada. Llegaron al coche y Brent abrió la puerta de Shadow para dejarla pasar primero.

—Normalmente voy a ver a mis padres el Día de Acción de Gracias, pero este año he cancelado el viaje, así que van a venir a hacerme una breve visita —explicó Brent—. Llegan esta noche. No se quedarán mucho porque tienen que volver antes del Día de Acción de Gracias.

La noticia devolvió la vida al corazón marchito de Shadow. Eso significaba que no había otra mujer en su vida. Se sintió inmediatamente culpable.

—Esto es ridículo, Brent —señaló Shadow—. No puedes perderte el Día de Acción de Gracias con tu familia para quedarte conmigo.

—No me sentía con ganas de viajar hasta Chicago —dijo con un halo de ternura—. Además, mis padres estaban deseando ver dónde vivo y querían venir.

—¿Eso significa que pasarás ese día tú solo? —preguntó mohína.

—Vamos, Shadow…

—Podrías venir a casa de mis padres —propuso ella sin dejarlo terminar—. A ellos les encantaría.

—No creo que sea una buena idea —dijo y se alejó un paso del coche.

El rechazo fue como una bofetada, pero Shadow ocultó sus sentimientos. No necesitaba su conmiseración.

—Si cambias de idea, llámame.

—Lo haré.

Esperó a que Shadow arrancara el coche antes de ir en busca del suyo. Tal y como hacía cada día, la siguió hasta su casa. No había señales de Chad ni de ningún otro por los alrededores. Shadow abrió la puerta principal, encendió la luz del vestíbulo y se asomó para despedir a Brent con la mano. Él devolvió el saludo y aguardó hasta que Shadow cerró la puerta.

Una vez dentro, se quitó el abrigo y fue a escuchar sus mensajes en el contestador. Estaba escuchando un recado de una amiga cuando reparó en la nota que había en el suelo. Se agachó y, tras leerla, sintió cómo le temblaban las rodillas. Escrita a mano con letra infantil, la nota decía:

Ningún otro podrá ocupar mi lugar. Soy un hombre paciente, así que esperaré. Por el momento. Siempre tuyo.

La primera idea que vino a la mente de Shadow fue que había entrado en su casa. Corrió para asegurarse de que todos los cerrojos estaban echados. Presa del pánico, supuso que habrían deslizado la nota a través de la ranura de las cartas. Respiró hondo para intentar calmarse y otra idea le vino a la cabeza.

Si Brent descubría la nota, no dejaría nunca de rondar la casa hasta atraparlo. Ya había estropeado su Día de Acción de Gracias y no quería imponer más restricciones a su vida. No podía imaginar por qué Brent consideraba que era su deber protegerla. Parecía que ya no se sentía atraído por ella. Y se habían conocido diez días atrás. Era muy poco tiempo para establecer un vínculo con otra persona. Brent no le debía nada, pero ella sabía que actuaría con más meticulosidad si encontraba la nota.

Dedicó una mirada rabiosa a la nota, descolgó el teléfono y marcó el número de la policía. Poco después, apareció el mismo oficial que había acudido la primera vez. Estuvo muy amable, pero aseguró que no podía hacer gran cosa. Se trataba de una nota anónima y no había amenazas. El agente le recomendó que fuera muy prudente y anduviera con mil ojos. Y que no dudara en llamar si veía algo extraño. Shadow pasó la noche en vela, aunque no tanto

por culpa de la nota como por el desinterés de Brent.

A la mañana siguiente, Brent la estaba esperando para acercarla al trabajo. Shadow había protestado al principio, pero eso le daba la oportunidad de verlo a diario. Se acercó a la puerta principal. Sus ojos verdes escrutaban cada rincón.

—No quiero que te quedes sola en la tienda —indicó—. Dile a Kallie que se quede contigo.

—Estamos en vacaciones —contestó Shadow—. Tiene tres días libres la semana que viene y una semana entera en Navidad. Aparte de esto, no puedo obligarla a trabajar diez horas diarias.

—Entonces contrata a alguien —insistió—. Si no puedes permitírtelo, yo me haré cargo de su sueldo.

—¡Ni se te ocurra hacer nada semejante!

—¡Shadow! —dijo su nombre pronunciando cada sílaba.

—Estás sacando las cosas de quicio —apuntó Shadow—. No me ha amenazado en ningún momento. Y puede que él no rayara tu coche.

—Tengo una corazonada. Y esto no ha acabado.

—La verdad es que no es asunto tuyo, Brent —dijo Shadow después de un silencio—. No tienes ninguna responsabilidad sobre mí. Al principio, no me importó porque creía que las cosas entre nosotros serían distintas. Pero ahora tu familia ha venido a verte y tú te dedicas a cuidarme. No soy una niña. Puedo cuidarme sola.

Brent, en un repentino ataque de cólera, dio un empujón a la puerta. Se mesó los cabellos, cerró el puño y golpeó el marco con rabia.

—¿Lo haces a propósito?

—¿Qué? —preguntó Shadow, que no salía de su asombro.

—¡Volverme loco! —la agarró por los hombros y la sacudió ligeramente—. Hacer que te desee.

—Brent… ¿todavía me deseas? —preguntó Shadow a punto de derretirse.

—¿Puedes aclararme en qué momento he mencionado que ya no te deseaba? —dijo exasperado—. Fuiste tú quien decidió que no debíamos seguir. Desde entonces he estado esperando pacientemente a que tomaras una decisión.

Shadow parpadeó y después se encaró con él, los brazos en jarras.

—¿Cómo iba a saber que estabas esperando? —espetó Shadow —. Me había parecido que ya no me deseabas. Ni siquiera has intentado besarme…

—Si lo hubiera hecho —gruño Brent—, ¿crees que habría podido limitarme a un simple beso? ¿Después de lo que ocurrió la última vez? Me pediste tiempo y te lo he dado.

Shadow se lanzó a sus brazos de improviso y Brent tuvo el tiempo justo para sujetarla. Había golpeado la mesita del teléfono sin querer. Vaciló un momento, pero no tardó en recuperar el equilibrio. Entonces la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho.

—Shadow —musitó con dulzura.

—Tengo que advertirte algo, Brent —murmuró Shadow—. Estoy empezando a encariñarme contigo. No hago otra cosa más que pensar en ti. Y te echo de menos cuando no estás a mi lado.

—Calla, no hables.

Brent la besó y sus labios se devoraron mutuamente con pasión. En menos de un segundo, las manos de Brent recorrían el cuerpo de Shadow. Y con la misma rapidez, Brent se apartó de ella.

—¡Maldita sea! —dijo, cabizbajo—. Mis padres me están esperando en casa.

—Sí —asintió Shadow—. Y yo tengo que ir a trabajar.

—Será mejor que nos vayamos si no queremos cometer una locura —señaló Brent.

Shadow asintió, pero no se movió del sitio. Brent le levantó la barbilla con dos dedos y la miró con arrebato.

—Mis padres se marchan esta noche —dijo—. Ven a cenar con nosotros y te los presentaré.

—Me encantaría —admitió ella muy excitada.

Shadow procuró ocultar su entusiasmo ante la idea de conocer a los padres de Brent. Sentía un cosquilleo en la boca del estómago, pero decidió acallarlo. De lo contrario, tendría que arrastrar a Brent al dormitorio para satisfacer su deseo. Y entonces mandaría al garete su trabajo, los padres de Brent y toda su vida. Shadow se agachó para recoger el teléfono y levantar la mesita que habían tirado. Brent se inclinó para ayudarla.

—Espero no haber roto nada —se disculpó.

—Sólo son unas cuantas cosas tiradas por el suelo. No te preocupes. Ha valido la pena sólo por ver tu ataque de cólera.

—No suelo permitirme arrebatos así. Has asistido a mis esfuerzos para no ponerte las manos encima —bromeó Brent.

Shadow se rió, pero su sonrisa murió en sus labios cuando vio que Brent había encontrado la nota del acosador. Se puso pálida y tensa. Él apreció el cambio en su expresión y leyó el papel.

—¿No pensabas contármelo? —preguntó con cara de pocos amigos.

—No, la verdad. Pensaba tirarla a la basura.

—¿Tirarla? —repitió atónito—. ¿Un maníaco te envía una nota amenazadora y no pensabas decírmelo?

—No hay nada amenazador en la nota —replicó Shadow disgustada.

—¿Cómo puedes decir eso? La nota dice exactamente: «Te veo todo el tiempo. Muy pronto tú también me verás».

—Déjame leerla —insistió Shadow aturdida—. Es otra nota.

Debió de dejarla anoche después de que me acostara.

—¿Quieres decir que hay otra nota?

—Ya he avisado a la policía, así que deja de mirarme así —señaló Shadow.

—¿Qué decía la otra nota? —preguntó Brent.

Shadow recitó de memoria el contenido de la otra nota. Sin poder evitarlo, había perdido el color al pensar en alguien rondando su casa mientras ella dormía. Salieron de la casa y fueron hasta el coche. Podía sentir la preocupación de él palpitando en cada vena.

—Ya he tenido más que suficiente —dijo Brent—. Voy a ordenar que instalen un sistema de alarma hoy mismo y no quiero oír una sola palabra.

—Oirás más de una palabra si no dejas de comportarte como un paranoico —gritó Shadow y se plantó en medio de la calzada.

—Sólo estoy preocupado —dijo y suspiró—. No estoy acostumbrado a estas situaciones.

—Pues deja de actuar así —ordenó Shadow—. Soy una mujer soltera e independiente. Vivo sola, ¿o acaso estás planeando mudarte a mi casa?

—Tan pronto como instalen la alarma estarás a salvo —dijo y añadió un momento después—: Siempre que no estés asustada, claro.

—No me asusta la oscuridad, las tormentas ni el hombre del saco —dijo con desdén, pero estaba mintiendo—. Pero supongo que una alarma no sería mala idea.

—Me alegra saberlo —suspiró aliviado.

—Pero seré yo quien instale la alarma —dijo con aspecto decidido—. Tengo dinero y se trata de mi casa. Es mi responsabilidad.

—Está bien —accedió Brent—. Pero deja que yo me encargue de hablar con la gente de seguridad. No quiero fallos en el sistema.

—De acuerdo —aprobó Shadow.

Brent sonrió y la besó. Sus ojos verdes cautivaron a Shadow. A pesar del viento gélido, pensó que no necesitaría la calefacción del coche si él la besaba de nuevo.

—Pasaré esta noche a buscarte para ir a cenar con mis padres —dijo y se alejó.

Shadow lo siguió con la mirada. No terminaba de aceptar que Brent organizara su vida, pero era algo que podía cambiar con el tiempo. Y además había descubierto que discutir con Brent resultaba enormemente excitante. Era estimulante y pensó que no podaría esperar hasta la noche para verlo de nuevo.

No tuvo que esperar mucho para enzarzarse en una nueva discusión con Brent. Al llegar a casa, Shadow se adelantó.

—Espera un segundo —dijo Brent.

Ella lo miró con una sonrisa. Brent sabía que esa expresión no duraría mucho, pero confiaba en que Shadow lo comprendiera. Cruzó los brazos sobre el pecho, ajeno al frío de la noche y se paró frente a la entrada.

—Tengo que darte el código de la alarma.

—¿Qué código? —preguntó sin perder la sonrisa.

—El sistema que he hecho instalar esta tarde.

Shadow se apartó el pelo de la cara y lo miró con cara de circunstancias.

—Yo no he elegido ningún sistema de seguridad todavía, así que es imposible que hayan instalado nada —razonó.

—Me he encargado yo —dijo, consciente de que había actuado correctamente—. Cubre escaleras, puertas y ventanas. Hay luces de seguridad y está conectada permanentemente con la policía.

—¿Ha sido cosa tuya?

—Ya sabes que me preocupo por ti —dijo con verdadero interés.

—No es cierto —dijo Shadow con expresión demudada—. Quieres controlar mi vida. ¡Por amor de Dios! Ya tengo bastante con un acosador.

Shadow se giró tan bruscamente, que resbaló sobre el hielo. Brent se abalanzó sobre ella para sujetarla por la cintura, pero era demasiado tarde. Una vez más, cayeron al suelo. Shadow se incorporó un poco hasta situarse sobre él. Sus caras apenas distaban cinco centímetros.

—¡No pienso aceptar esa maldita alarma! —bramó enfurecida.

—Puedes pagármela si quieres —sugirió Brent—. Es un sistema infalible y ya está instalado. Y tú misma dijiste que era una buena idea.

—La decisión me correspondía a mí.

—Lo siento —dijo con una sonrisa falsa.

—No es cierto —negó Shadow—. Estás encantado.

—Eso se debe a que eres una preciosidad, pero no intento imponerte nada.

—Eres imposible —suspiró Shadow—. Ayúdame a levantarme. Creo que me he hecho daño en la cadera al caerme.

Brent también estaba magullado. Era la tercera vez que se caía delante de ella. La ayudó a levantarse y le quitó la nieve del abrigo.

—¿Necesitas que te lleve en brazos? —se ofreció.

—Dime el código de la alarma —respondió Shadow tras fulminarlo con la mirada—. ¿Cuánto te debo?

Brent se estremeció. Dividió mentalmente por dos la cantidad y aun así Shadow hizo gestos de evidente preocupación. La verdad era que no tenía ni idea de cómo andaba de dinero Shadow, aunque ella había asegurado que tenía dinero. Pero ni siquiera pestañeó a la

hora de sacar la chequera y extender un cheque por la cantidad indicada. Se lo entregó en mano.

—Te perdono por esta vez, pero ni una más. Quiero que me prometas que jamás…

—Te lo prometo —se adelantó Brent.

—Tengo que ducharme —dijo Shadow—. Tardaré quince minutos.

—Tenemos tiempo —indicó Brent, con la esperanza de que la ducha enfriara los humos de Shadow y le devolviera la sonrisa.

Bajó veinte minutos más tarde cubierta con una capa negra y con el pelo recogido en un lazo de seda. Parecía más animada y Brent se relajó. Shadow empezó a pasear de un lado a otro, hablando sin parar mientras buscaba unos guantes a juego. Brent dedicó un momento a pensar en sus padres. Sabía que su padre era muy afable, pero su madre podía mostrarse extremadamente severa con las mujeres con las que salía. Shadow era diferente y eso saltaba a la vista. Brent confiaba en que su madre no hiriera sus sentimientos ni la insultara de algún modo.

Brent escuchaba a Shadow mientras conducía camino al restaurante. Era una conversación ligera y pensó que nunca había disfrutado tanto en compañía de una mujer. Pero Shadow era burbujeante y fresca, siempre dispuesta a sonreír y a olvidar. Disfrutaba de cada momento y convertía la rutina diaria en algo especial. Y eso le agradaba mucho.

—¿Te ha salido algún moratón? —preguntó Brent.

—La verdad es que no me he fijado, pero no me extrañaría.

—¿Un beso haría que te sintieras mejor?

—Podría funcionar —admitió Shadow—, pero un masaje sería ideal.

La idea de acariciar su piel excitó su libido de inmediato. Brent llevaba mucho tiempo esperando para poder repetir la experiencia de la primera noche.

Llegaron al restaurante y Brent entregó las llaves al aparcacoches. Vigiló la expresión de Shadow para ver cómo reaccionaba al ver el local que su padre había elegido. Personalmente, consideraba que se trataba de un sitio un poco ostentoso. A veces, las cenas con sus padres podían resultar un poco aburridas. Vivían demasiado apegados a las convenciones sociales, siempre pendientes del protocolo. Brent había pensado que Shadow supondría una agradable distracción, pero ahora no estaba tan seguro. Quizá ella no se sintiera demasiado a gusto rodeada de tanto lujo. No quería que estuviera incómoda por nada del mundo. Adoraba su forma de ser. Quería que se comportara libremente, a sus anchas, independientemente de lo que pudieran opinar sus padres. Casi había olvidado que, antes de conocer a Shadow, él también había sido muy estricto y reservado.

Pero Shadow no pareció impresionada por la decoración ni por el servicio. Brent asumió que todo iría bien. Estaba claro que Shadow sabía cuidar de sí misma. Se quitó la capa y Brent echó un vistazo a su indumentaria.

Capítulo 5

La carcajada de Brent fue tan alarmante como inesperada. Shadow se giró y lo miró por encima del hombro con expresión coqueta.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Nunca me decepcionas, cariño —sonrió Brent y le besó la mano.

—Procuro no desentonar con el ambiente —respondió Shadow complacida.

Sin hacer caso de las miradas curiosas y los chismorreos, Brent tomó de la mano a Shadow y cruzaron el comedor hasta su mesa. Tenía un aspecto inmejorable. Y había seguido los consejos de Brent respecto al color del vestido.

—Los tirantes añaden un toque de sensualidad al traje —apuntó Brent.

—¿Eso crees? —dijo Shadow y aminoró el paso.

—Sí. Pareces una colegiala y estás muy atractiva.

—Ya te he dicho —lanzó una mirada provocativa—, que la belleza puede tomar muchas formas diferentes.

—A mí tu forma me parece perfecta —concluyó Brent.

Los pantalones de terciopelo se ajustaban a su cuerpo hasta debajo de sus pechos; unos anchos tirantes le cruzaban la espalda. Llevaba abotonada hasta el cuello una blusa de seda blanca, y una corbata negra completaba el atuendo. La blusa se ajustaba a su cuerpo y Brent podía detectar cada curva. Se ceñía tanto a su cuerpo, que puso en duda que llevara sujetador. Resultaba imposible adivinar el relieve de los tirantes, pero tampoco podía señalar el menor rastro de sus pezones contra el tejido. Y no había dejado de mirar en el último rato. Comprendió que su cuerpo estaba

reaccionando violentamente ante sus pensamientos y volcó su atención en sus padres, que estaban esperando. Los miraban de hito en hito desde su mesa. El padre de Brent se puso en pie para recibirlos, pero la madre sólo alcanzó a llevarse la mano a la garganta. Parecía conmocionada. Brent hizo las presentaciones mientras aguantaba la risa.

—¿Cómo está usted, señor Bramwell? —saludó Shadow y tendió la mano hacia él.

El padre se quedó paralizado un instante. Tras vacilar un segundo, reaccionó a tiempo y aceptó la mano tendida de Shadow.

—Llámame Martin, por favor. Es un placer conocerte… ¿Shadow, verdad?

—Sí, señor. Shadow Callahan —dijo y añadió ante la mirada curiosa de su interlocutor—: Mis padres tenían unas ideas algo particulares y todos los hermanos fuimos bautizados en honor a la naturaleza.

—¿Acaso os bautizaban en función del tiempo que hacía cuando nacisteis? —preguntó Brent, que hasta ahora no conocía esa historia.

—No —sonrió Shadow—. Más bien se trata del tiempo que hacía cuando nos concibieron. Al menos eso fue lo que me contaron.

Shadow estaba sentada frente a la madre de Brent. Esta carraspeó y enseguida se interesó por su estado.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Se ha atragantado con la bebida?

Brent se levantó y dio unos golpes a su madre en la espalda mientras sostenía una copa con agua. La madre bebió un sorbo y Brent regresó a su asiento.

Apareció el camarero para tomar nota de las bebidas.

—Yo tomaré otro *whisky* y un vino blanco para Debra —pidió el padre de Brent, y después se dirigió a su hijo—. ¿Te apetece un *whisky*?

—Sí —asintió Brent.

Todos se giraron hacia Shadow a la espera de su pedido.

—Yo no tomo alcohol —señaló—. ¿Podría traerme un refresco?

El camarero, impertérrito, se alejó. Entonces Debra frunció el ceño y tomó la palabra.

—Es usted bastante directa, señorita —dijo—. ¿No podría intentar comportarse con algo más de discreción?

—Claro que puedo —dijo y entonces soltó la bomba—. Pero el otro día Brent me hizo beber más de la cuenta y se aprovechó de la situación. No deseo otorgarle nuevamente esa ventaja.

Brent se atragantó con la copa y sus padres lo miraron con los ojos muy abiertos. Estaba claro que se estaba vengando por el asunto de la alarma. Como si estuviera interpretando un papel en escena, continuó su discurso.

—Bueno, no crean que intento insinuar… la verdad es que se comportó como un auténtico caballero. De hecho, incluso fue excesivamente cortés, y ése fue el problema.

—Shadow… —dijo Brent.

Pero ella lo ignoró por completo. Puso su mano sobre la de Brent y dio unos golpecitos para apaciguar sus ánimos.

—Ya saben que Brent tiene bastantes dificultades para controlar su genio. Vive con demasiada intensidad y a veces le cuesta relajarse —se inclinó hacia delante para susurrar una confidencia—. La verdad es que ése es uno de los rasgos que más me atraen de él.

—¿De veras? —bizqueó Martin y sonrió—. Siempre he pensado que mi hijo controlaba perfectamente todas las situaciones. Eso forma parte de su carácter.

—Sé perfectamente a qué se refiere —convino Shadow—. A mí también ha tratado de someterme. Si yo le contara…

Brent cerró el puño sobre sus dedos y Shadow tuvo que rectificar sobre la marcha.

—Bueno, quizá en otro momento. Pero le aseguro que puedo arreglármelas muy bien sola. Ni siquiera Brent, a pesar de ser tan guapo, puede controlar mi vida —y lo miró a los ojos—. Tengo todo muy bien atado.

Apareció el camarero con las bebidas y Brent prefirió guardar silencio. Una vez que hubieron pedido, Debra intentó cambiar el rumbo de la conversación.

—Brent, Joan te manda recuerdos. Te echa mucho de menos.

—Echa de menos mi dinero, madre —dijo sin apartar la vista de Shadow.

—No seas desconsiderado. Es normal que esperase algún regalo por tu parte —señaló Debra sin aparente interés.

—¿Se trata de la antigua novia de Brent que no deja de darle la lata? —preguntó Shadow.

Brent asintió con la esperanza de apreciar alguna señal de celos en la actitud de Shadow, pero ella no transmitió esa sensación.

—Seguramente confiaba en verme para el Día de Acción de Gracias —dijo con un deje de provocación en la voz.

Debra continuó hablando con Shadow sin inmutarse.

—Brent le regaló una magnífica pulsera de diamantes antes de romper. La pobre chica todavía la lleva, día y noche.

—Es excesivamente generoso —dijo Shadow con expresión neutra—. Hoy mismo ha intentado regalarme un sistema de seguridad para mi casa. Pero yo no me rindo fácilmente. Antes o después, aceptará que no necesito su dinero. Pero reconozco que me divierte discutir con él. Es muy excitante.

Martin rió, pero Debra parecía muy enfadada. Brent se limitó a asistir al espectáculo. Nunca antes había visto que nadie se enfrentara a su madre, pero Shadow estaba dándole una verdadera lección. Fue una velada diferente. La comida resultó exquisita, pero el duelo que mantuvieron su madre y Shadow no tuvo desperdicio. Cada ataque de Debra era respondido por Shadow con ingenio y una honestidad candorosa. Brent apreció que su padre estaba

disfrutando y ambos cruzaron una mirada cómplice.

Durante la cena, Shadow se comportó con unos modales exquisitos. Pero no disimuló su apetito y comió con voracidad. Los padres de Brent y él mismo habían pedido marisco, pero Shadow había preferido un chuletón. Después de dar buena cuenta de todo, se recostó en la silla, se golpeó el vientre con la mano y suspiró.

—Estaba delicioso —dijo—. Estaba muerta de hambre.

—Tienes la mala costumbre de expresar en voz alta pensamientos que deberían permanecer ocultos y silenciados —apuntó Debra.

—Es cierto —admitió Shadow y preguntó con ironía—: Todos tenemos malas costumbres. ¿Cuáles son las suyas?

—No lo sé —replicó enojada.

—¿Quiere que la ayude a distinguir los malos hábitos de los buenos? —se ofreció con una sonrisa picarona.

—¿Cómo? Jamás!

—Pues debería —apuntó Shadow y añadió después de un momento—: Creo sinceramente que todos deberíamos ser conscientes de nuestros defectos y de nuestras virtudes. Es bueno conocerse. Eso te prepara para los embates de la vida y así nadie puede herirte con sus insultos.

Brent estudió sus palabras, intrigado. Shadow había confesado que mucha gente consideraba que estaba un poco loca y él mismo también la había acusado en ese sentido. Pensó en la cantidad de comentarios que habría soportado a lo largo de su vida y sintió una gran compasión hacia ella. Tomó la mano de Shadow entre las suyas, ajeno a la presencia de sus padres.

—¿Cuáles dirías que son tus defectos? —preguntó.

—Soy una persona demasiado confiada —dijo con absoluta seriedad—. Y nunca captó las insinuaciones ni los insultos velados. Supongo que soy un blanco fácil.

—Eso es difícil de creer —apuntó Brent—. Eres demasiado lista.

—Es posible, pero tal y como ha señalado tu madre, también soy muy inocente.

Brent sintió una oleada de ternura. Apretó la mano de Shadow en la suya.

—Pero no puede negarse que eres muy elegante vistiendo —comentó Brent.

—Eso intento —sonrió Shadow.

Hubo una pausa en la mesa y Debra dobló la servilleta sobre su plato.

—¿Tendrás algún día libre en Navidad?

—Cerraré la tienda en Nochebuena y Navidad —respondió Shadow.

—Ocúpate de que tenga unos días de descanso —indicó a su hijo—, y tráela a casa estas fiestas. Seguro que tus abuelos querrán conocerla. Y tan pronto como Joan te vea con ella dejara de perseguirte.

—¡Es una idea excelente! —dijo Martin con entusiasmo—. Nos encantaría que vinieras a pasar unos días con nosotros, Shadow.

—Gracias —balbució Shadow—. Veré lo que puedo hacer.

Brent sabía que esa era una declaración de independencia por su parte. Refrenó una sonrisa. Shadow no quería que él interviniera y resultaba refrescante, aunque supusiera dejarlo de lado. Camino del aeropuerto, Brent comprendió que Shadow había vencido la resistencia inicial de su madre con una sola arma: la sinceridad. Al despedirse, Debra comentó lo afortunado que había sido al encontrar a una mujer como Shadow. Y Martin añadió que se trataba de una chica muy atractiva. Brent pensaba que era más que atractiva. Tenía planes para esa noche y se apresuró en despedir a sus padres.

—Brent, creo que tu actitud ha resultado demasiado evidente —señaló Shadow.

—¿Con respecto a qué?

—A tu deseo de acostarte conmigo.

Estaban en el aparcamiento. Hacía frío, pero el viento había dejado de soplar. Había luna llena y los rizos de su pelo brillaban en la noche. Un cúmulo de sensaciones invadió a Brent, que no era capaz de definir su origen. A excepción de un sentimiento que era único y muy reconocible. La lujuria destacaba por encima de todo, pero había algo más. Deseaba poseerla en ese mismo instante. Quería escuchar sus gemidos mientras penetraba en su cuerpo y se fundía con ella en un solo ser. Se inclinó sobre ella, que aguardaba con la boca entreabierta, y la besó con ternura.

—Tienes razón, cariño —confesó—. Te deseo tanto, que hasta duele. Pero estoy dispuesto a esperar si no estás preparada. Quiero que tú también me desees tanto como yo a ti.

—Te deseo —susurró Shadow.

Ya casi habían llegado a casa de Shadow cuando ella rompió el silencio.

—¿Brent? Hace mucho tiempo que no lo hago.

Aparcó el coche frente a la entrada y se volvió hacia Shadow. Había un brillo especial en su mirada que denotaba a partes iguales la urgencia y el temor.

—¿Crees que voy a arrastrarte hasta el dormitorio y abalanzarme sobre ti?

—No lo sé —dijo y se encogió de hombros.

—Creo que podría mantener una conversación de diez minutos, si eso ayuda.

—¿Vas a cronometrar el tiempo? —preguntó con picardía.

—Seré muy discreto —aseguró Brent—. No notarás nada, te lo prometo.

Una vez en la casa, Brent activó la alarma de nuevo. Fue hasta el salón y se instaló allí. Necesitaba tiempo para reunir toda su

paciencia y prepararse. Shadow no merecía un revolcón rápido y estaba dispuesto a dar lo mejor de sí. Shadow lo miraba deambular por la estancia con recelo.

—¿Te importa si enciendo la chimenea? —preguntó con indiferencia.

—No —meneó la cabeza—. Todo está preparado. Hay cerillas en la repisa y…

—Shadow —dijo Brent con calma—, no voy a saltar sobre ti. Procura relajarte.

—¡Lástima! —bromeó para calmarse—. Yo confiaba en que lo harías.

—Eso está mejor.

En poco tiempo, Brent encendió un fuego estupendo. Sin mirar a Shadow, rodeó la habitación y apagó todas las luces que había encendido previamente. Se paró frente a ella, iluminado sólo por el fuego.

—Así está mucho mejor, ¿no te parece?

—Sí —admitió Shadow—. ¿Te apetece beber algo?

—¿Tienes vino? —preguntó con una sonrisa.

—¡No! —negó y lo miró con rabia—. Pero tengo un poco de ponche y unas galletas rellenas de crema de limón que he comprado en la pastelería. Siempre me guardan un paquete. Tengo abierta una cuenta.

—Está bien —aceptó Brent armándose de paciencia—. Tomaremos ponche y probaré esas galletitas de limón. Pero no olvides que el tiempo corre.

Fueron juntos hasta la cocina. Shadow iba de un lado a otro en un ajetreo incesante. Llenó las copas y vació un paquete de galletas en un plato. Brent estaba orgulloso de su comportamiento. Una vez que se hubieron acomodado en el sofá y que Shadow había empezado con las galletas, Brent decidió aclarar algunos puntos.

—¿Hace cuánto tiempo que no estás con un hombre, Shadow?

—Hace algún tiempo —admitió sin más.

—¿Podrías ser algo más clara?

—Siete años —confesó a modo de disculpa.

Brent se quedó sin palabras, apabullado. Shadow siguió comiendo galletas. Era la tercera, pero Brent ni siquiera las había probado.

—¿Quieres decir que hace siete años que no mantienes relaciones sexuales?

—No es para tanto —dijo Shadow—. Ya te he dicho que tuve muy mala suerte con los hombres. Entre mi primer matrimonio y el segundo tuve algunas relaciones, pero todas resultaron un fiasco. Acabé haciendo el idiota y decidí prescindir de los hombres.

—Hasta que me conociste —dijo Brent con orgullo.

—Bastó una sola mirada para encender la mecha —indicó Shadow.

Esas palabras tuvieron un efecto inmediato en él. Se acercó a Shadow y estudió con delectación cada rasgo de su cara. Shadow no podía dejar de comer galletas.

—¿Están tan buenas que no puedes parar? —preguntó Brent.

—Pues no lo sé. Creo que me las he tragado enteras —lo miró con sus ojos color miel—. Siempre como cuando estoy nerviosa. Lo siento, de verdad.

—Ven aquí, cielo —dijo Brent—. Deja que te abrace un momento.

—Ya sé que me estoy comportando como una idiota —susurró —. Pero esta vez quiero hacer las cosas bien. Brent.

Shadow se acurrucó contra su pecho y aspiró el aroma masculino de su piel. Brent deslizó los dedos entre sus rizos y le soltó el lazo con suavidad. Levantó la barbilla de Shadow con un

dedo y la besó. Ese beso obró milagros y Shadow se relajó al instante. Brent mordisqueó sus labios y jugó con su lengua, dibujando la línea de su boca, soñando con el momento en que recorrería todo su cuerpo con la lengua. Sintió la erección creciente y comprendió que estaba yendo demasiado deprisa. Se apartó un poco.

—Adoro cuando me besas —suspiró Shadow.

Brent sabía que la única forma de lograr que todo saliera perfecto consistía en dejar que Shadow llevara el control de la situación. Una idea que, en el pasado, lo habría sublevado ahora sólo acrecentaba su pasión. Muy lentamente, se recostó en el sofá. Shadow, de forma casi involuntaria, terminó tumbada sobre él. Cada vez que respiraba, Brent notaba el roce de sus pezones sobre el pecho. Shadow no parecía notar las manos de Brent en sus caderas, manipulando su cuerpo menudo para situarlo en línea con su propio cuerpo. No sintió la pierna de Brent entre las suyas, a modo de cuña, forzándola a que abriera las piernas y quedará casi sentada a horcajadas sobre él. Pero sí se dio cuenta de que había empezado a desnudarla.

—¿Brent?

—Tú puedes hacer lo mismo —dijo mientras le besaba el labio inferior.

Empezaron a desabrocharse la ropa, pero Brent era mucho más rápido. Pronto obtuvo una visión completa de los pechos de Shadow, rebosantes y plenos.

—No llevas sujetador —dijo—. En la cena no estaba seguro.

Brent deslizó un dedo sobre su piel blanca y le quitó la blusa. No estaba seguro de que pudiera aguantar mucho más. Acarició con las manos abiertas la espalda desnuda y echó la cabeza hacia delante hasta encontrar el capullo rosado que sobresalía, desafiándolo. Shadow se estremeció al sentir el mordisco, gimió y arqueó la espalda. Al hacerlo, presionó la erección de Brent con el vientre.

—Vamos a quitarnos la ropa —dijo Brent con voz áspera.

Shadow se echó a un lado. Se quedó tumbada, los ojos muy abiertos, mientras Brent le quitaba los zapatos y los pantalones.

Estaba tan excitado, que no podía apartar la vista de su cuerpo mientras luchaba con su propia ropa. Todo el cuerpo de Shadow se convulsionaba con cada respiración. Era un volcán a punto de explotar.

—Me temo que mis diez minutos han terminado —apuntó.

Shadow vio cómo Brent se quedaba quieto un instante. Estaba completamente desnudo a excepción de unos calzoncillos grises que apenas podían contener su erección. Shadow deseaba tocarlo, explorar su sexo con las manos. Pero Brent se arrodilló junto a ella y posó sus manos sobre sus muslos.

—No tengas miedo, cielo.

—No lo tengo —admitió, impresionada por la figura de Brent que resplandecía a la luz del fuego—. Deseo mirarte.

Brent esbozó una sonrisa cautivadora. Tenía las manos calientes y ese calor recorrió la piel de su cuerpo desde los pies hasta los muslos. Shadow emitió un gemido y cerró los ojos. Brent hundió la cara en su vientre y sujetó a Shadow por las caderas. Ese abrazo encendió todavía más el deseo de Shadow, concentrado en su entrepierna. Tanta ternura terminó por derretir hasta la última barrera. Todo lo que sentía era demasiado complejo como para tratar de comprenderlo. En ese momento sólo podía pensar en disfrutar plenamente de cada instante.

—¿Qué sientes en estos momentos? —preguntó Brent.

Shadow estaba sin respiración y su cuerpo temblaba. Brent seguía acariciando su piel y cubría cada centímetro de su cuerpo con las manos. Levantó a Shadow por la cintura y la atrajo hacia sí. Shadow era plenamente consciente de la erección de Brent.

—Tienes las manos grandes —indicó.

—Sí, afortunadamente —dijo con las palmas sobre sus pechos—. Dime lo que sientes.

—Me siento tensa y te deseo tanto que casi no lo soporto —murmuró.

—Me he pasado la vida esperándote, Shadow —dijo Brent—. Tienes que concederme unos minutos para disfrutar y jugar contigo.

Shadow lo abrazó con fuerza mientras Brent succionaba un pezón. El deseo era tan intenso que Shadow sintió que estaba a punto de alcanzar el clímax. Brent, atento a sus reacciones, bajó la mano hasta el origen del deseo. Sus dedos expertos se movieron con libertad en un terreno conocido. La tela de la braguita se humedeció al instante mientras Brent la acariciaba con su dedo corazón. Shadow cerró los ojos con fuerza y echó la cabeza hacia atrás. Brent se abalanzó sobre su otro pecho, e incluso el aire cálido sobre el pezón húmedo que había quedado liberado resultaba excitante. Shadow cerró los muslos, en una contracción casi involuntaria, sobre sus dedos y gimió con desesperación. Brent, que no podía esperar, apartó la tela e introdujo dos dedos en sus profundidades. Shadow gritó, alarmada por el breve malestar y tan próxima al orgasmo que todo se hizo borroso a sus ojos. Brent ignoró su grito y continuó deslizando sus dedos con un ritmo trepidante. Shadow estaba a punto de desmayarse. Brent aminoró el ritmo y su boca dibujó un sendero desde la voluptuosidad de sus pechos hasta su sexo. Mordió con suavidad la piel del muslo, junto a la ingle, y un segundo después cubría su sexo con la lengua.

Shadow nunca había experimentado nada parecido. Era un placer tan desgarrador, que creyó que iba a perder la cabeza. Brent no se permitía ningún descanso y mantenía el fuego de su cuerpo en plena ebullición. El corazón latía con violencia y tenía los oídos taponados. Sentía una especie de escozor en la piel. Casi en sueños, sintió la mano de Brent sobre su mejilla.

—Hola, dormilona —dijo con ternura—. ¿Te he dejado fuera de combate?

Shadow intentó abrir los ojos, no sin esfuerzo. Brent la miraba y sonreía, sus grandes ojos verdes llenos de amor y deseo. No terminaba de comprender qué había pasado. Seguía envuelta en una especie de nube. No encontraba las palabras para expresarse. Estaba exhausta. Rendida, se abandonó sobre el sofá.

—Lo siento mucho —dijo y cerró los ojos nuevamente.

Escuchó en la lejanía la risa escéptica de Brent. Deseaba incorporarse para contemplar su cuerpo desnudo, explorarlo,

besarlo y acariciarlo. Pero tenía que contentarse con parpadear e intentar enfocar su rostro. Creyó advertir un suspiro de resignación y sintió los brazos de Brent bajo su cuerpo.

—Es hora de dormir —dijo—. Supongo que tendré que esperar a la mañana.

Shadow quería protestar y señalar que era una injusticia. Había algo que no iba bien, pero no sabía qué podía ser. Brent la acostó en la cama.

—Lo siento —alcanzó a decir Shadow.

—Está claro que trabajas demasiado —dijo Brent y la besó en la frente.

Pero ella sabía que ésa no era la razón. Sólo podía sentir su disgusto y su descontento ante esa situación.

—Brent…

—Duérmete —ordenó—. Y si te despiertas más fresca, estaré aquí.

—Ya te dije que nunca he tenido suerte con los hombres —dijo con esfuerzo—. Ahora sabrás a qué me refiero.

—Tonterías. Me tienes a mí —replicó Brent con buen humor—. Yo diría que eres muy afortunada.

Se quitó los calzoncillos y se estiró. Shadow lo miró a través de una neblina que cubría sus ojos. La erección de Brent llamó su atención. Gimió, pero fue tan débil, que Brent no se enteró. Tenía las piernas largas y el vientre liso, fuerte. Tenía algo de vello alrededor, aunque menos que en el pecho. Era muy atractivo. Shadow se preguntó si algún día lograría disfrutar plenamente de ese cuerpo.

—No adoptes una expresión tan sombría, cariño —dijo Brent—. Sobreviviré.

Shadow asintió con la cabeza y murmuró algo incomprensible. Brent se metió en la cama y ella se arrimó a él. Respiraba hondo. Amaba la forma en que su presencia lograba calmarla. Adoraba su

fuerza y su orgullo. Sabía que lo amaba. Fue su último pensamiento antes de perder la conciencia por completo.

Capítulo 6

—¡Estaba drogada!

El grito estridente de Shadow fue tan repentino, que Brent no tuvo tiempo de reaccionar y terminó sentado en el suelo, cubierto por las sábanas.

—¿Qué demonios ocurre?

Shadow se puso de rodillas sobre el colchón con las manos bajo la barbilla.

—Alguien me drogó —repitió lentamente.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Anoche no podía mantener los ojos abiertos, no podía pensar con claridad. No quería acostarme, pero no tenía fuerzas para negarme. Por fin lo he comprendido.

Brent suspiró y se mesó los cabellos. Se quedó con la mirada fija en el suelo. Recordaba que Shadow había estado a punto de desmayarse.

—¿Cómo han podido hacer algo así?

—No tengo ni idea —dijo con aire espectral—. Supongo que fue algo que bebí. Puede que fuera el ponche. Sí, alguien debió de entrar en casa y envenenó mi ponche.

Estaba colérica, fuera de sí, y ese cambio drástico en su carácter sorprendió a Brent. Se levantó del suelo y ocultó una tímida sonrisa. No cabía duda de que Shadow también tenía genio. Se sentó a su lado.

—Nadie ha entrado en la casa —aseguró—. De ser así, habría saltado la alarma. Creo que estabas muy cansada y que necesitas dormir un poco más.

—He dormido más que suficiente —replicó.

—Entonces quizá estés nerviosa porque todavía no hemos hecho el amor. A mí me ha afectado mucho —sonrió con malicia—, pero eso podemos remediarlo.

—Sé de lo que estoy hablando, Brent —apuntó Shadow—. Puede que tenga el sueño profundo, pero nunca había caído como un plomo.

Brent intentó prestar atención a sus palabras, pero la verdad era que estaba más pendiente de su cuerpo desnudo, separado del suyo por apenas un palmo.

—Estabas nerviosa ante la idea de quedarte a solas conmigo y anoche estuviste muy tensa —dijo con dulzura y la besó en la sien —. Hacía mucho tiempo que no estabas con un hombre y tuviste un orgasmo. Fue algo espectacular.

—Fue increíble —admitió Shadow y lo miró avergonzada—. Estuviste increíble y yo me quedé dormida. Lo siento mucho.

Shadow apoyó la mejilla contra su pecho y Brent le acarició la cabeza mientras sus dedos se enredaban en su melena. Brent pensó en lo bien que olía su piel por la mañana y la besó en el cuello hasta alcanzar el lóbulo de la oreja.

—Sufriste un bajón —apuntó Brent—. No tienes que avergonzarte, cariño. Es normal e incluso me hace sentir orgulloso.

—¿Te estás pavoneando? —dijo Shadow entre risas.

—¿Quieres saber lo que me gustaría hacer ahora? —preguntó con intención.

Brent seguía excitado desde la noche anterior y ni siquiera el grito de Shadow había enfriado su pasión. Estaban despiertos, uno junto al otro, y él la deseaba. Estaba empezando a pensar que siempre había sido así. Lamentablemente, tan pronto como Brent empezó a besarla Shadow se echó hacia atrás. Parecía algo cohibida y Brent permitió que se separara un poco, aunque no la soltó.

—Brent, aún me siento algo ausente y… necesito…

Era extraño, pero Shadow conseguía que Brent estuviera siempre al borde de la carcajada, tanto si era deliberado como si no lo era. Su paciencia lo tenía pasmado. Pero disponía de toda la mañana y no quería precipitarse. Podía soportar la espera un poco más. Brent la besó rápidamente.

—¿Por qué no te das una ducha para ver si se te aclaran las ideas? Yo puedo ir preparando el desayuno mientras tanto.

Shadow seguía con el ceño fruncido, convencida de que la habían drogado.

—Café y tostadas para mí, por favor.

—No tardes mucho, ¿quieres?

—Te lo prometo.

Unos minutos más tarde, Brent oyó correr el agua en el cuarto de baño. Encontró los calzoncillos y se los puso. Pero no se molestó en buscar más ropa. Si todo se desarrollaba según sus planes, no tardaría en desnudarse otra vez. Ya habían pasado dos noches juntos y todavía no habían hecho el amor. Pero no habría renunciado a esas dos noches por nada del mundo. Shadow era mucho más fascinante de lo que había imaginado en un principio. Era dulce y trabajadora, inteligente y extravagante. Y con gran diferencia la mujer más sensual que había conocido. La vida nunca era aburrida a su lado. Nunca permitiría que nadie le hiciera daño.

Fue hasta la cocina, puso la cafetera y preparó unas tostadas. Preparó la mesa para el desayuno y fue a llamar a su oficina. Su secretaria no podía creer lo que estaba oyendo, pero Brent insistió al aparato.

—Ya me has oído —repitió—. Busca a dos hombres. No me importa de dónde los saques, pero no pueden trabajar para mí. Busca en otros despachos. Es para el concurso de la galería comercial. Asegúrate de que pasan por una tienda que se llama El Sexo Feliz y que rellenan una solicitud. Sí, yo también participo. Pero la mujer que lleva la tienda no sabe que soy el propietario. Y si gano, tendrán que descalificarme. Y anula todos mis compromisos para hoy. Bien, gracias, Micky.

Todavía estaba sonriendo después de escuchar los comentarios

de su secretaria cuando se volvió y encontró a Shadow frente a él, muy quieta. Parecía más vulnerable de lo que nunca hubiera sospechado.

¿Cuánto tiempo llevaría escuchando? Iba vestida con una camiseta muy larga de fútbol americano y tenía el pelo húmedo. Parecía despejada y fresca.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Brent.

—Estoy bien —replicó, pero su tono era frío y distante.

—Hay café hecho en la cocina y las tostadas estarán listas enseguida.

—No te molestes —dijo sin perderle la cara—. Quiero que te marches ahora mismo.

—No lo creo, Shadow —respondió Brent.

—¿Por qué no? ¿Por qué no has conseguido lo que has venido a buscar? Confié en ti, creí que yo te importaba —dijo, cada vez más tensa—. ¿Por qué me has mentido?

—Yo nunca…

Pero Shadow dio media vuelta y salió de la habitación.

—No puedo creer que adoptes esta actitud después de lo que ocurrió anoche.

—Nada de esto habría pasado si hubiera sabido que me estabas engañando. ¡Eres el propietario de mi maldito local!

—¿Y qué? —dijo enfurecido, los brazos en jarras—. Tenías que alquilárselo a alguien.

—Si no tiene importancia, ¿por qué me lo ocultaste?

—Deja de gritarme y puede que te lo explique.

—Tengo que vestirme —dijo con una mirada de desafío.

Shadow se alejó y cerró la puerta de su dormitorio tras ella. Ese

gesto enfureció a Brent. ¿Cómo podía cambiar tan rápidamente de un estado a otro? Brent sólo podía pensar en ella, pero quizá ella estuviera dándole falsas esperanzas. Tal vez la noche anterior hubiera fingido para no seguir adelante. Pero recordaba su cuerpo laxo, indolente. La respiración profunda y acompasada. Estaba seguro de que no había existido simulación alguna. Pero no dejaba de jugar al gato y al ratón, y era posible que él hubiera caído en sus redes. No era una idea muy reconfortante. Esperó a que Shadow saliera del dormitorio y entró para vestirse. Cinco minutos más tarde, salió con la firme intención de no dejarse manipular.

—Me marcho a la oficina. Si entras en razón y quieres hablar, llámame —dijo sin prestar atención a su marcado enfado—. Por cierto, los operarios de la agencia de seguridad pasarán por aquí para terminar de instalar el sistema. Procura no entorpecer.

—No te preocupes. Si decido que se vayan, se lo indicaré con mucha amabilidad. Tengo la intención de ser muy amable con todo el mundo.

—¿Demasiado amable? —dijo Brent y se plantó frente a ella—. Ni siquiera sueñes con coquetear con otros hombres para darme celos. Ya te dije que no me gustaban los juegos y tú ya has jugado bastante conmigo.

—Yo no juego —dijo con solemnidad.

—¿No? ¿Y cómo llamarías a esa manía tuya de incitarme a hacer el amor para echarte atrás en el último momento?

—La peor de las suertes —dijo después de darle la espalda—. O puede que sea buena suerte. Ahora, márchate. ¡Por favor!

Brent no sabía qué decir. Se había dejado llevar por su mal genio, aunque no importara mucho en ese momento. No podía permitir que ella lo tuviera dando vueltas a su alrededor toda la vida. Se puso el abrigo sin dejar de mirarla.

—Te llamaré esta noche para asegurarme de que todo ha ido bien con la gente de la agencia de seguridad.

Shadow no se movió y Brent se vio obligado a tomarla de los hombros para poder mirarla a la cara. Su expresión sin vida le asustó. Odiaba verla en ese estado.

—Ten cuidado —añadió—, y avísame si ocurre algo.

—Te repito lo mismo que ayer, Brent. Ya soy una mujer y no soy estúpida.

—Ya lo sé. Pero parece que alguien se ha obsesionado contigo y tienes que estar preparada.

Brent se marchó antes de agravar las cosas, pero en su cabeza conocía la verdad. Él estaba obsesionado con ella y cada día iba a más.

Había sido una buena idea ir a trabajar. Shadow había realizado todos los pedidos pendientes y se sentía mucho más animada. No tenía tiempo para la melancolía. ¿Qué le importaba que Brent hubiera mentido? Era igual que el resto de los hombres y eso no era ninguna novedad para ella. Pero se sentía mal y no dejaba de castigarse por no haber sabido manejar la situación con más pericia. No había permitido a Brent que explicara las razones de su comportamiento.

Se había sentido herida y había dado al traste con una mañana muy especial. ¿Por qué no podían hacer nunca el amor? Quiso pensar que se trataba de los caprichos del destino. En ese momento, sonó el teléfono. Kallie estaba muy ocupada con un cliente y Shadow descolgó el auricular.

—Te he echado de menos.

¡Oh, no!, ésa no era la voz de Brent, pensó Shadow.

—Vaya, creía que no volvería a saber de ti —dijo Shadow con hastío.

—No eres muy observadora —rió entre dientes la voz—. Te he visto hoy mismo.

—¿Dónde? —preguntó Shadow con premura.

—Camino de la tienda.

Shadow se mordió el labio inferior y procuró recordar todos los coches y las caras que había visto en el trayecto.

—Vistes una camiseta que tiene unos buitres dibujados y debo decir que los vaqueros ajustados te sientan realmente bien.

—Mira —dijo Shadow perdiendo la paciencia—, estoy harta de todo esto. Creo que eres infantil y muy molesto. Haznos un favor mutuo y déjame en paz.

Colgó el teléfono con tanta rabia, que algunas cosas que había encima de su mesa rodaron por el suelo. Parecía que su admirador no se daba por vencido. Pero no quería llamar a Brent bajo ninguna circunstancia. A media tarde, había empezado a nevar y, tres horas después, la acera estaba cubierta con un manto blanco. Habían anunciado tormenta y Shadow decidió cerrar antes de la hora. Llamó al guardia de seguridad para que la acompañara hasta el aparcamiento y éste no se alejó hasta que el coche arrancó y enfiló por la avenida principal. Los camiones todavía no habían vertido la sal en las calles y Shadow condujo muy despacio. Por primera vez, sintió un escalofrío ante la idea de ir sola a casa. Se había acostumbrado a tener a Brent cerca y ahora lo añoraba. Y la estúpida llamada telefónica no había contribuido a calmarla. Sentía un creciente desasosiego.

La temperatura había bajado casi diez grados. Shadow subió la calefacción y se frotó los brazos con las manos. Miró la hilera de casas a su izquierda y reconoció la mansión de Brent. Intentó averiguar si había luz. Distraída, estuvo a punto de saltarse el semáforo. Pisó el freno a fondo y el coche derrapó sobre una placa de hielo. Después de deslizarse sin control unos metros, acabó en la cuneta. Shadow golpeó el volante con ambas manos y maldijo su mala suerte. Intentó arrancar y sacar el coche de la cuneta, pero no lo consiguió. Tendría que avisar a la grúa. No tenía muchas opciones, así que se armó de valor y, desafiando el frío, salió del coche y caminó en dirección a casa de Brent. Los copos de nieve caían como pelotas de algodón. Con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, Shadow avanzó hasta la puerta principal y llamó dando un puntapié. Pero la casa estaba a oscuras y no se veía un alma. ¿Qué podría hacer si Brent no aparecía? Estaba dispuesta a romper un cristal y colarse en su casa, pero en ese instante Brent abrió la puerta con una linterna en la mano. Parecía cansado y en su expresión se apreciaba el sello de la fatiga. Agarró del brazo a Shadow y la hizo pasar.

—¿Dónde has estado? —preguntó mientras limpiaba la nieve de sus hombros.

Shadow estaba temblando de frío. Brent la abrazó un momento y después la condujo hasta el salón. Era una habitación enorme presidida por una chimenea de mármol en la que ardía un fuego crepitante. Brent acercó una mecedora a la chimenea y sentó a Shadow. Se arrodilló frente a ella y le quitó los zapatos empapados.

—¿Cómo se te ocurre andar por ahí con este tiempo? Creía que estabas en casa. Te he estado llamando toda la tarde desde que empezó a nevar.

—Estaba ofuscada y decidí ir a la tienda para adelantar un poco de trabajo —replicó.

—¿Por qué estabas enfadada? —dijo Brent.

—No me gusta discutir contigo, Brent.

—Quítate los pantalones —dijo tras un segundo de silencio—. Voy a buscar una manta y te prepararé algo de beber.

Shadow asintió y obedeció sus órdenes sin rechistar. Estiró las piernas y acercó los pies al fuego. Brent regresó poco después. Ofreció a Shadow un vaso de *whisky* y extendió sobre el suelo un edredón nórdico.

—Siéntate aquí para calentarte junto al fuego —indicó.

—¿Por qué está todo a oscuras?

—Se ha ido la luz en toda la manzana a causa de la tormenta —explicó Brent.

Shadow se levantó, se quitó el abrigo y se acomodó en el suelo. Brent la tapó con un segundo edredón y sonrió. Las llamas bailaban en sus pupilas y arrancaban destellos esmeralda a sus ojos verdes.

—Brent, ¿por qué no me dijiste que eras el propietario del local?

—Sabía que eso me impediría participar en el concurso y quería jugar esa baza para llegar a conocerte mejor. Y después supuse que,

si sabías quién era, podrías comportarte conmigo de un modo especial. El dinero es un mal consejero.

—¿Pensaste que podría insinuarme si sabía que eras el propietario? —preguntó Shadow incrédula.

—Ahora sé que no lo harías —dijo mientras jugaba con un rizo de su pelo—. Entonces no te conocía y he vivido experiencias muy desalentadoras en ese terreno.

Se tumbó de espaldas junto a ella y cerró los ojos. Llevaba puesta una camiseta y Shadow pudo ver la línea de su cuerpo, perfilada a la luz de las llamas.

—Estoy loco por ti, cielo —confesó Brent—. Nunca antes había sentido nada igual.

Shadow, repentinamente animada por esas palabras, se puso encima de Brent. Tenía el pulso acelerado y las mejillas habían recobrado su color.

—Creo que estoy enamorada de ti, Brent.

Brent abrió los ojos de inmediato. Antes de que pudiera hablar, Shadow selló sus labios con los dedos.

—Escúchame, por favor. Si alguna vez me comporto de manera extraña, debes comprender que yo también estoy confundida. Hace mucho que nadie me hace sentir así. Y eso es algo muy especial. Creo que me gusta. Así que —dijo con el corazón en la mano—, ¿querrás hacerme el amor, Brent? ¿Ahora?

La respuesta de Brent se limitó a un gemido sordo y a un brusco movimiento gracias al cual se situó encima de Shadow. Empezó a besarla por todo el cuerpo, de una forma salvaje y frenética. Había olvidado su natural control de cada situación y se había entregado al caos de la lujuria. Shadow sonrió para sí ante esa idea y se dispuso a saborear cada momento.

No sintió frío cuando Brent casi le arrancó la camiseta. Al contrario, un calor impregnado de deseo se apoderó de ella en el momento en que Brent se inclinó sobre ella y agarró uno de sus pezones entre los dientes. De rodillas frente a ella, Brent se desnudó de forma precipitada, casi angustiosa.

—He esperado demasiado tiempo —murmuró entre dientes.

Utilizando ambas manos, arrancó a Shadow la poca ropa que aún le quedaba y se colocó encima de ella, arrodillado un momento entre sus piernas abiertas, casi paralizado. Estaba sudando a pesar de la temperatura.

—Pase lo que pase —se prometió en voz alta—, esta vez terminaremos las cosas. Me importa un bledo si toda la casa arde y todo se viene abajo.

—Sí —susurró Shadow.

Se incorporó un poco para obligarlo a tumbarse sobre ella, pero Brent sujetó sus manos pequeñas junto a su pecho y acarició su melena rizada.

—¿Te gusta esto? —preguntó, hechizado por su belleza.

—¡Brent! —suspiró mientras el placer mordisqueaba sus entrañas—. Hazme el amor.

—Ya lo hago.

Llevó su mano hasta el sexo húmedo de Shadow. Utilizó el pulgar para excitar su cuerpo hasta que ella sólo pudo jadear. Liberó sus manos e intentó aferrarse a él. Pero la excitación era demasiado intensa y su cuerpo no respondía a las órdenes de su cabeza. Brent continuaba acariciándola con un ritmo frenético. Se inclinó sobre ella, despacio, y lamió el contorno de su pezón con la punta de la lengua. Su mirada ardiente casi podía traspasarla. De pronto, Shadow arqueó el cuerpo. El orgasmo había sobrevenido por sorpresa. Brent se tumbó junto a ella, atento a cada espasmo de su cuerpo menudo, respirando junto a su oído y animándola. Finalmente, el clímax perdió fuerza y Brent se incorporó. Trataba de mantener el control, pero Shadow no quería que se repitiera la historia de las veces pasadas.

—No me obligues a enfadarme, Brent. Ya es suficiente. Quiero que me poseas, ahora.

Brent emitió un sonido indefinible, a medio camino entre la risa y el gruñido, pero sus movimientos fueron muy precisos. Buscó los

pantalones, sacó la cartera del bolsillo y tomó un preservativo. Lo abrió y se lo colocó mientras Shadow seguía con detenimiento cada paso. Se tumbó sobre ella sin dejar de mirarla un instante. Lentamente, la penetró con suavidad. Shadow estaba fascinada. A pesar del tamaño, nunca se había sentido tan a gusto. Rodeó el torso de Brent con las piernas y levantó un poco las caderas para sentirlo más dentro. Brent echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Todo su cuerpo estaba en tensión. Los brazos rígidos y la respiración detenida, Shadow comprendió que estaba luchando para no terminar demasiado pronto.

—Creo que ya lo he decidido —susurró Shadow—. Te amo, Brent. Te amo con locura.

Brent sintió cómo le temblaban los brazos. Bajó la cabeza y emitió un gemido sordo. Un segundo después, sus acometidas eran salvajes, violentas, exquisitas. El volcán interior de Shadow se encendió, y se apretó contra su cuerpo con desesperación. Brent arremetió contra ella y Shadow alcanzó el clímax. A pesar de ese momento de máximo placer, Shadow notó la explosión interior y los jadeos guturales de Brent en su oreja. Habían alcanzado juntos la cima del placer y Shadow no podía pensar en nada más agradable. Lo abrazó y repitió que lo amaba en voz baja.

Unas horas más tarde, el frío de la habitación los obligó a moverse. Shadow había empezado a temblar. Su cuerpo había perdido el calor y se encontraba muy relajada, medio dormida. Brent se incorporó sobre los codos para mirarla. Había una intensidad incuestionable en su mirada. Se inclinó para besarla con dulzura en la boca y se echó a un lado. Shadow se acurrucó junto a él para sentir su calor corporal. Él pasó su brazo sobre ella y acercó con el pie el edredón para taparse.

—¿Vamos a dormir aquí? —preguntó Shadow.

—¿Te gustaría? —dijo Brent tras un breve silencio—. Hace demasiado frío para salir a la calle y ésta es seguramente la habitación más cálida de la casa.

—No podría irme a casa aunque quisiera —dijo entre bostezos —. Mi coche está en la cuneta. Esa es la razón por la que vine a tu casa.

—¿Tu coche está en la cuneta? —repitió Brent.

—Iba camino a casa —asintió Shadow—. Frené para no saltarme el semáforo y el coche derrapó sobre el hielo.

—¿A qué distancia?

—A poco más de cincuenta metros —calculó, sin prestar mucha atención al tono de sospecha en la voz de Brent.

—¿Estás segura de que mañana encontraremos tu coche en la cuneta? —preguntó mirándola directamente a los ojos.

—Sí, a no ser que alguien decida robarlo esta noche —replicó ella enojada—. Pero no creo que a nadie se le ocurra con este tiempo.

Esa idea rondó la cabeza de Brent un instante. Posó la mano distraídamente sobre la cadera de Shadow, de forma casi automática. Tenía la vista puesta en la curva redondeada de sus pechos.

—¿Sabes, Shadow? No necesitabas una excusa para venir. Quiero que nos sintamos a gusto el uno junto al otro. Si querías disculparte, una llamada habría bastado.

—¿Disculparme? —preguntó—. Esto no ha sido una disculpa y no buscaba una excusa para venir a verte. Ya te he dicho que iba camino a casa. Y no habría venido si hubiera conseguido llegar a casa.

—Shadow… —vaciló un momento ante la mirada crítica de ella, pero añadió—: Cariño, me encanta que hayas venido. Pero preferiría que admitieras…

Shadow se sentó y lo miró fijamente. La sábana se deslizó sobre su piel blanca hasta cubrir sus piernas. Brent no dijo una palabra más. No podía apartar los ojos del cuerpo desnudo de Shadow. Acercó la mano para tocar su piel y su mirada se encendió con la llama del deseo. Ella no se movió.

—Por favor, Brent —dijo con sarcasmo—, instrúyeme acerca de lo que debo admitir.

—Que estás enamorada de mí —dijo él y la abrazó.

—Eso no es lo que ibas a decir —replicó con escepticismo.

—No, pero no pienso empezar otra discusión contigo. Las coincidencias ocurren continuamente y, aparte de eso, no importa cómo llegaste hasta aquí. Pero me alegro de que así fuera.

Visto de ese modo, no había razón alguna para que ella se enfadara. Por la mañana, lo convencería de que no había ideado un plan para ir a su casa. Ahora sólo quería sentir su cuerpo vigoroso junto al suyo. Los enfrentamientos con Brent eran muy estimulantes, pero no podían compararse con el sexo.

Era la primera vez que Brent se sentía tan relajado. Toda la tensión había desaparecido. Se había despertado en más de una ocasión durante la noche y había aspirado el aroma dulzón que emanaba de la piel de Shadow. Por fin estaba a su lado y eso suponía una satisfacción indescriptible. Nunca antes había disfrutado tanto de una noche de insomnio. Los rizos de su melena rozaban su barbilla. Shadow tenía una mano sobre su corazón y había posado una pierna sobre su regazo. Su erección no había desaparecido y crecía al ritmo de su respiración. El deseo acuciante de la noche anterior recorrió cada músculo de su cuerpo.

Pero se contentó con quedarse quieto, tumbado junto a ella.

Shadow se despertó de improviso. Se estiró junto a él y bostezó largamente antes de abrir los ojos. Brent sintió un poco de pena por ella. Había sido implacable la noche anterior, pero ella tampoco había ido a la zaga. De pronto, Shadow se quedó muy quieta. Se incorporó apoyada en un codo. Brent fingió que estaba dormido. Podía sentir la mirada de Shadow sobre su figura. Se contuvo para no sonreír. Al sentir el tacto de su mano sobre su cuerpo, el deseo de poseerla de nuevo se intensificó. Shadow parecía animada por la curiosidad. Se sentó sobre los muslos y lo destapó por completo. Enseguida comprendió que había actuado adrede y que toda su atención estaba concentrada en su erección. Se inclinó sobre él y Brent notó el roce de sus pechos en sus costillas. Tenía las manos detrás de la cabeza y tuvo que entrelazar los dedos para no ceder a la tentación de incorporarse.

—Deja de hacerte el dormido, Brent —dijo con una sonrisa pícara—. Ya sé que estás despierto.

—No quería interferir en tus exploraciones.

Shadow cerró la mano sobre su sexo y empezó a acariciarlo. La inocencia en la mirada de Shadow torturaba a Brent.

—¿No te molesta mi curiosidad?

—En absoluto —respondió casi sin voz.

Podía sentir el aliento cálido de Shadow sobre el vello que rodeaba el bajo vientre. Todo su cuerpo estaba rígido. Necesitaba tocarla y acarició su pelo con la mano. No podía pensar con claridad. Levanto la barbilla en un movimiento brusco y endureció los músculos de las piernas al sentir la boca húmeda de Shadow sobre su sexo. Shadow acomodó la punta a la forma de su boca. Brent levantó la cintura en un movimiento automático, inesperado. Pero Shadow no se apartó y tomó todo su miembro con mayor voracidad. Brent apretó los dientes y emitió un gemido grave que obtuvo respuesta en los jadeos de Shadow.

Era demasiado. Brent ignoró las protestas de Shadow. Cambió la posición de sus cuerpos con una rapidez inusitada. Apenas había tenido tiempo para preparar el terreno, pero Shadow estaba lista para recibirlo. Brent sabía que ella había disfrutado con su último juego y esa idea acrecentaba su deseo. Sin tiempo para más, la poseyó nuevamente con renovada energía y supo que había encontrado a la mujer de su vida. Esa imagen súbita le asustaba un poco, pero era algo innegable. No podía dejar de besarla. Incluso después de alcanzar el orgasmo, sólo podía pensar en recomenzar el juego. Fue Shadow quien lo hizo volver a la realidad del momento.

—¿Estás bien? —preguntó Brent.

—¿Después de este desayuno? —sonrió—. Creo que mi cuerpo ha estallado en mil pedazos. ¿Estás seguro de que tengo la cabeza sobre los hombros? Yo no siento nada.

Se miraron largamente. Sus cuerpos estaban empapados en sudor y Shadow tenía el pelo húmedo. Tenía los ojos algo hinchados y los labios enrojecidos. Era la mujer más atractiva que Brent había

visto en su vida.

—¿Me estás diciendo que has disfrutado? —ironizó Brent.

—Creo que «disfrutar» no es la palabra adecuada —dijo perezosa —. Eres maravilloso, Brent. Está muy claro por qué te quiero.

La primera vez que lo había mencionado, Brent no había prestado mucha atención. Era algo que las mujeres decían en determinadas circunstancias. Pero ahora estaba empezando a creer que podía ser cierto. Y le gustaba cómo sonaba.

—¿Y puedo saber por qué me quieres?

—Tu cuerpo, desde luego. Y tu pasión desbordante. ¿Todos los hombres hacen el amor con la misma intensidad?

—No cabe duda de que has tenido muy mala suerte con los hombres —dijo Brent, visiblemente emocionado por los piropos de Shadow—. Cualquier hombre que tuviera la oportunidad de estar contigo reaccionaría igual que yo.

—Todo esto es estupendo, ¿no crees?

—¿El qué?

—Tú y yo, tumbados en esta cama improvisada, charlando de cosas tontas —explicó Shadow—. Pero hay un problema.

—¿Aparte del hecho de que no dispongamos de luz ni de calefacción, esté muerto de hambre, necesite una ducha caliente y la nieve haya bloqueado la entrada?

—Sí, además de todo eso.

—¡Dios mío! Acabo de darme cuenta de que… —dijo Brent—, no hemos usado protección.

—¿Protección?

—¿No estarás tomando la píldora?

—¿Para qué? —resopló Shadow—. Hace siete años que no mantengo relaciones.

—Vaya, lo siento mucho. De verdad. Nunca habría hecho nada tan irresponsable, pero apareciste de improviso y no estaba preparado. Lo siento mucho.

—No te preocupes. Ya te he dicho que te amo. Además, ése no era el problema. Tú también me quieres, ¿verdad?

Brent la miró y sintió un pinchazo en la boca del estómago. No sabía qué decir. No estaba seguro de si la amaba. Una parte de su ser sabía que no era posible. Apenas habían tenido tiempo para conocerse. Shadow se movió inquieta.

—Olvídalo —dijo.

—¡No, por favor! —la mirada de Shadow asustó a Brent—. No te alejes de mí.

—No quería ponerte en un aprieto. Me temo que me he dejado llevar por la emoción del momento —se disculpó Shadow.

—No es cierto —replicó Brent, acuciado por la urgencia—. Es tu forma de ser. Y me importas mucho, Shadow. Pero ¿amor? Yo…

El timbre del teléfono sacó a Brent de una situación espinosa. Rodó sobre el edredón y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—Está ahí, ¿verdad? —dijo una voz furiosa—. ¿Ha pasado la noche contigo?

—¿Quién es? —preguntó Brent con evidente sospecha.

—¡Ella no te necesita! —dijo la voz, grave y profunda—. Yo la encontré primero y me pertenece. No lo olvides.

Después, la comunicación se cortó.

Capítulo 7

—¿Quién era?

—Nadie —farfulló Brent entre dientes.

—¿Y por qué estás pálido y furioso? —preguntó Shadow.

Al tiempo que se interesaba por la llamada, se puso de pie y se cubrió con una sábana. Empezaba a hacer mucho frío en la casa y necesitaba ir al cuarto de baño. La idea de vestirse con la ropa húmeda del día anterior, desparramada por el suelo, le producía escalofríos. Brent había mantenido el fuego de la chimenea encendido toda la noche. Shadow se agachó junto a la rejilla que había frente a las llamas y colocó doblado el sostén.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Brent sorprendido.

—Intento calentar la ropa —dijo con naturalidad—. ¿Has probado a ponerte un sujetador helado alguna vez? Es muy desagradable.

—Me lo imagino —asintió con la cabeza.

Brent buscó una excusa para salir del salón un momento. Quería llamar a la policía. Las amenazas habían ido demasiado lejos y sabía que no podía arreglarlo a su manera. Shadow le dio la oportunidad que necesitaba cuando preguntó dónde estaba el baño. Brent la acompañó hasta el cuarto de baño a toda prisa. Era mucho más grande que el de Shadow. Tenía *jacuzzi* y un tragaluz. Entregó para Shadow un par de sudaderas secas y le indicó el armario de las toallas. También le prestó un cepillo de dientes. Cuando estuvo acomodada, Brent volvió al salón para hacer su llamada. Pero los problemas meteorológicos habían colapsado las líneas y Shadow regresó en medio de la conversación. Se acuclilló junto al fuego para secarse el pelo. Brent no tuvo más remedio que seguir hablando con el oficial de turno y permitir que Shadow escuchara su conversación. A pesar de todo, no parecía muy preocupada. Incluso intervino en la relación de los hechos al recordar la llamada

del día anterior a la tienda.

—¿Por qué no me dijiste nada al respecto? —bramó Brent tapando el auricular.

—Por la misma razón por la que tú no me has dicho quién ha llamado esta mañana —adujo Shadow—. No quería preocuparte.

Brent estaba furioso. Recibió la promesa de que pronto enviarían a alguien de comisaría y colgó. Paseó de un lado a otro y finalmente se arrodilló junto a ella.

—No puedo creer que no me dijeras nada —dijo—. ¿Te amenazó?

—No. Describió la ropa que llevaba y dijo que estaba muy guapa. Después, colgué.

—No tendrías que haberte arriesgado a salir con el temporal —insistió Brent.

—¿Crees que derrapé y dejé el coche abandonado en una cuneta sólo para venir a verte? Eso hubiera sido patético y deshonroso.

—Has dicho que el coche está a menos de cincuenta metros de mi casa. ¿No te parece una curiosa coincidencia?

—Me estás poniendo muy furiosa, Brent —señaló y se levantó.

—Sólo deseo que nos hablemos con total sinceridad, eso es todo —dijo Brent—. ¿Y ahora qué estás haciendo?

—Me voy a mi casa —se puso el abrigo—. Estás acusándome de algo que no he hecho y no me gusta.

—¡Por favor! Espera un minuto —se plantó delante de Shadow—. No puedes salir a la calle con este tiempo.

—Ya ha dejado de nevar.

—Pero tiene que haber más de treinta centímetros de nieve en la calle.

—Estás exagerando —apuntó Shadow—. Quítate de en medio.

—No.

—¿Cómo que no? —repitió con absoluta incredulidad.

—Sé razonable, cielo —dijo con ternura Brent—. No voy a dejar que salgas con este tiempo. Además, no debes olvidar a tu admirador secreto. Quizá nos esté vigilando. Sería una estupidez pensar siquiera en salir.

—¿Así que crees que soy estúpida?

—Dame un respiro, ¿quieres? —Brent la abrazó contra su voluntad—. Sólo soy un hombre y nunca he sentido nada semejante. Anoche perdí la cabeza. Y esta mañana olvidé usar protección. ¿Te das cuenta de que he podido dejarte embarazada?

—No me importa —dijo con orgullo—. Ya te dije que me gustaría tener hijos antes de ser demasiado vieja.

—Sólo tienes treinta y un años, Shadow. Todavía tienes mucho tiempo por delante para hacer las cosas bien.

—No estoy de acuerdo —replicó con aire rebelde—. Siempre que estoy contigo acabas poniéndome de mal humor.

—¡Pero tú me amas!

—Y eso demuestra que no soy tan lista como pensaba —concluyó—. Ahora, suéltame. Me marcho.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta. Brent conminó a Shadow a que esperase sin moverse, pero ella no hizo caso y fue hasta la entrada con él. Brent abrió la puerta y se quedó paralizado.

—¡Brent, qué alegría volver a verte! —dijo en un tono excesivamente chillón la inesperada visita.

Joan era una especie de aparición, vestida con botas de piel y un abrigo de armiño blanco. Era alta, esbelta, y lo rodeó con los brazos antes de que Brent pudiera reaccionar. Intentó deshacerse de ella, cerrar la puerta y presentar a Shadow, que la miraba con curiosidad.

—Ya no me voy —dijo Shadow de pronto.

Brent sonrió mientras se liberaba de la presencia pegajosa de Joan, que había iniciado un relato lleno de penalidades acerca de su viaje desde Chicago. Intentó abrazarlo de nuevo, pero Brent se apartó a tiempo. Joan parecía algo desconcertada.

—Quiero que conozcas a mi…

¿Qué podía decir? Brent miró a Shadow. Su mirada reflejaba la duda y la angustia del momento. Shadow se limitó a parpadear un par de veces. Un momento después, para alivio suyo, se acercó y lo rodeó por la cintura.

—Me llamo Shadow Callahan. He pasado la noche aquí.

—¿Por qué? —preguntó Joan con altivez y desdén en la voz.

—¿Ésta es la mujer con la que estabas prometido? —preguntó Shadow a Brent después de soltar una sonora carcajada.

—Pues… sí.

Se volvió hacia Joan y la invitó a pasar. Entraron los tres en el salón. Shadow parecía sentirse a gusto y estaba disfrutando con la situación.

—Nos cortaron la luz y tuvimos que dormir en el suelo, junto a la chimenea. Aun así, pasamos bastante frío. Claro que acostada junto a Brent ni siquiera lo noté. Pero no voy a descubrirte nada a estas alturas.

Joan se paró en seco sobre los tacones de aguja de sus botas. Se apartó de Shadow y se encaró con Brent.

—¿Quién es esta mujer y qué está haciendo aquí? —preguntó inquisitorialmente.

—Está aquí porque ése es mi deseo —explicó Brent—. Parece que no puedo dejar de acariciarla. Es una obsesión.

—¡Qué desagradable! —gritó Joan y arrugó el rostro.

—En absoluto —confesó Shadow—. Todo fue muy agradable.

—Será mejor que te expliques —dijo Joan ignorando por completo a Shadow.

—Puedes disponer de mi casa si necesitas un sitio para refugiarte del frío —señaló Brent con irritación—. Pero no voy a tolerar que insultes a Shadow. Si no puedes mostrar un poco de educación, tendré que rogarte que te vayas.

—¿Cuándo pensabas hablarme de ella? —resopló ofendida.

—No pensaba hacerlo porque no es asunto tuyo —contestó Brent —. En todo caso, la habrías conocido en Navidad en Chicago. Vendrá a pasar las fiestas.

—¿Es una broma? —se sonrojó Joan—. Tus padres sufrirían un ataque.

—De hecho —apuntó Shadow entre risotadas—, Martin y Debra me invitaron.

—Estás mintiendo —vociferó Joan en sus propias narices.

Brent temió la reacción de Shadow. Hubo un silencio espeso, pero ante su sorpresa Shadow esbozó su mejor sonrisa.

—Eres muy divertida, Joan.

—¿Disculpa? —dijo Joan cada vez más ofuscada.

—No te preocupes, no me ha dolido. Estás desesperada y es normal que te comportes así. No me has ofendido.

Brent tuvo que hacer un esfuerzo para aguantar la risa. Joan parecía confusa y Shadow actuaba con cierta presunción. Joan meneó la cabeza con incredulidad.

—Todo esto es completamente absurdo —remarcó.

Joan, que no había prestado mucha atención al salón, miró en derredor suyo y vio la ropa interior de Shadow junto a la chimenea. Brent carraspeó y observó la sonrisa de Shadow. Estaba claro que estaba divirtiéndose.

—¿Sería posible que preparases algo de desayuno, Brent? —exclamó Shadow—. Estoy muerta de hambre.

Brent comparó a las dos mujeres. Mientras Shadow se había recostado cómodamente en el respaldo de su silla, Joan estaba muy tiesa, apoyada en una esquina de su asiento. Ni su aspecto ni su expresión presagiaban nada bueno. Decidió que Shadow podría defenderse sin su ayuda y aceptó preparar el desayuno.

Shadow concedió un minuto a Joan para que se relajara. Era muy triste que una mujer se viera en la tesitura de perseguir a un hombre por todo el país. Shadow confiaba en tener más orgullo si alguna vez se veía en una situación parecida. Hasta entonces, había celebrado cada ruptura como una victoria. Pero nunca podría aceptar la idea de perder a Brent para siempre. Estaba enamorada.

Brent había dicho que Joan sólo estaba interesada en su dinero, pero Shadow necesitaba confirmar este punto. Esperó hasta que Joan se recompuso. Su mirada transmitía todo el odio del que era capaz. Se levantó, dejó el abrigo de piel sobre la silla y empezó a pasear por el salón. De vez en cuando, echaba una mirada desdeñosa a la ropa de Shadow, que se secaba junto al fuego.

—¿Hace cuánto tiempo que conoces a Brent? —preguntó Joan.

—Un par de semanas —apuntó Shadow.

—Bien. Se cansará de ti dentro de un tiempo. En Chicago hacía lo mismo continuamente. Tenía sus aventuras. Yo decidí tolerarlo hasta que estuviéramos casados.

—¿No te molestaba que fuera con otras mujeres? —preguntó Shadow.

—Es su forma de ser. Disfruta creyendo que tiene el control —levantó un hombro con elegancia—. Pero siempre volvía a mí y me compensaba con alguna fruslería. Me regaló esta pulsera de diamantes antes de abandonar Chicago.

—De hecho —puntualizó Brent desde la entrada—, compré esa pulsera tres meses antes de irme. Fue un regalo de despedida antes de romper.

Joan se estremeció al oír a Brent, y Shadow comprendió al

instante que estaba mintiendo. Más relajada, Shadow alabó el exquisito acabado de la joya. Brent se acercó a ella con una bandeja.

—Seguimos sin electricidad, así que he traído un poco de fruta, zumo, unos bollos y algo de embutido. Después del… ejercicio que hemos hecho, te apetecerá, ¿no, Shadow?

—Tiene un aspecto delicioso —se relamió Shadow—. ¿Te apetece algo, Joan? Brent está un poco atontado; si no, no se habría olvidado de sus buenos modales y te habría preguntado si querías.

—¿Vas a permitir esto, Brent? —escupió Joan—. ¡Es una deslenguada!

—Si has venido pensando en una posible reconciliación, me temo que has hecho el viaje en balde. Creo que lo dejé muy claro en Chicago. Tal y como puedes ver, estoy muy a gusto con Shadow y eso no va a cambiar.

—No es más que una distracción, una curiosidad —esgrimió Joan con desprecio—. Te cansarás de ella antes o después. Creo que me quedaré una temporada.

Hecha un basilisco, se puso el abrigo, dirigió una mirada de desdén a Shadow y fue hasta la puerta. Se despidió tras amenazar con volver a ponerse en contacto y salió a toda prisa de la casa.

—Tendrías que haberla acompañado hasta la puerta —indicó Shadow.

—No merece ese trato —espetó Brent.

Shadow se terminó el zumo, se levantó y se sentó en las rodillas de Brent. Se acurrucó junto a él y Brent, algo perezoso, la rodeó con los brazos. Shadow intentó animarlo.

—No pensemos más en ella. Es un día precioso y no queremos que lo estropee.

—¿Un día precioso? Todo está cubierto por la nieve, hay ventisca y hace muchísimo frío. Un maníaco te ha llamado por teléfono para amenazarte y otra maníaca ha aparecido para acosarme a mí. Y seguimos sin luz ni calefacción.

Shadow lo besó en el mentón y acarició su nuca con la mano. Ese contacto bastó para encender la chispa de la pasión.

—Estoy sentada en el regazo del hombre al que quiero —dijo Shadow—. Estamos solos y no tengo prisa. El sol brilla con tanta intensidad que su reflejo en la nieve virgen resulta cegador. Estamos cómodamente sentados, con la ropa seca y el fuego en la chimenea. Y estamos vivos para disfrutar de todo esto. Yo diría que es un día magnífico.

—Tienes razón —admitió Brent—. Y te estoy agradecido por haberme abierto los ojos.

Shadow se apretó contra su cuerpo y, de pronto, empezó a reír.

—Tu regazo ya no resulta tan cómodo como antes. ¿Qué ha pasado?

—Una mujer increíblemente atractiva se ha sentado en mis rodillas —susurró al oído de Shadow—, y me ha puesto a cien.

—¿En serio? —bromeó Shadow con sorna—. Eso me gusta.

Brent no podía creer que estuviera pasándolo tan bien, pero Shadow lograba que todo fuera sencillo y alegre. La luz volvió a media tarde y Shadow decidió que deberían prepararse el almuerzo. Pero olvidó mencionar que su fuerte no era la cocina. Brent tampoco se desenvolvía demasiado bien entre los fogones y la preparación de la lasaña resultó un poco caótica. Pero, aunque no tenía muy buen aspecto, ambos reconocieron que estaba buenísima. Pero Brent no podía decidir si le sabía tan bien porque estaba bueno o porque compartía mesa con Shadow.

Comieron en el salón, junto al fuego, sobre el mismo edredón que habían utilizado para dormir. Encendieron unas cuantas velas y pusieron música de fondo. Shadow había insistido en que almorzaran desnudos. Decía que así se realzaba el sabor de cada plato. Más tarde confesaría que lo había dicho para distraer a Brent y que no se fijara en sus pobres dotes como cocinera. Más tarde, después de que la grúa hubiera pasado a llevarse el coche de Shadow, llamó a la tienda. Kallie confirmó que había colgado en la

puerta el cartel solicitando un nuevo dependiente y que ya había recibido a varias personas interesadas.

Después de la llamada, se dieron un baño. Shadow se sentó entre las piernas de Brent y apoyó la espalda contra su pecho. Él apoyaba la barbilla sobre el pelo mojado, la besaba en el cuello y mordía el lóbulo de su oreja. También aprovechaba cualquier ocasión para acariciarle los pechos. De pronto, Brent soltó una carcajada y abrazó con fuerza a Shadow.

—Esta mañana me he reído mucho, creo que por primera vez en mi vida. Y todo te lo debo a ti. Gracias.

—De nada —sonrió Shadow y giró el cuello para besarlo.

El agua empezó a enfriarse. Brent se levantó a regañadientes y se puso una toalla alrededor de la cintura. Shadow también salió de la bañera, preocupada por el repentino retraimiento de Brent. Después de secarse el pelo, Brent la miró a la cara. Tenía los brazos en jarras y parecía indeciso.

—Quédate conmigo hasta que todo esto termine —dijo al fin.

—¿A qué te refieres? —preguntó Shadow atónita.

—Hasta que la policía atrape a ese tipo o decida marcharse —apuntó Brent.

—No puedo hacerlo —dijo y movió la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió Brent, que había esperado su negativa —. Hemos pasado la noche juntos y no creo que te dé vergüenza. Nadie va a poner el grito en el cielo porque dos adultos vivan juntos.

—Acepté pasar la noche aquí, Brent. Pero no voy a mudarme. Mi familia es muy tradicional y no tolerarían que me fuera a vivir con un hombre.

—Quiero que estés a salvo, Shadow.

—Ya lo sé —replicó ella—. Y agradezco tu interés. Pero mi casa también es segura. A tenor de lo que costó ese maldito sistema de seguridad, debe de ser un fortín.

—¿Crees que sólo me intereso por ti? —Brent la sacudió un poco por el hombro—. Me preocupo por ti, Shadow. Me importas mucho.

—¿Cuánto? —preguntó con curiosidad.

—¿Te casarías conmigo si te lo pidiera? —preguntó de pronto.

—¿Quieres saber la respuesta antes de proponerlo? —exclamó Shadow asombrada.

—Sólo contesta a la maldita pregunta —gritó Brent.

—¿Por qué habrías de proponerme matrimonio? —dijo con calma.

—¿Cómo que por qué?

—Nunca me has dicho que me quisieras —señaló con cierta vulnerabilidad en la mirada—. No deseo que te sacrifiques en un acto de nobleza.

—No es ningún acto de nobleza —masculló Brent.

—Claro que sí —asintió Shadow.

—Te lo he preguntado —dijo sucintamente con mucha paciencia —, porque quiero que te cases conmigo.

—¿Por qué? —apuntó Shadow—. ¿Crees que de ese modo podrías protegerme mejor?

Un montón de mujeres habría aceptado su proposición sin rechistar, pero Shadow lo estaba sometiendo a un intenso interrogatorio. Y no tenía las respuestas adecuadas. Caminó de un lado a otro, los puños cerrados.

—Podrías estar embarazada —recordó Brent.

—¿Y qué? Puedo hacerme cargo de un hijo —dijo sin pestañear —. Quizá no disponga de tu fortuna, pero podría arreglármelas muy bien.

—Has dicho que provenías de una familia tradicional —recalcó

Brent—. ¿Un hijo no te parece una razón convincente para casarte?

—¿Ése es el motivo por el que quieres casarte conmigo tan repentinamente?

Brent se sentía confuso. Tomó a Shadow de la mano y la llevó al dormitorio. Se sentaron en el borde de la cama. Brent no podía apartar la vista de los pechos desnudos de Shadow.

—Me resultaría más fácil decir esto si te cubrieras —señaló Brent.

—Ya puedes hablar —dijo tras cubrirse un pecho con cada mano.

—Eso no sirve —sonrió Brent—. Tus manos son demasiado pequeñas.

Se estiró sobre el colchón y agarró una almohada, que tendió a Shadow para que se cubriera con garantías. Ella obedeció y le dedicó una mirada expectante.

—Me preocupo por ti, Shadow. Aunque eso ya lo sabes —ella asintió—. Y, después de lo que ha ocurrido esta mañana, podrías estar embarazada. Me siento a gusto cuando estoy contigo y es algo a lo que no estoy acostumbrado. Pero detesto vivir angustiado al pensar en lo que pueda pasarte. Puedo parecer un poco paternalista, pero quiero protegerte y me siento responsable. Por favor, ¿te casarás conmigo?

La tristeza inundó los ojos de Shadow y el corazón de Brent dejó de latir un instante. Después, ella sonrió y se inclinó para besarlo. Pero Brent aguardaba una respuesta y no quería distracciones. Sin embargo, Shadow saltó sobre él y ambos rodaron por el suelo. Ella empezó a besarlo, pero Brent logró sujetarla.

—¿Sí o no? —inquirió.

Shadow se despojó de su toalla y después se deshizo de la que llevaba Brent. Deslizó la palma de la mano sobre su pecho. Lo agarró por la cintura antes de responder.

—No.

Brent se quedó de piedra. Estaba furioso y frustrado. Pero Shadow estaba desnuda, sujetándolo por la cintura, y él notó la creciente erección. Shadow se frotó contra él, los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás. Brent estuvo a punto de gritar de placer. La sujetó por las caderas.

—¿Dónde guardas los preservativos? —preguntó Shadow.

—En la mesilla de noche —gruñó Brent. Shadow había logrado convencerlo para aplazar la discusión. Brent decidió que seguirían más tarde. En ese momento, apenas le llegaba el aire a los pulmones. Shadow recorrió con la mano la piel tensa, acarició con el pulgar la punta y colocó el preservativo con delicadeza.

—Nunca más cometeré el error de casarme con un hombre que no me ame —anunció en un susurro—. Por ninguna razón.

Brent acarició sus pechos y jugueteó con los pezones de mil maneras. Finalmente, se colocó sobre Shadow. En el momento definitivo, ella gritó de nuevo que lo amaba. Él anunció su propio orgasmo con una serie de gemidos y jadeos profundos. Después de que el clímax hubiera concluido, Shadow continuaba besándolo con ternura en el mentón y el cuello.

—Te quiero, Brent —repitió.

—¿Qué voy a hacer contigo, Shadow? —suspiró con desesperación.

—¿Es que todavía hay más? —preguntó—. De acuerdo, yo estoy dispuesta.

Brent forzó una sonrisa, pero no era sincera. Shadow se tumbó a su lado.

—Podemos seguir así —sugirió—. Lo pasamos bien y es divertido. Y pasaríamos la mayor parte del tiempo juntos.

—No me gusta cómo suena —replicó Brent—. Parece que nuestro tiempo estuviera marcado de antemano.

—Bueno, no tengo planes para mudarme a otra ciudad —dijo Shadow—. Pero no quisiera que te quedaras aquí si no eres feliz.

—¿Cómo podría ser infeliz si estoy contigo?

Brent podría haber dicho que la amaba, aunque no estuviera seguro de sus sentimientos. Pero Shadow siempre había sido sincera con él y no quería defraudarla. No sabía nada del amor. Era un sentimiento voluble e inaprensible. Shadow era una mujer única, distinta y muy especial. Y había confesado que lo amaba. Pero había una voz en su interior que no dejaba de recordarle que otras muchas antes habían sentido eso mismo por él. Shadow se incorporó hasta sentarse. Se apartó el pelo de los ojos.

—Tengo que irme, Brent. Necesito cambiarme y comprobar mis mensajes…

—¿Vas a volver esta noche, Shadow? —dijo Brent.

—No te pongas dramático, Brent. Ya te he dicho que pasaría la noche aquí. Pero necesito algunas cosas. Mañana es día laborable y tendré que ir a trabajar desde aquí.

—Está bien —aceptó Brent.

Se levantaron. Brent seguía con la mirada clavada en el cuerpo desnudo de Shadow. Acarició su mejilla y los labios algo hinchados.

—¿Intentarás contratar a un ayudante mañana? No me gustaría que te quedaras sola en la tienda —Brent se apresuró a calmarla al ver su reacción—. Vamos, te lo he pedido con educación. No es ninguna imposición. Estoy intentando ser amable, aunque personalmente creo que prefiero dar órdenes. Estoy haciendo una concesión.

—Es cierto —sonrió Shadow y añadió—: Miraré las solicitudes a primera hora de mañana para ver si hay alguien que cumpla todos los requisitos. ¿Te parece bien?

—Es perfecto —contestó Brent—: Perfecto… por el momento.

Capítulo 8

Shadow se quedó mirando fijamente el contestador mientras el eco del último mensaje aún resonaba en el aire. El admirador había vuelto a llamar y había dejado tres mensajes. Y parecía colérico por culpa de los celos. Se frotó los brazos y miró a Brent.

—Esto lo cambia todo —afirmó Brent con el gesto serio.

—No sé qué decir —balbució Shadow.

—Voy a hacer tu maleta —señaló Brent y se dirigió a su dormitorio.

—Puedo ocuparme yo —dijo mientras lo seguía—. Sólo necesito un par de cosas para mañana.

Brent ignoró sus palabras y rebuscó en el armario hasta que encontró una maleta, que abrió sobre la cama.

—Brent, no necesito una maleta tan grande. Espera un minuto. ¿Quieres parar? —lo sujetó por la mano—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—No vas a quedarte aquí sola —aseguró.

—No puedes obligarme a quedarme en tu casa —dijo Shadow en voz alta.

—Espera y verás —masculló.

—¡Esto es increíble! —exclamó hecha un manojo de nervios.

Había olvidado por completo las llamadas del maníaco que la acosaba y sólo parecía importarle conservar su impagable independencia.

—Brent, tengo treinta y un años —explicó Shadow—. Vivo sola desde los diecisiete.

—¿Eso significa que vas a quedarte conmigo o que no? —preguntó.

—Pasaré esta noche contigo y mañana volveré a mi casa —se acercó para procurar calmarlo—. ¿No puedes comprenderlo, Brent?

—Sólo sé que me vuelves loco —espetó.

—Si me mudo a tu casa, ese tipo habrá logrado echarme de mi hogar. Me sentiré fatal al pensar que me he rendido.

—No permitiré que pienses eso —dijo Brent.

—Los dos tenemos trabajo y otros compromisos que atender —dijo con una sonrisa—. ¿Te marcharías de tu casa por culpa de unas cuantas llamadas obscenas?

—Está bien —aceptó meditabundo—. Pero no olvides que te ofrecí una alternativa.

Shadow se sorprendió y, en el fondo, se sintió un tanto desilusionada por lo pronto que Brent había claudicado. Se giró y terminó de empaquetar sus cosas. Aún no habían dado las siete, pero ya era noche cerrada. Puso en marcha el sistema de seguridad y caminaron hasta el coche. Brent llevaba su bolsa en la mano. Shadow estuvo callada todo el trayecto.

En el momento en que entraban por la puerta sonó el teléfono. Brent había ido directamente al dormitorio y Shadow descolgó el teléfono. Escuchó atentamente sin decir una palabra después del saludo inicial y tendió el auricular a Brent cuando éste regresó.

—Es tu acosadora particular —dijo Shadow.

—¿Hola? —dijo Brent—. ¿Qué es lo que quieres, Joan?

Shadow decidió pasear por la casa para dejar que Brent hablara en privado. La mansión era muy bonita, pero estaba medio vacía. Los suelos eran de madera y había chimeneas en la mayoría de las habitaciones. Pero casi todos los dormitorios estaban abandonados y las paredes estaban desnudas. Los escasos muebles y las alfombras cumplían una labor estrictamente funcional. La decoración brillaba por su ausencia. No encontró ni un solo cuadro ni una planta en toda la casa. Las únicas habitaciones amuebladas eran el salón, la

cocina y el dormitorio de Brent. Muebles de líneas rectas de caoba y madera de pino.

—Joan quería que quedáramos para cenar esta noche —dijo Brent al llegar a su lado.

—¿Y has aceptado?

—¡Claro que no! No tengo la menor intención de volver a verla.

—Ayer me dijo que la engañaste cuando estabais prometidos —recordó Shadow.

—¿Y qué respondiste?

—Me limité a escuchar y decidí que estaba mintiendo —miró a su alrededor—. La verdad es que no has arreglado esta casa. ¿Puedo saber por qué?

—Me mareas con tanto cambio de tema —suspiró Brent—. Sí, tienes razón. No sabía si iba a instalarme aquí definitivamente y no he tenido mucho tiempo.

—¿Y ya has decidido algo?

—¿De qué estamos hablando, cariño?

—Supongo que siento curiosidad y me gustaría saber qué planes tienes para el futuro. En realidad, no hemos tenido mucho tiempo para conocernos.

—No te entiendo, Shadow —la escrutó con la mirada—. Pero si te he pedido que te casaras conmigo es porque no tengo intención de mudarme a otro sitio. E incluso de ser así, lo consultaría contigo antes de tomar una decisión. No tengo metas profesionales que cumplir.

—¿Y en el terreno personal?

—Bueno, tengo treinta y cuatro años. Es una edad suficiente para empezar a pensar en tener hijos y una esposa —acarició su mejilla—. Podríamos disfrutar de una vida plácida.

Shadow sabía que nada de lo que Brent pudiera ofrecerle sería

suficiente si no había amor. Pero no podía decir eso.

—No puedes pensar en casarte por conveniencia —exclamó Shadow.

—¿Y si estuvieras embarazada? —dijo, y puso su mano sobre el vientre liso de Shadow—. Eso supondría un compromiso para toda la vida.

—No tienes que estar casado conmigo para cumplir como padre si se diera el caso.

—Nadie ha hablado de cumplir con una obligación —vociferó con enojo—. ¿Crees que me desentendería de mi hijo tan fácilmente?

—No lo sé —y se encogió de hombros—. Hay muchos tipos de compromisos. Además, estamos hablando de algo hipotético. ¿Por qué no lo dejamos por el momento?

Brent suspiró largamente y finalmente asintió. Shadow tenía la impresión de que Brent le había concedido una tregua momentánea.

—¿Qué te gustaría cenar? —preguntó Brent—. No hemos comido nada desde este mediodía.

—¿Tienes mantequilla de cacahuete y gelatina?

—No, me temo que no.

—Entonces habrá que ir a comprar a primera hora de la mañana —bostezó con exageración—. Creo que me gustaría acostarme temprano.

—¿Tienes intención de atacarme esta noche?

—Estaba considerando esa posibilidad.

Brent fingió entonces otro bostezo y se estiró.

—Estoy exhausto. Creo que yo también me acostaré pronto.

Shadow recibió una nueva llamada a la mañana siguiente. Tenía los nervios a flor de piel. Había dormido poco la noche anterior después de hacer el amor con Brent dos veces seguidas. La llamada había sido breve y había dicho algo acerca de quién ejercía el mando. Shadow sabía que quien se había hecho con el control de su vida había sido Brent. La presencia de Brent la completaba. Pero la vida también le había enseñado a salir adelante sin ayuda de los hombres. Podría pasar sin él, pero la vida perdería mucho encanto. De eso estaba segura.

Estaba en su despacho como un tigre enjaulado, ajena a la montaña de papeles acumulados sobre la mesa. Sabía que debía salir para vigilar a la nueva dependienta que había contratado esa misma mañana. Pero estaba confusa. Sonó el teléfono y Shadow se dispuso a volcar toda su rabia sobre el maldito admirador.

—¿Diga? —contestó.

—Quiero darte un consejo.

—¿Qué es lo que quieres, Joan? —preguntó Shadow.

—Un consejo de amiga —repitió Joan—. Brent se cansará de ti tarde o temprano y volverá conmigo. ¿Por qué no te haces un favor y lo dejas?

—Te agradezco el interés, pero estoy disfrutando de cada segundo que paso con Brent y espero seguir así hasta que termine.

—¡Maldita furcia! Sólo te está utilizando —gritó Joan.

—No hay problema —respondió Shadow—. Yo también lo estoy utilizando a él.

—Voy a ir a verlo esta tarde. Le gusta hacer el amor en la oficina, ¿sabías eso?

—Creo que le gusta hacer el amor en todas partes. Pero no he estado en su oficina.

—Bien, yo sí. Voy a recuperarlo —insistió Joan.

—Si él quiere volver contigo, no pienso oponerme —sentenció Shadow cansada—. Buena suerte, Joan.

Colgó con hastío. Pensó en llamar a Brent para avisarlo, pero decidió no hacerlo. Diez minutos más tarde, recibió otra llamada. Esta vez sí era su admirador secreto. Shadow pensó, con un rasgo de humor, que debía de estar tan aburrido como ella. Echaba mucho de menos a Brent.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

—¿Pasarás la noche con él otra vez?

—Eso no es asunto tuyo —replicó Shadow—. Y más te vale dejar de llamarme si no quieres que la policía localice tus llamadas.

—¡Aléjate de ese hombre y dejaré de llamarte! —gritó.

—Parece que hoy es el día universal de los consejos —ironizó Shadow.

—¿Qué quieres decir?

—Olvídalo. Es una broma privada. ¿Sabes? He estado pensando. Y ya que sigues decidido a llamarme, he creído que a lo mejor querrías que nos viéramos —propuso—. ¿Cómo conseguiste el teléfono de Brent?

—Os vi juntos —dijo en tono acusatorio.

—¿Dónde?

—En la tienda y en tu casa —contestó con engreimiento.

—¿Y cómo supiste quién era?

—Sólo tuve que seguirlo hasta la oficina y averiguar su nombre. Después, busqué el número en la guía.

Shadow sintió un escalofrío, pero no dejó traslucir nada en la voz calmada y serena. Había comprendido que cualquier amenaza incluía a Brent en primer lugar.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué yo? ¿Fue algo que dije cuando rellenaste la solicitud para el concurso?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —rió.

—Eso no me sorprende.

—No está enamorado de ti y no durará siempre —dijo con rabia —. Puedes seguir arrojándote en sus brazos, pero sólo conseguirás hacerte más daño.

Shadow colgó. Aquellas palabras se parecían demasiado a sus propios pensamientos y a la advertencia de Joan. Abrió un cajón del archivador y sacó el listín telefónico. Buscó el número de Brent, pero no figuraba. Llevaba muy poco tiempo en la ciudad. ¿Cómo habría obtenido su número ese loco?

Estaba muy nerviosa y no podía concentrarse en nada. Decidió acercarse a la cafetería para tomar un café. Mientras caminaba no dejaba de mirar a un lado y a otro. Esa desconfianza la ponía enferma. En la cafetería, encontró a un buen número de amigos. La mayoría eran propietarios de otros locales y todos comentaban la marcha del concurso. Las mujeres hablaban maravillas de los candidatos que Brent había conseguido para ella en última instancia. Shadow no había llegado a conocerlos, pero los rumores decían que eran guapos, encantadores y con dinero.

Al poco rato, Shadow regresó a la oficina. El Día de Acción de Gracias estaba a la vuelta de la esquina y decidió llamar a su madre. Charlaron durante un cuarto de hora y Shadow procuró olvidar sus preocupaciones. Pero terminó por colgar cuando su madre empezó a meterse en su vida privada. Vaciló unos instantes sin decidir qué hacer a continuación. No tenía ganas de trabajar y acabó marcando el número de Brent. Su secretaria contestó la llamada e informó a Shadow de que el señor Bramwell estaba reunido y que no deseaba que lo molestaran.

—¿Está reunido con Joan? —preguntó Shadow.

—Sí, en efecto —asintió Micky—. Está con la señorita Howard. ¿Espera su llamada?

—No, no me espera.

—¿Quiere dejar un mensaje?

—Sí. Diga al señor Bramwell que me marcho a casa.

—Muy bien, señora. ¿Podría decirme su nombre?

Shadow colgó sin contestar. No quería facilitar esa información. No pudo evitar pensar que Brent estaba a solas con Joan en el despacho. Confiaba plenamente en Brent, pero esperaba cualquier cosa de Joan. Era una mujer muy atractiva e intentaría seducirlo. Muy disgustada ante esa idea, Shadow se puso el abrigo y salió a la tienda. Avisó a Kallie y le dijo que había decidido marcharse a casa.

—¿Te encuentras bien? Pareces un poco baja de moral.

—¿Y eso te resulta extraño?

—Bueno, siempre estás alegre y de buen humor —dijo Kallie—. No recuerdo haberte visto tan deprimida.

—Creo que he padecido una sobredosis de realidad, pero me repondré.

—De acuerdo. Conduce con cuidado —aconsejó Kallie.

—Y tú ten cuidado cuando cierres. No vayas sola al aparcamiento. Ahora que tenemos otra dependienta, será mejor que os mováis juntas.

—Te veré por la mañana —asintió Kallie y abrazó a Shadow.

Llegó a casa y pensó en algo que pudiera distraerla. Decidió que le iría bien un poco de ejercicio físico. Desconectó la alarma para poder moverse a sus anchas por la casa y subió a cambiarse. Eligió unos vaqueros desgastados y una camiseta muy vieja. Pasó media hora quitando la nieve de la entrada con una pala. El esfuerzo era beneficioso y la ayudaba a aclarar sus ideas. Hacía mucho frío y no se veía un solo vecino ni pasaba un solo coche. Tras limpiar el camino de entrada, entró en la casa y se preparó algo de comer. Un bocadillo, un zumo y un par de galletas compusieron su menú. Se sentó a esperar la llamada de Brent. Sabía que llamaría.

Cansada de esperar, salió de la cocina y fue a darse una ducha. Oía el viento soplando en la calle, aullando como un animal extraño. Comprendió lo sola que estaba y lo mucho que necesitaba

a Brent a su lado. Conectó nuevamente la alarma. De pronto, la cabeza empezó a darle vueltas. Se paró y se apoyó en la pared para no perder el equilibrio. Notó un dolor agudo en la boca del estómago. Se obligó a respirar hondo, pero las náuseas eran evidentes. Padecía los mismos síntomas que la noche que había pasado con Brent en su casa. Llegó al cuarto de baño justo a tiempo. Sopesó la idea de que estuviera incubando la gripe. Fue hasta su dormitorio y se desnudó. Se puso un camisón y se metió debajo de las sábanas. Estaba a punto de quedarse dormida cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? —balbució.

—¿Por qué te has marchado a casa sin decirme nada? —preguntó Brent.

Shadow colgó sin responder. No podía soportar la idea de tener que discutir con él y escuchar sus gritos. El teléfono volvió a sonar de inmediato. Descolgó.

—Te sugiero que no vuelvas a hacer eso —dijo Brent—. ¿Shadow?

—¿Qué?

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Bueno, no. Estoy enferma.

—¿Por qué no se lo has dicho a mi secretaria? Ya sabes que no me gusta que conduzcas sola —dijo con suavidad.

—Estabas con Joan y yo estaba sufriendo un ataque de celos. No quería hablar contigo. Y no estaba enferma en la tienda. Ha sido en casa.

—Llegaré en un minuto, cielo.

Esa vez fue Brent quien colgó. Shadow se tapó la cabeza con la almohada. A los pocos minutos, Brent aporreó la puerta de entrada.

—¡Vaya! Tienes un aspecto horrible.

—Gracias, Brent. Era justo lo que necesitaba oír en estos momentos.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Un dolor repentino en el estómago y un cansancio infinito —explicó Shadow—. Odio vomitar.

—Lo comprendo —la acompañó hasta el dormitorio y la arropó—. ¿Has comido algo en mal estado? Parece que no tienes fiebre.

—Si hubiera sabido que estaba malo, no lo habría comido —replicó con sarcasmo.

—Está bien —ocultó una sonrisa—. ¿Qué has comido hoy?

—He desayuno contigo esta mañana. Y hace un rato he comido un sandwich y un par de galletas. Nada más.

—¿De qué era el sandwich?

—Era de mantequilla de cacahuete, pero estaba en buen estado.

—Voy a llamar a un médico —dijo con el ceño fruncido.

—No te molestes, no vale la pena. Ya me siento mejor —aseguró Shadow.

—¿Qué has bebido?

—Un zumo.

—¿Queda algo en la nevera?

—Sí.

—Voy a tirarlo —dijo y se levantó—. Te prepararé una taza de té. ¿Te parece bien?

—Es curioso —dijo Shadow—, pero estoy recuperando el apetito.

—¿Tienes sopa de sobre para calentar?

—No quiero que me prepares nada —dijo casi sin voz.

Su cabezonería no conocía límites. Brent la miró con severidad.

—Todavía estoy enfadado contigo, cielo. No tientes tu suerte.

—¡Está bien! —aceptó y se tapó los ojos con las manos—. Prepara esa maldita sopa. Y puedes darme de comer si quieres. Al fin y al cabo, no tengo solución. ¿Por eso estás enfadado? He osado regresar a casa yo sola conduciendo mi propio coche. ¡Menudo escándalo!

Brent aguantó impertérrito toda la representación. Esperó a que Shadow se calmara.

—¿Ya has terminado? Bien. Ahora te calentaré la sopa y después aclararemos una serie de puntos.

—¡No eres mi jefe, Brent Bramwell! —gritó Shadow—. Ni siquiera eres mi marido.

—Pero lo seré —replicó Brent, con voz firme y clara—. Ya me he decidido, Shadow. Y no voy a cambiar de opinión.

Capítulo 9

—¿Sigues enfurruñada?

Shadow lo miró con evidente malestar y dejó el tazón de sopa vacío sobre la mesilla.

—Nunca antes me había enfurruñado, ni había estado melancólica ni había sentido celos. Todos estos sentimientos son por tu culpa —lo acusó con el dedo—. Y son muy desagradables.

—Entonces estamos en paz. Tú también me has obligado a afrontar situaciones desconocidas para mí. Nunca había tenido una actitud tan protectora hacia nadie y tu forma de ser, tan abierta y franca, me asusta.

—¿Te asusta? —repitió Shadow atónita.

—Eso es. Y el miedo es otra emoción que no acostumbro a sentir. Y además siempre me haces perder la cabeza cuando estás a mi lado.

—Entonces, ¿no hay esperanzas para nosotros? ¿Crees que no vale la pena?

—Yo no he dicho nada semejante —dijo y la besó en el mentón —. Me pides que les ponga nombre a mis emociones, pero desconozco la mayoría. Comprendo que estés impaciente. Pero yo soy una persona metódica. Pienso mucho las cosas antes de dar un paso y no he tenido un minuto de descanso desde que te conozco.

—Supongo que no soy una mujer convencional —admitió Shadow—. ¿Te he presionado mucho, Brent?

—Tienes demasiada prisa, cielo. Pero es tu forma de ser —Brent sonrió—. Nunca había conocido a nadie que pensara tan rápidamente y cambiara tan a menudo de tema. Sencillamente, no puedo seguir tu ritmo.

—Vamos, para ya —protestó—. No soy tan difícil.

—No, eres maravillosa. Y disfruto del caos si es en tu compañía. No lo olvides —se sentó junto a ella en la cama—. ¿Te encuentras mejor?

—Tienes esa expresión solemne otra vez —advirtió Shadow.

—Te has comportado como una chiquilla por culpa de los celos —dijo él—. Me he dado cuenta de que has quitado la nieve de la entrada, exponiéndote a sufrir un ataque. Pero te dije que todo había terminado entre Joan y yo. Tendrías que haber confiado en mí.

—¿Ya has terminado?

—No, todavía no. Has sido egoísta y no has pensado en mí cuando te has ido de la tienda sin avisarme. Me he sentido despreciado. Ya sé que eres muy independiente y lo respeto. Pero no hay que exagerar. Y como he decidido casarme contigo —Shadow se alarmó al oír esa confesión—, por mucho que me cueste…

—No vas a conseguirlo si te comportas así —interrumpió Shadow.

—… he decidido mudarme aquí.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Puesto que no quieres venir a mi casa, vendré yo a la tuya. Tus continuas contradicciones me desconciertan y no quiero seguir así.

—No vas a venir aquí.

—Me temo que sí. Y si no quieres dormir conmigo, me acostaré en el sofá. O subiré a una de las habitaciones del primer piso. Pero voy a estar a tu lado y me cercioraré de que no te ocurra nada malo.

Shadow tardó un minuto en reaccionar. Esbozó una amplia sonrisa que sorprendió a Brent. Pero ya empezaba a acostumbrarse a sus cambios de humor.

—Muy bien —aceptó—. Puedes quedarte aquí.

Brent se relajó de inmediato y suspiró agradecido. Abrió los puños y estiró los dedos de la mano. Shadow lo estaba mirando detenidamente y sus grandes ojos de color miel brillaban con intensidad. Brent se preguntó si alguna vez volvería a sentirse como antes de conocer a Shadow. Forzó una sonrisa de compromiso.

—De acuerdo —dijo—. Iré a por unas cosas y estaré de vuelta en una hora. Podría acercarme al supermercado para comprar si necesitas algo. Voy a pasar de todas formas para comprar agua mineral. El agua podría estar mala.

—Me encuentro bien, Brent. No tienes que mimarme.

—¡Te mimaré si me da la gana! —gritó exasperado.

Esa salida de tono provocó una abierta sonrisa en Shadow. Brent se levantó para ir a buscar lápiz y papel. Al regresar, encontró a Shadow sentada con las piernas cruzadas en el centro de la cama.

—Escribiré la lista de la compra si me cuentas qué estabas haciendo con Joan en tu oficina —dijo Shadow.

—No hacíamos nada. Estábamos hablando —explicó y le tendió el papel y el lápiz.

—¿Sobre qué? —preguntó mientras anotaba varias cosas.

—¿Todavía estás celosa, Shadow? Te aseguro que no tienes motivo.

—Te creo, pero siento curiosidad —señaló—. Me llamó por la mañana para contarme que te gustaba hacer el amor en la oficina y que por eso iba a verte.

—¡Ni siquiera le puse la mano encima!

—Nunca lo he pensado —añadió Shadow.

Brent pensó que al menos Shadow confiaba plenamente en él. Sonrió y se acercó a ella. Sus ojos verdes derramaban ternura y Shadow sintió una oleada de pasión a través de su maltrecho cuerpo, todavía convaleciente.

—¿Te ha vuelto a llamar tu pretendiente? —preguntó Brent.

—¡Es verdad! Lo había olvidado. Me dijo que había conseguido tu número en la guía, pero lo he comprobado y no figura.

—Si sabía mi nombre ha podido llamar a información —razonó Brent.

—Supongo. Pero dijo cosas que me asustaron. Sabía demasiado —se estremeció—. Era como si nos hubiera oído hablar en persona.

—No volverá a acercarse —dijo Brent—. Te lo prometo.

—¿Tienes que trabajar hasta tarde hoy?

Brent sonrió por encima de la taza de café de la mañana.

—Puedo salir a la hora que quiera —aclaró—. ¿Tienes pensado algo especial?

—No, pero me he tomado el día libre —dijo con aparente timidez—. He pensado que podíamos ver una película, hacer palomitas y preparar la cena.

Parecía nerviosa. Brent dedujo que llevaba mucho tiempo viviendo sola y no se sentía cómoda con la idea de compartir su casa, aunque fuera temporalmente. Miró su reloj e hizo un rápido cálculo mental.

—Podría estar aquí a eso de las cuatro —dijo—. ¿Es buena hora?

—Es perfecto —admitió Shadow—. Tengo que hacer la colada y limpiar un poco antes.

—No trabajes demasiado, cariño —insistió Brent—. Todavía no estás recuperada.

—Me encuentro bien. Un poco cansada, eso es todo. Pero me apetecía quedarme en casa. Han pronosticado que bajarían las temperaturas esta mañana.

—Cancelaría todas mis citas si pudiera —dijo con la cara de Shadow entre las manos—, pero tengo una reunión de la junta de administración.

—Tranquilo. Estaré bien.

Brent sabía que Shadow no decía la verdad. Suponía que estaba nerviosa a causa de las llamadas. Pudo sentir la rabia crecer en su interior, pero no tenía sentido alarmarla. Se levantó, dejó la taza sucia en el fregadero y abrazó a Shadow. Ella lo estrujó entre sus brazos con desesperación y se puso de puntillas para besarlo.

—Ten cuidado, Brent. Las calles pueden estar heladas y hay muchos idiotas al volante.

—Te lo prometo. Y Shadow…

—¿Sí?

—Ha sido estupendo despertarme a tu lado esta mañana.

—Sobre todo sin uno de mis gritos —bromeó ella.

—Incluso así habría valido la pena —dijo Brent.

Brent se puso el abrigo y besó nuevamente a Shadow en la mejilla. Llegaba tarde y no podía entretenerse. Shadow lo acompañó hasta la entrada.

—No olvides conectar la alarma —recordó Brent.

—Vete tranquilo.

Shadow tenía mucho que hacer antes de que Brent regresara a casa. La idea de compartir su techo con Brent provocó un escalofrío en la espalda que recorrió su espina dorsal. Fue hasta el cuarto de la lavadora silbando.

Habían pasado varios días y Shadow había terminado por aceptar que había sido una buena idea acomodar a Brent en su casa. Si todavía no la amaba, la rutina y el roce diario harían su trabajo. Y mientras tanto estaría junto a ella. Habían alcanzado una especie

de rutina diaria. El tiempo seguía siendo horrible y eso también convenía a los planes de Shadow. Aparte de las horas de trabajo, pasaban casi todo el día juntos. No había recibido más llamadas y Shadow estaba cada vez más convencida de que estaba embarazada. Brent no había preguntado nada y Shadow había preferido no adelantar acontecimientos. Sabía que el amor de Brent crecía en silencio y lo demostraba cada día. Antes o después estaría preparado para expresarlo en palabras y Shadow estaba dispuesta a esperar lo que hiciera falta.

El lunes tenía cita con el ginecólogo. Anotó la hora en la libreta y la guardó junto al listín telefónico. Por una vez en su vida, todo marchaba según lo previsto. Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando Brent entró por la puerta. Shadow se fundió con él en un largo abrazo. Brent la besó, visiblemente satisfecho. Segundos después, le ofreció un regalo envuelto en papel de seda.

—¿Un regalo de Navidad?

—No —contestó Brent—. Pero lo he visto y he pensado que te gustaría.

—No tienes que comprarme nada, Brent. Yo no soy como Joan.

—Eso ya lo sé. Pero me ha gustado y quería regalártelo.

Shadow se sentó en el sofá y palpó el paquete con los dedos. Tiró del lazo y vio una caja de terciopelo negro. Las joyas nunca le habían importado demasiado. Abrió la tapa y las lágrimas afluyeron como un torrente. Era un anillo exquisito, sencillo y elegante. Shadow nunca había visto nada igual. Fue incapaz de articular palabra. Dos trenzas, una dorada y otra plateada, se cruzaban y enlazaban rematando en un nudo representado por un diamante en forma de lágrima.

—¿Te gusta? Ya sé que es distinto, pero por esa razón lo he comprado. Quería que fuera algo único, igual que tú.

—Oh, Brent —suspiró entre sollozos—. Es una maravilla.

—Entonces, ¿te gusta?

—Me encanta. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

—Corresponde a la mujer más bella que conozco —añadió Brent.

Brent tomó el anillo y lo deslizó en su dedo.

—Ya te lo he pedido antes, Shadow. Pero en vista de que eres la mujer más testaruda que conozco, te lo pediré otra vez. ¿Quieres casarte conmigo?

—Con el tiempo.

—Eso es… —pero Brent se frenó a tiempo y rió en silencio—, inesperado, como siempre.

—Es la verdad.

—¿Sabes? Llamé a tu madre para pedirle consejo acerca del anillo —dijo Brent.

—¡Dios mío! Ahora querrá que nos casemos enseguida —exclamó.

—Seguramente sí —sonrió Brent—. Y pienso hacer todo lo que esté en mi mano para convencerte. Te deseo, Shadow.

Ella hundió la cara contra su cuello y se preguntó si alguna vez oiría que la amaba. ¿O acaso era imposible que pronunciara esas palabras?

Su corazón se encogía con cada latido, pero Shadow sabía que tenía que tener paciencia. Comprendía el rechazo de Brent al compromiso. Sus experiencias pasadas le habían enseñado que las mujeres sólo se interesaban por su dinero, nunca por él. Sentía compasión e impotencia. Sabía que ella nunca podría casarse de nuevo si no había amor en ambas partes de la balanza. Shadow lo besó por todo el cuerpo, presa de la urgencia. Quería demostrar a Brent a través de sus actos cuánto lo amaba. Brent gimió ante ese torrente de pasión.

—Si siempre reaccionas así, tendré que comprarte joyas más a menudo —dijo Brent.

—¡Maldito seas, Brent Bramwell! —replicó Shadow y se apartó.

—Vamos, cielo. Sólo era una broma.

—No tiene gracia —dijo y guardó silencio—. ¿Te resulta imposible contenerte? No puedes aceptar que yo te quiera por ti, aparte de tu fortuna.

—Mi fortuna también forma parte de mí, Shadow —razonó Brent—. Soy un hombre de negocios y las cosas me van bien. Provengo de una familia rica. Podría haber optado por no trabajar nunca.

—Yo te amaría tanto como ahora si mañana entraras por esa puerta sin un centavo —argumentó Shadow.

Brent dio media vuelta, empezó a caminar alrededor del salón y trató de recuperar el control sobre sí mismo. Shadow tenía ganas de gritar, de patalear y de llorar como un niño. Pero se limitó a mirarlo y a esperar.

—Escucha, cielo. No tenía mala intención al comprarte ese anillo. Quiero casarme contigo y pensé que sería una bonita alianza. Quiero tener hijos contigo y pasar a tu lado el resto de mi vida. Pero no quiero discutir.

Shadow estaba mirando el anillo que brillaba en su dedo anular. Quería quitárselo y ahorrarse dolores de cabeza. Quería devolverlo y pedirle que se marchara. Pero no podía ir contra su corazón. Esbozó una sonrisa forzada.

—Creo que voy a darme un baño y me acostaré pronto. Mañana voy de compras con Annie. Pasaré fuera casi todo el día. Es lo acostumbrado.

—Shadow…

—Hay comida en la nevera si tienes hambre. Y latas en la despensa. Yo… —intentó sonreír de nuevo, pero no pudo.

Shadow se alejó corriendo antes de que las lágrimas inundaran sus mejillas por segunda vez. Se sentía fatal. Había actuado con cobardía y había sido una hipócrita. Deseaba tanto que Brent la amara, que no había podido soportar ni un segundo más en la misma habitación que él. Se sentía perdida y confusa. No podía mirarlo a la cara y necesitaba reflexionar. El baño no ayudó mucho.

Luchó para contener las lágrimas, pero no lo consiguió. Tenía que tomar un montón de decisiones. ¿Qué haría si resultaba que estaba embarazada? ¿Podría casarse con él sin la seguridad de que fuera a amarla sin concesiones? Quizá había esperado demasiado y Brent le había entregado todo lo que tenía. La preocupación sincera y el interés que había demostrado quizá fueran todo lo que él podría dar. ¿Alguna vez lograría que el amor de Brent adquiriera la solidez que ella solicitaba? Apoyó las mejillas contra las rodillas y se hizo un ovillo en el agua. La pregunta más importante seguía en el aire y no se había formulado. ¿Podría vivir sin él? La respuesta acudió a su cabeza de inmediato, clara y nítida. No.

Capítulo 10

Brent despertó pronto a la mañana siguiente. La noche anterior había resultado muy extraña. Al final habían terminado haciendo el amor. Pero Shadow no se había entregado con la pasión acostumbrada. Y eso le torturaba. Se había tomado muy en serio el acto amatorio. Y ella siempre encontraba razones para reír y bromear con el sexo.

Se quedó tumbado en la oscuridad con los ojos cerrados e intentó descubrir sus errores. Shadow estaba intentando cambiar y él la quería tal y como era. Sumido en sus pensamientos, miró el reloj. Eran las seis de la mañana. Se levantó y dejó correr el agua de la ducha. Media hora más tarde, ya vestido, sorbía un café reciente en la cocina. Quería relajarse, pero no podía. Estaba acobardado y nunca había sentido miedo ante nada ni nadie. Y el origen nacía en la idea de perder a Shadow por su falta de tacto.

Se terminó el café y tomó la firme decisión de terminar con esa agonía. Nunca le había asustado la verdad y no iba a amilanarse a esas alturas. Quería sacar a Shadow de la cama, despertarla con sus besos y sus caricias. Quería susurrarle al oído las palabras que ella deseaba escuchar de su boca. Quería que Shadow volviera a reír como antaño. Pero era muy pronto y no quería despertarla todavía. Prefirió escribir una nota y citarla para cenar fuera. Fue hasta el cajón de la mesa de la entrada para buscar un papel y fue entonces cuando encontró la agenda con la cita de Shadow para acudir al ginecólogo.

Shadow se despertó cuando se abrió la puerta de la habitación. Brent se quedó de pie en el umbral. Encendió la luz, que cegó momentáneamente a Shadow hasta que pudo abrir un ojo. Brent parecía muy enfadado.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué no me has dicho nada? Y no intentes convencerme de que es tu chequeo trimestral. Crees que estás embarazada,

¿verdad?

—Es una posibilidad —asintió confusa—. Tengo un retraso, pero prefería esperar hasta estar del todo segura.

—¿Y entonces me lo habrías dicho?

—Es probable —dijo, dejándose llevar por su sempiterna sinceridad.

—¿Y eso qué significa? —estalló Brent—. ¿Me lo habrías dicho o no?

—Creo que sí —admitió Shadow—. Lo contrario no habría sido honesto por mi parte. Y sé que querrías estar muy presente en la vida de tu hijo. Pero ¿te das cuenta de lo duro que sería para mí tenerte cerca sin que formáramos una familia? No creo que pudiera soportarlo.

—¿Estás pensando en rendirte y acabar con todo? —preguntó Brent.

—No, anoche comprendí que no podía renunciar a ti. Pero no sé si podré llegar a ser lo que tú deseas, Brent. El amor es necesario. Sobre todo si vamos a criar a un niño. Podría soportar la idea de convivir contigo y no tener tu amor, pero un bebé…

—Sí, lo entiendo perfectamente —avanzó hasta la ventana y se quedó ahí un rato mirando la luna llena—. Había pensado que podíamos salir a cenar esta noche. ¿Qué te parece?

Shadow levantó la vista de las sábanas y lo miró, atónita.

—Pero pensé que…

—Calla. Hablaremos esta noche —se acercó a la cama y la abrazó—. Creo que los dos necesitamos un poco de tiempo para pensar.

Shadow no creía que necesitara tiempo, pero asintió. Brent sonrió y la besó con tanta delicadeza y ternura, que empezó a llorar en silencio.

—Diviértete comprando y…

—Sí, tendré cuidado —terminó Shadow la frase por él.

Aguardó a que Brent dijera algo, pero se levantó y salió de la habitación en silencio. Poco después, oyó cerrarse la puerta principal. Suspiró y se acostó de nuevo. Rebosaba optimismo y estaba segura de que todo saldría bien.

Ya estaba en el coche a punto de salir cuando se dio cuenta de que se había olvidado la lista de las cosas que iba a comprar. Maldijo su mala cabeza mientras deshacía el camino hasta la casa. En el momento en que llegó a la puerta de entrada, notó que alguien la vigilaba. Se giró y se encontró cara a cara con Chad Moreland. Estaba junto al porche. Shadow lo miró algo confusa y muy asustada.

Chad tenía los ojos rojos y la voz tomada.

—Te he visto salir —dijo y un súbito ataque de tos lo obligó a doblarse.

Shadow pestañeó y vio cómo se agarraba a la baranda para aguantarse de pie. El hombre atractivo que había aceptado participar en el concurso había desaparecido. El hombre que tenía enfrente parecía exhausto. Estaba sucio, necesitaba una ducha y sus ropas apestaban. Estaba muy pálido y llevaba varios días sin afeitarse. Parecía muy enfermo y Shadow no sabía qué hacer. Había dejado de toser y la miraba.

—Chad, ¿qué te ocurre? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él rió con voz ronca. Subió un par de escalones hasta plantarse justo a su lado.

—¡No te merece! Estás perdiendo el tiempo junto a él y me has hecho enfadar, Shadow. Estoy muy enfadado. Entremos, quiero hablar contigo.

—No lo creo —negó Shadow.

—No te preocupes —dijo con voz suave—, yo nunca te haría

daño. Pero tenemos que decidir cómo nos desharemos de él.

—¡Aléjate de Brent! —dijo sin pensar.

Chad sufrió otro ataque espasmódico, se arrodilló y se llevó una mano al pecho. Shadow se inclinó para ayudarlo, pero se detuvo a tiempo. Nunca había visto a un hombre tan enfermo, pero todavía era impredecible y peligroso. Chad recuperó el aliento y se incorporó.

—Puse algo en tus galletas para que te durmieras antes de acostarte con él…

—¿Envenenaste mis galletas? —gritó Shadow.

—Pensaba venir a cuidarte, pero entonces él se instaló en tu casa —recordó—. ¿Por qué él, Shadow? ¿Por qué?

—¿Cómo lograste envenenar las galletas? —preguntó conmocionada.

—Te olvidaste el paquete en el coche —relató Chad—. Siempre aparcas al final y todo el mundo sabe que nunca cierras la puerta.

Chad se había recuperado y avanzaba hacia ella poco a poco. Shadow retrocedió mientras intentaba ganar tiempo. Pensó en entrar en la casa y llamar a la policía. Pero Chad leyó su pensamiento y se adelantó un paso. A pesar de su evidente debilidad, Shadow no podía pensar en hacerle frente en un cuerpo a cuerpo. Pero Chad estaba demasiado débil. Pisó una placa de hielo y perdió el equilibrio. Se tambaleó y terminó cayendo. Se golpeó con la barandilla del porche. Después resbaló a lo largo de los escalones y aterrizó en el suelo. Recibió un golpe en la cabeza en la caída y un poco de sangre tiñó de rojo la nieve.

Shadow paseaba a lo largo del pasillo del hospital. Estaba agotada después del interrogatorio al que la había sometido la policía. Deseaba que Brent estuviera a su lado para abrazarlo y refugiarse entre sus brazos. No sabía si Chad iba a salir con vida. El médico que lo atendía había explicado que padecía neumonía y una contusión en la cabeza. Había pasado la mayor parte del tiempo en la calle, espiándola, y no había acudido al médico. Había entrado

en coma poco después de que Shadow lo hubiera llevado al hospital. Todavía no había abierto los ojos. Shadow no podía marcharse sin asegurarse primero de su estado. Pero habría agradecido el apoyo de Brent en un momento así. Había sido una experiencia terrible. Sangrando en su coche, en medio del delirio, Chad había recitado que la amaba sin parar. Había resultado, hasta cierto punto, irónico. Había obtenido una declaración de amor del farmacéutico, pero nunca oiría esas palabras en boca del hombre que amaba.

En ese preciso instante, Brent apareció al fondo del pasillo. Tenía el aspecto de un loco y Shadow se sobresaltó. Al verla, Brent casi estuvo a punto de gritar. Corrió hacia ella para abrazarla, pero dos empleados del hospital intentaron detenerlo. De cara a la pared, sujeto firmemente, Brent no apartó la vista de Shadow ni un instante. Shadow contempló la escena con pavor.

—Está conmigo —gritó.

Brent llegó a su altura y la levantó en el aire como si no pesara.

—¿Estás herida?

—No —vaciló Shadow, que no estaba segura de lo que ocurría.

—¿Estás bien? ¡Júralo!

—Estoy perfectamente.

—¡Dios mío! Me has asustado —dijo él temblando.

—Ya te he dicho que estoy bien —repitió con calma—. ¿Tu secretaria no te dio mi recado?

Brent asintió, pero seguía sin soltarla. No había esperado a que Micky le explicara nada. Había abandonado la oficina a toda velocidad, aterrorizado. Shadow vio cómo los miraban los demás visitantes.

—Brent, bájame.

Brent la dejó en la silla, se arrodilló y apoyó la cabeza en su regazo. Respiraba muy profundamente, pero no decía nada. Shadow empezó a inquietarse.

—¿Brent?

—Te quiero, cielo. Te amo tanto, que me moriría si no me correspondieras.

Asombrada, Shadow dedicó unos segundos a digerir las palabras de Brent. Después sonrió con todas sus fuerzas.

—De acuerdo, pero no te mueras —exclamó—. Sigue queriéndome con esa intensidad. Siempre.

Hacía una mañana preciosa, muy soleada, cuando Brent se desperezó en la cama. La nieve había desaparecido y el tiempo de mayo era muy agradable. Posó la mano sobre la cintura de Shadow, que todavía dormía junto a él.

—Buenos días, cariño —murmuró.

Shadow remoloneó un poco en la cama, pero no respondió. Brent deslizó la mano hasta el vientre de Shadow.

—¿Sientes náuseas?

—No. Creo que el doctor tenía razón —contestó entre bostezos —. El segundo trimestre no es tan malo.

—Me alegro de que la primera vez fuera una falsa alarma. Creo que tus padres preferirían que su nieto naciera nueve meses después de la boda.

—Es posible —admitió Shadow—. Pero en ambos casos se hubieran sentido muy afortunados.

—Ya lo sé. Mi madre no cabía en sí de gozo ante la llegada de su primer nieto. Pero debo reconocer que estaba algo preocupada con relación al nombre.

—Ya le dije que prefiero la mitología a las condiciones atmosféricas. ¿Qué te parece Zeus o Afrodita?

—Te amo, Shadow —dijo Brent y la besó en el hombro.

—Te he acostumbrado rápidamente a decirlo.

—Bueno, verás. La mujer increíblemente sexy con la que comparto mi vida se empeñó en enseñarme que el amor podía ser muy divertido.

—¿Y te convenció?

—Sí, ya lo creo. Y estará a mi lado para el resto de sus días.

—Yo diría que es una mujer muy afortunada.

Fin